

A romantic scene between a man and a woman in 18th-century attire. The man, on the left, has brown, wavy hair and a light beard, wearing a teal jacket with gold embroidery over a white ruffled shirt. The woman, on the right, has long brown hair styled in a bun, wearing a white off-the-shoulder dress with lace. They are both smiling and looking at each other, with the woman's hand resting on the man's chest.

CRESSIDA BLYTHEWOOD

CAYENDO
por el BESO
INESPERADO
del DUQUE

Cressida Blythewood

Cayendo por el Beso Inesperado del Duque

Copyright © 2024 by Cressida Blythewood

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

*This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com*

Contents

- [1. El Beso Enmascarado](#)
- [2. La Mañana Siguiente y el Arrepentimiento](#)
- [3. Rumores del Duque](#)
- [4. La Teoría Descabellada de William](#)
- [5. Una Tensa Introducción](#)
- [6. Un Intercambio Caliente](#)
- [7. La Adivina y la Maldición de la Momia](#)
- [8. Recuerdos Que Acechan](#)
- [9. El Fantasma de un Beso](#)
- [10. Conversaciones Inesperadas](#)
- [11. Grietas en el Hielo](#)
- [12. Una Sutil Realización](#)
- [13. La Confusión de Thorne](#)
- [14. La Búsqueda del Beso Fantasma](#)
- [15. El Choque de Mentes](#)
- [16. Una Batalla de Voluntades](#)
- [17. Un Momento de Calma](#)
- [18. Una Pausa en la Tormenta](#)
- [19. Descubriendo el Pasado](#)
- [20. Pensamientos Persistentes](#)
- [21. Preguntas Sin Respuesta](#)
- [22. Una Danza de Negación](#)
- [23. Bajo la Máscara](#)
- [24. Ecos del Mascarado](#)
- [25. Una Lenta Toma de Conciencia](#)
- [26. Un Tropiezo con la Verdad](#)
- [27. El Momento de la Verdad](#)
- [28. El Beso no Me Dejaba en Paz](#)
- [29. La Revelación Reptiliana](#)
- [30. Labios de Problemas](#)

[31. La Confrontación](#)
[32. Derribando los Muros](#)
[33. Aparté la Mirada](#)
[34. Un Corazón Dividido](#)
[35. La Realización](#)
[36. Un Rayo de Esperanza](#)
[37. Una Extraña Desaparición](#)
[38. El Corazón del Necio](#)
[39. El Amor Desenmascarado](#)
[40. Los Sarcófagos y Los Secretos](#)
[41. Sin Máscaras, Sin Secretos](#)
[About the Author](#)
[Also by Cressida Blythewood](#)

El Beso Enmascarado

Si tuviera que describir el interior del salón de baile de Señorita Fitzroy con una sola palabra, sería opresivo. La segunda palabra sería brillante. Candelabros relucientes, más encaje del que debería ser legal y suficiente gente amontonada en un solo lugar como para que me preguntara seriamente si esto no era un riesgo de incendio. Apenas podía moverme sin que algún caballero empelucado o alguna debutante vestida con elaborados trajes me empujara a un lado. Era exactamente lo que odiaba: ruidoso, abarrotado y apestando a privilegio. Me sentía como un pavo real en este ridículo vestido, ahogándome en satén y corsetería.

Pero esto no se trataba de mí, lamentablemente. Se trataba del deber, y de la mirada severa de mi madre, recordándome constantemente que tenía una tarea: no arruinar nada.

—Eliza, querida, deja de fruncir el ceño. Pareces como si te hubieran hecho tragar un limón —vino inevitablemente la reprimenda de mi madre, Duquesa Marston, al pasar, con sus ojos entrecerrados por encima del abanico que blandía como si fuera un arma—. Ningún hombre elegible quiere casarse con una chica que parece tan agria.

—Ningún hombre elegible sobreviviría más de cinco minutos en mi compañía —murmuré, mayormente para mí misma, mientras ella se alejaba, navegando entre un mar de tafetán y altas expectativas. Me dolían las mejillas de forzar una sonrisa educada toda la noche, y si tenía que soportar una ronda más de trivialidades insulsas, iba a gritar... o a desmayarme dramáticamente, solo para ver si a alguien le importaba.

Es por eso que, a pesar del caos a mi alrededor, la invitación para escapar al jardín se sintió como un salvavidas.

La mascarada era uno de esos típicos eventos aristocráticos, lleno de pretensiones, pelucas empolvadas y personas que se tomaban a sí mismas demasiado en serio. No quería estar allí, pero ¿qué opción tenía? Mi vida entera era una sucesión de eventos como este: sofocantes y predecibles, diseñados para exhibirme ante posibles maridos como si fuera una yegua en una subasta.

Necesitaba algo diferente. Algo emocionante. O al menos algo que no

implicara asentir educadamente mientras Señor Fulano me hablaba de la cosecha en sus tierras. Fascinante.

El jardín fue mi salvación, un respiro temporal de las miradas críticas y las interminables expectativas. Salí y respiré el aire fresco de la noche. Era como entrar en otro mundo, uno que no olía a perfume y desesperación. La luna colgaba alta, arrojando un brillo plateado sobre los setos y las estatuas, y por primera vez en la noche, me sentí un poco más como yo misma.

Entonces lo vi.

Estaba apoyado contra un árbol, medio cubierto por las sombras, su máscara ocultando la mayor parte de su rostro. No llevaba nada particularmente ostentoso, solo una máscara negra sencilla y un traje que no pedía a gritos atención. Lo cual era un alivio. Quizá no era uno de los insulsos aburridos que había estado esquivando toda la noche. Quizá, solo quizá, estaba tan desencantado con todo este circo como yo.

—Escapando de la locura, ¿eh? —dije, con un toque burlón en la voz. No estaba segura de por qué me acerqué a él; algo sobre el anonimato de las máscaras me hacía sentir valiente.

Él giró un poco la cabeza, y pude captar un destello de sus ojos—oscuros, evaluadores, como si me estuviera midiendo a su vez—.

—Si por locura te refieres a ese espantoso salón de baile, entonces sí, estoy escondiéndome.

¿Escondiéndose? Ahora eso sí que era intrigante.

—Un hombre afín a mi corazón —dije, acercándome un poco más. Todavía podía escuchar la música desde dentro, amortiguada pero presente, como si el mundo que acabábamos de dejar atrás nos llamara, sin querer dejarnos ir.

—Debería haber esperado encontrar un espíritu afín aquí fuera —replicó, su voz suave pero con un tono seco que me gustó de inmediato—. No pareces del tipo que disfrute... todo eso. —Inclinó la cabeza hacia la gran casa detrás de nosotros.

—Oh, cielos, no —respondí con un resoplido, cualquier pretensión de comportamiento femenino completamente olvidada—. Antes me casaría con un seto.

La comisura de su boca se contrajo, como si intentara no reírse.

—Eso podría arreglarse.

Había algo emocionante en hablar con este hombre. Quizá era el hecho de que no lo conocía, y no tenía que conocerlo. Esta noche, él solo era un extraño, y yo solo era... libre.

La conversación se detuvo, pero no era incómoda. De hecho, sentí una extraña tensión en el aire. No estaba segura de qué me poseyó, pero me encontré acercándome aún más a él. Quizá era la luz de la luna o la brisa fresca, o el hecho de que había bebido suficiente del espantoso ponche de Duquesa Marston como para alimentar mis decisiones temerarias.

—Siento que he desperdiciado la mayor parte de la noche siendo correcta y educada —dije, más para mí misma que para él—. Y eso simplemente no sirve.

Él levantó una ceja.

—¿Qué sugieres entonces? ¿Una rebelión?

Sonreí, esta vez de verdad.

—Algo así.

Antes de que pudiera pensarlo dos veces, cerré la distancia entre nosotros, me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos.

Por un segundo que me dejó sin aliento, todo se detuvo. La música del salón de baile, los ridículos vestidos, las interminables expectativas... todo se desvaneció. Solo estábamos nosotros, solos en el jardín, con la luna y las estrellas como únicos testigos.

El beso fue... bueno, ¿cómo se describe algo que hace que todo tu cuerpo cobre vida? Fue audaz, impulsivo, y exactamente lo que necesitaba. Sentí su sorpresa inicial, la forma en que se quedó quieto por un breve instante, pero luego me devolvió el beso. Y vaya si me lo devolvió.

No fue educado, ni reservado, fue el tipo de beso que haría que incluso la dama más correcta olvidara sus modales. Su mano encontró mi cintura, acercándome más, y por un momento, olvidé quién era. Yo no era Señorita Eliza Marston, la bien educada hija de una familia respetable. Solo era una chica en un jardín, besando a un extraño porque se sentía bien.

Y luego terminó.

Me aparté, sin aliento, con el corazón latiendo como si acabara de correr por todo el jardín. Por un momento, nos quedamos mirándonos, ambos sorprendidos por lo que acababa de pasar.

Él fue el primero en romper el silencio.

—Bueno —dijo, su voz baja y algo áspera—, eso fue inesperado.

—Dímelo a mí —murmuré, aún tratando de recuperar el aliento.

No me pidió mi nombre, y yo no lo ofrecí. Ambos sabíamos que era mejor así. Quienquiera que fuera, no formaba parte de mi vida real, y así era exactamente como lo quería. Sin decir nada más, me di la vuelta y caminé de regreso hacia el caos del baile, dejando atrás a él—y ese beso inolvidable.

Pero mientras me deslizaba de nuevo entre la multitud, algo me decía que no lo olvidaría tan pronto. Ni a él.

La Mañana Siguierte y el Arrepentimiento

Me desperté con una sonrisa en el rostro, lo cual era raro, porque las mañanas y yo no somos amigas. Ni siquiera conocidas lejanas. La mayoría de los días me arrastro fuera de la cama con el entusiasmo de un perezoso, pero hoy... hoy era diferente. Hoy me desperté todavía vibrando con el recuerdo de ese beso.

Me estiré perezosamente bajo las sábanas, sintiendo la suave luz del sol filtrarse a través de las cortinas, y dejé escapar un suspiro de satisfacción. Era como si el aire mismo aún estuviera cargado con la energía de anoche. Ese beso —mi beso— fue lo más emocionante y atrevido que había hecho. Y eso ya dice mucho, considerando que no era exactamente conocida por tomar decisiones sensatas.

No pude evitar recrearlo en mi mente. La forma en que estaba él, apoyado contra aquel árbol, tan increíblemente tranquilo, como si no hubiera soportado horas del peor tipo de conversaciones de la sociedad. La manera en que su boca se movía contra la mía, lenta al principio, luego con una urgencia que reflejaba la mía. La forma en que su mano me sujetaba la cintura, como si quisiera anclarme a la tierra mientras el resto de mí flotaba entre las nubes.

“Basta,” me regañé a mí misma. Soñar despierta con ello no me iba a hacer ningún favor. Fue algo de una sola vez. Un momento fugaz. Un secreto compartido a la luz de la luna entre dos extraños que no se atreverían a mencionarlo nunca más. Ni siquiera sabía su nombre, por el amor de Dios. No había manera de que ese hombre encajara en mi vida. Una vida llena de deberes, expectativas y —ugh— compromisos.

Con ese pensamiento, mi estómago se revolvió desagradablemente. Me incorporé de golpe, cuando la realidad del día me golpeó como una ola fría. No era una heroína romántica en una novela. No podía simplemente escaparme y vivir aventuras con hombres misteriosos. No, yo era Señorita Eliza Marston, y mi familia tenía planes para mí.

Y esos planes probablemente involucraban a un hombre que ni siquiera sería la mitad de buen besador que mi desconocido enmascarado.

Deslicé las piernas fuera de la cama y fruncí el ceño cuando mis pies tocaron

el frío suelo. El calor del beso se desvanecía con cada segundo, y el peso completo de mi situación se asentó sobre mí. Porque en la habitación de al lado —probablemente durante un desayuno agonizantemente largo— mis padres iban a recordarme que tenía obligaciones. Y esas obligaciones venían en forma de Duque Thorne Ashcroft, el duque de Ashmore.

Mi estómago se revolvió otra vez, pero esta vez por las razones equivocadas. El duque. Frío, distante, insensible. Básicamente, el equivalente humano a una mañana de invierno en Siberia. No era exactamente el apasionado héroe bajo la luz de la luna de la aventura de anoche. No, Thorne Ashcroft era el tipo de hombre que no sabía qué hacer con un beso aunque este le bailara desnudo delante.

Y sin embargo, era el hombre que mi familia había elegido. Aquel hacia el que me estaban empujando, como si fuera una oveja lista para el mercado.

Ya podía escuchar la voz de mi madre en mi cabeza. *Es un duque, Eliza. ¿Entiendes lo raro que es que te consideren para un matrimonio así? No debes arruinar esto.*

Pasé las manos por mi cara y solté un gemido en la habitación vacía. ¿Por qué tenía que ser él? Un hombre que ni siquiera había conocido, pero que, según todas las cuentas, era tan emocionante como ver secarse la pintura. Hasta su nombre sonaba aburrido. *Thorne Ashcroft*. Un nombre que debía susurrarse reverentemente en los pasillos, o tal vez escribirse solemnemente en los libros de historia. No un nombre que inspirara besos salvajes y atrevidos en jardines bajo la luz de la luna.

¿Cómo será? me pregunté. Rara vez asistía a los eventos sociales de la *ton*, permaneciendo en su propiedad como algún señor recluso de una novela gótica. Lo cual, ahora que lo pensaba, no estaba tan lejos de lo que me imaginaba. El Duque Ashcroft, acechando en una fría y lúgubre mansión, cavilando sobre los ingresos trimestrales de su finca y sorbiendo té en absoluto silencio. Un conversador apasionante, sin duda.

—Ugh —murmuré para mí misma—. ¿Cómo acabé así?

Antes de que pudiera hundirme más en el pozo de la autocompasión, un golpe en la puerta me sobresaltó.

—Señorita Eliza —la voz de nuestra ama de llaves se filtró a través de la puerta—. Sus padres solicitan su presencia en el comedor.

Ahí estaba. La convocatoria. Suspiré dramáticamente, poniéndome de pie y lanzando al suelo una mirada de resignación.

—Ya voy —respondí, sonando como si estuviera dirigiéndome a la horca en lugar de al desayuno.

Me puse una bata, abrí la puerta y avancé lentamente hacia mi destino. O hacia el desayuno. Lo que llegara primero.

El desayuno fue, como era de esperar, una ocasión cargada de tensión tan densa que se podía untar en una tostada. Mi madre estaba sentada en un extremo de la mesa, con un aire de pura decepción. Mi padre, por su parte, hacía lo posible por no parecer medio dormido detrás de su periódico.

—Eliza, querida —comenzó mi madre, con un tono tan afilado que podía cortar vidrio—. Hemos querido hablar contigo de algo.

Aquí venía. El anuncio oficial. Estaba segura de que lo tendrían grabado en una placa para el final de la semana: *Señorita Eliza Marston—Esposa obediente del duque más aburrido de todo el reino.*

—Tu padre y yo hemos asegurado un acuerdo muy prometedor para ti —continuó, escudriñándome como si buscara el más mínimo atisbo de rebeldía—. Duque Thorne Ashcroft, el duque de Ashmore, ha expresado interés en cortejarte.

Ni siquiera me molesté en ocultar mi mueca de desagrado.

—¿Ha expresado interés? —repetí, con un tono casi incrédulo—. ¿Me ha conocido siquiera? ¿O solo ha oído de mi inigualable capacidad para soportar interminables conversaciones sobre la gestión de propiedades?

—No seas descarada, Eliza —murmuró mi padre detrás de su periódico, claramente desinteresado en mi intento de humor.

Mi madre ignoró el comentario por completo y siguió adelante.

—Es un partido excelente, Eliza. Su riqueza, su título... no puedes simplemente descartar esta oportunidad. Es muy raro que un duque considere el matrimonio de manera tan directa.

Apuñalé mis huevos, el gozo del beso de anoche desapareciendo por completo.

—¿Cómo es él? —pregunté, más por obligación que por verdadera curiosidad.

—Bueno, es... un duque —respondió mi madre, como si eso lo explicara todo.

Eso era código para decir: emocionalmente inaccesible, posiblemente rígido y definitivamente aburrido. Perfecto.

—Suenas encantador.

Los ojos de mi madre se entrecerraron.

—Es respetable. ¿Qué más necesitas? Se te ha dado todo privilegio en la vida, Eliza. Harías bien en mostrar algo de gratitud.

Gratitud. Claro. Debería estar agradecida por estar atada a un hombre cuyo principal atractivo era su cercanía a la corona.

Mis pensamientos volvieron a la noche anterior. Al hombre de la máscara, el que me besó como si realmente me viera. Quienquiera que fuera, no era un duque. Y aunque lo fuera, no era *este* duque.

Pero esta era mi vida ahora: deber sobre pasión, acuerdos sobre amor. A menos, claro, que hiciera algo drástico.

Por ahora, me conformé con dar una mordida exageradamente grande a mi tostada, ignorando la mirada de desaprobación de mi madre. Una pequeña rebelión a la vez.

Rumores del Duque

A media mañana, la noticia de mi inminente condena—quiero decir, encuentro—con Duque Thorne Ashcroft se había extendido por toda la casa más rápido que una bandeja de bollos recién horneados. El personal susurraba, mi madre prácticamente vibraba de emoción, ¿y yo? Bueno, yo estaba mentalmente redactando mi plan de fuga.

Consideré huir a una isla lejana donde a nadie le importaran mis perspectivas de matrimonio. Me inventaría una nueva identidad. Tal vez me convertiría en marinera. Me gustaba el mar. Pero, por desgracia, el cuerpo de agua más cercano era la fuente de nuestro jardín, y no era exactamente conocida por mis habilidades de natación. Además, estaba el pequeño problema de que mi madre me rastrearía como un sabueso particularmente determinado.

Así que, en lugar de tramar mi escape, me encontré sentada en una fiesta de té con un grupo de damas mucho más interesadas en mi futuro matrimonio que yo. Mi mejor amiga, Charlotte, estaba a mi lado, con una expresión mezcla de diversión y lástima mientras las demás cotilleaban sobre mi “afortunada” situación.

—Eliza, querida, simplemente *debes* contarnos todo sobre tu encuentro con el duque —dijo Señorita Penélope, su voz goteando falsa preocupación. Revoloteaba su abanico como una gallina batiendo sus alas, claramente desesperada por chismes.

—Sí, cuéntanos —intervino Señorita Harriet, inclinándose con los ojos muy abiertos y ansiosos—. Todo el mundo está hablando de ello. *Todo el mundo*.

Suspiré, tomando un sorbo delicado de té para ganar tiempo. La verdad era que sabía tanto como ellas.

—Ni siquiera he conocido al hombre —dije, tan calmadamente como pude—. Por lo que sé, podría ser una invención de mis padres. O una estatua, dada la forma en que lo describen.

Charlotte soltó una risita en su taza, ganándose una mirada aguda de Señorita Penélope, que claramente no apreciaba el humor de la situación.

—Bueno —dijo Señorita Harriet, bajando la voz a un susurro conspirativo—, el esposo de mi prima conoce al duque. Dicen que es un completo recluso.

Pasa todo el tiempo encerrado en su finca, leyendo libros o meditando sobre... lo que sea que los duques meditan.

—Las cosechas, sin duda —murmuré por lo bajo. Charlotte me dio una palmada alentadora en la rodilla, con los ojos chispeando de risa contenida.

Señorita Penélope se inclinó aún más, sus ojos brillando con un escandaloso placer.

—He oído que es absolutamente imposible. Apenas habla en los eventos sociales—cuando se molesta en asistir, claro está—y cuando lo hace, es frío como el hielo. Sin sentido del humor, sin interés en conversar, y ciertamente sin tiempo para... bueno, para actividades románticas, si entiendes lo que quiero decir.

Vaya si lo entendí. Estaba sugiriendo que era o celibe, o completamente desinteresado en las mujeres. O ambas cosas. Fantástico. Justo lo que toda chica sueña en un marido: alguien con el rango emocional de un ladrillo.

—Y —añadió Señorita Penélope dramáticamente—, es excéntrico. Tiene horarios raros, y dicen que tiene una habitación entera dedicada a artefactos antiguos. Una de las conocidas de mi tía visitó su finca una vez, y juró que vio un sarcófago en la biblioteca. ¿Puedes imaginarlo?

Por desgracia, sí que podía imaginarlo. No porque tuviera idea de cómo era Thorne Ashcroft, sino porque todo esto estaba tomando la forma de algo ridículo. El hombre era prácticamente una leyenda de fantasmas envuelta en el título de duque, con rumores girando a su alrededor como niebla.

—¿Excéntrico? —intervino finalmente Charlotte, levantando las cejas—. ¿Es un código para decir “aburridísimo”?

—Más bien todo lo contrario —susurró Señorita Harriet—. Excéntrico en el sentido de... bueno... raro. Impredecible.

Gemí internamente. Esto era peor de lo que pensaba. Lo aburrido podía manejarlo. Tenía años de práctica tolerando caballeros insulsos. Pero ¿raro? ¿Impredecible? ¿Un hombre que tal vez tuviera momias en su biblioteca?

—Suenas... encantador —dije secamente—. Exactamente el tipo de hombre con el que me gustaría pasar el resto de mi vida.

—De verdad, Eliza, deberías estar agradecida —dijo Señorita Penélope, agitando su abanico dramáticamente—. Es un duque. ¿Sabes lo raro que es que alguien de nuestro círculo siquiera vea a un duque, y mucho menos tenga la oportunidad de casarse con uno?

—Sí, soy muy afortunada —respondí, apenas conteniendo el impulso de poner los ojos en blanco—. Te aseguro que te enviaré una invitación a la boda. Puedes sentarte junto al sarcófago.

Charlotte se atragantó con el té, y no pude evitar sonreír. Era una pequeña victoria, pero la tomaría.

Después de que la tortuosa fiesta de té terminó, me encontré vagando por los jardines, necesitando un momento de soledad para procesar lo que había aprendido. O, más precisamente, lo que no había aprendido. Thorne Ashcroft seguía siendo un enigma, envuelto en rumores de frialdad y comportamientos

extraños. Cada historia que había oído lo pintaba como un hombre más interesado en libros polvorientos que en cualquier tipo de conexión humana.

No necesitaba conocerlo personalmente para entender lo que todo esto significaba. No iba a ser el tipo de hombre que disfrutara del ingenio o las conversaciones profundas. No iba a hacerme suspirar con pasión y romance. No, Thorne Ashcroft iba a ser exactamente lo que temía: una figura distante e inalcanzable. Un duque por título, pero nada más.

Y yo iba a estar encadenada a él, todo porque mis padres pensaban que su título era más importante que mi felicidad.

Me senté en un banco de piedra, mirando las rosas en flor, y suspiré.

—Esta es mi vida ahora —murmuré para mí misma, apoyando el mentón en las manos—. Casada con un duque frío y excéntrico que probablemente prefiera los jeroglíficos a la interacción humana.

Una risa suave me sacó de mis pensamientos, y miré hacia arriba para ver a Charlotte acercándose, su rostro iluminado con diversión.

—Ay, Eliza —dijo, sentándose a mi lado—. Creo que has convertido a Thorne Ashcroft en una especie de faraón antiguo en tu cabeza. ¿Y si no es tan terrible como dicen los rumores?

Le lancé una mirada escéptica.

—Charlotte, dicen que tiene un sarcófago en su biblioteca. Dudo que gane ningún premio por su encanto.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez solo esté malentendido. La gente adora cotillear, lo sabes. ¿Y si lo conoces y resulta ser perfectamente tolerable?

Solté una carcajada.

—No voy a contener la respiración. Y de todos modos, todo esto es una formalidad. Iré, sonreiré, diré algo educado sobre su extensa colección de cerámica antigua, y luego ambos estaremos de acuerdo en que es mejor vivir vidas separadas.

—Eres una romántica empedernida —dijo Charlotte, sonriendo.

—Siempre —respondí secamente.

La verdad es que no podía imaginar un futuro con alguien como él. La idea de estar atada a un hombre que veía el matrimonio como solo otro deber que cumplir me hundía el corazón. Yo quería pasión. Aventura. Quería a un hombre que me viera—que realmente me viera—y que se preocupara lo suficiente como para desafiarme, para compartir mis sueños, para hacerme reír.

Pero eso no estaba en las cartas para mí. No con Thorne Ashcroft, y no con nadie que mi familia aprobara.

Aun así, tenía que conocerlo. Aunque solo fuera para satisfacer a mis padres y quitarme el asunto de encima.

—Está bien —dije, poniéndome de pie con un suspiro resignado—. Lo conoceré. Pero te lo advierto, Charlotte, si empieza a recitarme jeroglíficos egipcios, saldré corriendo hacia las colinas.

La risa de Charlotte resonó a mis espaldas mientras me alejaba, temiendo

inevitablemente el encuentro con un hombre que estaba convencida sería el duque más aburrido y excéntrico de toda Inglaterra.

La Teoría Descabellada de William

Después de una tortuosa fiesta de té llena de rumores y especulaciones sobre las excentricidades de Duque Thorne Ashcroft, y un intento a medias de calmarme en el jardín, supe exactamente con quién debía hablar: William.

Mi querido hermano, el siempre encantador y ligeramente travieso “oveja negra” de la familia, tenía una habilidad asombrosa para saber cosas sobre las personas, especialmente las cosas que preferirían mantener en secreto. Si había alguien que pudiera darme algo de información sobre este misterioso duque, era él. O al menos, inventaría alguna teoría ridícula para entretenerme, que ya era más de lo que mi mente en su estado actual podía esperar.

Encontré a William holgazaneando en la biblioteca, como de costumbre. Era mediodía, pero eso no le impedía estar elegantemente recostado en el diván, con las piernas cruzadas y una copa de jerez en una mano. Su cabello castaño estaba artísticamente despeinado, el producto de un peinado intencionado o de un viento verdaderamente salvaje, y su camisa estaba desabotonada lo suficiente como para hacer que nuestra madre se apoplecticara si lo viera.

—Ah, la hermana pródiga regresa —dijo William arrastrando las palabras cuando entré en la sala. Su rostro se iluminó con una amplia y juguetona sonrisa—. ¿Cómo fue tu reunión con el comité de cansinas gallinas cubiertas de encaje?

—Agotadora —suspiré, dejándome caer en el sillón frente a él—. Si escucho un rumor más sobre la colección de sarcófagos de el Duque Thorne Ashcroft, voy a lanzarme al estanque más cercano.

William soltó una carcajada, dejando su copa en la mesa lateral.

—¿Ah, sí? ¿Todavía están girando esa ridícula historia? La semana pasada oí que tenía una momia petrificada como mayordomo.

Levanté una ceja.

—¿De verdad? Porque según Señorita Penélope, es más probable que él mismo se momifique, dado lo poco que parece interesarse en la interacción humana.

—Fascinante —murmuró William, tocándose la barbilla teatralmente—.

Dime, ¿emerge de su tumba solo durante las lunas llenas, o es más bien un recluso estacional?

—Aparentemente, es un compromiso de todo el año —dije, intentando sin éxito reprimir una sonrisa—. Aparentemente, es terriblemente frío, distante y excéntrico. Justo el tipo de hombre para hacer que el corazón de una joven palpite, ¿no crees?

William soltó una risa fuerte, un sonido que siempre había sido contagioso. No importaba lo exasperante que lo encontrara a veces—su irresponsabilidad, su total desprecio por las expectativas sociales—, él era la única persona que podía hacerme sentir menos atrapada en el deber.

—Parece que te espera una gran aventura, hermanita —dijo William, su tono volviéndose más serio—. Pero si has venido a verme, sospecho que buscas algo más que comentarios sarcásticos sobre tu inevitable compromiso con un duque recluso.

Suspiré, recostándome en el sillón y mirando al techo.

—Necesito saber si hay algo real en este duque. Algo más allá de los rumores y teorías ridículas. Tú conoces gente, William. ¿Sabes algo de él?

William frunció el ceño ligeramente, frotándose la barbilla en señal de reflexión.

—Hmm. No lo conozco personalmente, no. Pero he oído susurros aquí y allá. Es cierto que se mantiene apartado. Rara vez asiste a eventos, salvo en algún que otro baile donde muestra su cara lo suficiente como para recordarle a la sociedad que aún no se ha convertido en una pila de polvo.

—¿Entonces es verdad? —pregunté, sintiendo cómo se me hundía un poco el corazón—. ¿Realmente es tan frío y distante como dicen?

—No necesariamente —dijo William, sus ojos brillando con una travesura que reconocía demasiado bien—. Hay otra teoría. Y es un poco más... intrigante.

Entrecerré los ojos.

—¿Quiero saberla?

—Oh, por supuesto que sí —respondió William, sentándose más erguido y bajando la voz como si fuera a compartir una gran conspiración—. No es que el Duque Thorne Ashcroft sea frío o desinteresado en la interacción humana. No, no. La verdad es, Eliza, que el duque de Ashmore es un espía secreto.

Me quedé mirándolo durante diez segundos completos, esperando que estallara en carcajadas y admitiera que estaba inventando todo. Pero William era un excelente actor, y mantuvo su expresión: seria, con los ojos muy abiertos y la cantidad justa de intriga.

—¿Un espía? —repetí, con la voz plana—. No puedes estar hablando en serio.

—Completamente en serio —insistió William, llevándose una mano al corazón como si estuviera jurando—. Todo tiene sentido, ¿no? Se mantiene apartado, no se involucra con la sociedad, desaparece durante semanas... sin duda en misiones para la Corona, recopilando información vital de diplomáticos extranjeros.

—O —repliqué, cruzando los brazos—, es simplemente un hombre excéntrico que prefiere sus libros y artefactos a la monotonía de los eventos sociales.

William soltó un falso suspiro, dramático.

—Te falta imaginación, querida hermana. ¡Piénsalo! ¿Qué mejor cobertura que la de un duque misterioso y distante? Nadie lo sospecharía. ¡El espía perfecto!

Me reí a pesar de mí misma, negando con la cabeza.

—No tienes remedio.

—Tal vez —dijo William, sonriendo de nuevo—. Pero, ¿puedes culparme? Nunca lo he conocido, pero ¿no sería más emocionante pensar en él como una figura en las sombras, deslizándose por los salones, intercambiando mensajes secretos con agentes extranjeros?

—Sería ciertamente más emocionante que la versión de él que he escuchado —admití—. Pero honestamente, William, no sé qué pensar. Madre está presionando tanto con este acuerdo, y no puedo imaginar pasar mi vida atada a un hombre que preferiría conversar con reliquias que conmigo.

La sonrisa de William se suavizó. Se inclinó un poco hacia adelante, su expresión ahora más seria.

—Eliza, si no quieres esto, no tienes que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad?

Suspiré, mirando al suelo.

—No es tan simple. No soy como tú. No tengo la libertad de tomar mis propias decisiones. Tú puedes vivir como quieras, pero yo... yo estoy atrapada por el deber.

—La libertad está sobrevalorada —dijo William, recostándose de nuevo con su habitual tono despreocupado—. ¿Crees que disfruto decepcionando a todos? Padre me fulmina con la mirada cada vez que entro en una habitación. Madre ha desistido en intentar convertirme en un “caballero respetable”. —Hizo comillas con los dedos, sonriendo con ironía.

—Te envidio, William —admití en voz baja—. Tienes la opción de ser tú mismo. De hacer lo que quieras. Yo no estoy segura ni de lo que quiero.

El rostro de William se suavizó aún más, y me apretó brevemente la mano.

—Eres más lista de lo que te das crédito, Eliza. Si no quieres estar encadenada a este duque, entonces no dejes que te obliguen. Eres más que capaz de trazar tu propio camino. Incluso si ese camino incluye a un duque ligeramente excéntrico con una relación cuestionable con mayordomos momificados.

Me reí de nuevo, agradecida por su ridículo sentido del humor. Siempre sabía cómo hacerme sentir más ligera, incluso cuando me estaba ahogando en preocupaciones. Aún así, a pesar de sus bromas, el peso de la situación seguía colgando sobre mí.

—Supongo que primero tendré que conocerlo —dije finalmente, levantándome del sillón—. Quizá realmente sea un espía, y estoy a punto de ser arrastrada a alguna gran aventura.

William levantó su copa en un brindis ficticio.

—Por el Duque Thorne Ashcroft, el mejor espía que la *ton* haya conocido.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar preguntarme—espía o no, ¿cómo demonios iba a sobrevivir a este encuentro?

William, que nunca dejaba que un momento serio durara demasiado, se recostó con una sonrisa traviesa.

—Sabes, Eliza, cuando tú y el duque paséis vuestra primera noche juntos, espero que te deje espacio en el sarcófago. Después de todo, no sería muy caballeroso hogarlo todo para sí mismo.

Solté una carcajada, intentando sin éxito contener la risa.

—Oh, naturalmente. No soñaría con privarme del lujo de una cama de piedra. Pero no te preocupes, querido hermano —añadí, con la voz empapada de dulzura fingida—. Cuando llegue el momento, me aseguraré de que haya espacio para los dos. Puedes ser el tercer invitado en la tumba.

William estalló en carcajadas, y no pude evitar unirme a él.

—Trato hecho —dijo, limpiándose una lágrima de risa—. Al menos todos estaremos enterrados con estilo.

Una Tensa Introducción

Hay una especie de temor que te envuelve el pecho como un corsé demasiado apretado cuando estás a punto de conocer a tu futuro marido por primera vez. Es la misma sensación que se siente antes de que un médico prepare sus instrumentos para una extracción desagradable, o como el momento justo antes de que un carruaje se tope con un surco profundo en la carretera: inevitable, estremecedor y totalmente fuera de tu control.

Es la misma sensación cuando oyes las palabras «Tenemos que hablar». En el fondo, sabes que va a ser insoportable, pero no puedes huir. No cuando toda tu familia te está mirando, aferrada a la esperanza de que este acuerdo sea el que por fin te case respetablemente.

Madre pasó todo el trayecto en carruaje recordándome mis modales, como si no supiera cómo sentarme correctamente o sonreír como una flor delicada sin opiniones propias. Dejé de escucharla después del primer “*Deja de encorvarte, Eliza*”, y me concentré en mirar por la ventana, observando cómo el paisaje del campo se desdibujaba y preguntándome, distraídamente, si podría lanzarme al seto más cercano y no volver a ser encontrada.

Desafortunadamente, llegamos a Ashcroft Hall antes de que pudiera poner ese plan en acción. Y el lugar era exactamente tan ominoso como me lo había imaginado.

La mansión se alzaba ante nosotros como algo sacado de una novela gótica: piedra oscura, torres imponentes, y enredaderas trepando por las paredes como si intentaran devorar el edificio entero. Las ventanas brillaban bajo la luz del sol, pero había algo frío e inhóspito en ellas, como si la casa misma estuviera guardando secretos.

Igual que el duque.

—Encantador —murmuré por lo bajo mientras el carruaje se detenía.

—Recuerda sonreír —susurró madre, prácticamente empujándome fuera del carruaje con la urgencia de alguien desesperado por ver casada a su hija mayor antes de que se convirtiera en una solterona decrépita a los 22 años—. Y por el amor de Dios, intenta no hablar demasiado.

—Oh, seré el retrato del encanto —respondí con una sonrisa tensa—.

Incluso podría desmayarme en sus brazos.

Sus ojos se entrecerraron, pero antes de que pudiera regañarme, nos condujeron al gran salón de la mansión, y ya no había vuelta atrás.

Duque Thorne Ashcroft, el duque de Ashmore, estaba de pie al otro extremo del gran salón como una estatua esculpida en hielo. Su cabello era oscuro y peinado hacia atrás, y aun desde la distancia, podía notar que su postura era inquietantemente rígida, como si se estuviera preparando para una tarea desagradable—conocerme, sin duda.

A medida que nos acercábamos, sus ojos se cruzaron con los míos brevemente, para luego apartarse, como si ya hubiera visto suficiente para confirmar sus peores temores. Podía escuchar su pensamiento: *Oh, maravilloso. Otra debutante tediosa que soportar.*

—Duquesa Marston —saludó con una reverencia rígida hacia mi madre, su voz profunda y uniforme. Luego, su mirada fría se posó en mí—. Señorita Eliza.

Hice una reverencia, como era de esperar, y ofrecí una sonrisa educada que, estaba segura, no alcanzaba mis ojos.

—Su Gracia.

No sonrió. Ni siquiera lo intentó. Su expresión permaneció fría, distante e impenetrable, como si esta reunión fuera simplemente otro punto en su lista de tareas tediosas del día. Para él, yo podría haber sido un complicado libro de cuentas por todo el calor que me mostró.

Madre, claramente ansiosa por facilitar el florecimiento del romance que había soñado, lanzó de inmediato un discurso sobre lo honrados que estábamos de estar en su presencia. Thorne asintió con la cabeza, siguiendo el ritmo, pero su atención permaneció fija en mí, como si me estuviera evaluando, sopesando mi valor como si fuera un objeto valioso en una subasta. No era nada encantador.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, madre me dio un empujoncito hacia adelante.

—Eliza, querida, ¿por qué no das un paseo por los jardines con el duque? Estoy segura de que les gustaría conocerse mejor.

No sabía qué deseaba más: darle una bofetada a mi madre o fingir que tropezaba y caer directamente en un arbusto. Pero, al no ver alternativa, asentí y me obligué a enfrentar a Thorne de nuevo. Él me ofreció su brazo, más por obligación que por verdadero deseo de acompañarme, y lo tomé.

Al salir, el silencio entre nosotros era palpable. Los jardines eran preciosos, llenos de setos perfectamente cuidados y rosas en plena floración, pero la tensión en el aire era tan densa que podría habernos asfixiado a ambos.

Después de unos minutos caminando en completo silencio, decidí que no podía soportarlo más.

—Un clima encantador, ¿no cree?

El duque miró al cielo, que estaba completamente despejado, como para confirmar que sí, en efecto, el clima era agradable.

—En efecto.

Otro largo tramo de silencio.

Estuve tentada de preguntarle si el sarcófago de su biblioteca era tan impresionante como había oído, pero me contuve. Apenas.

—Entonces —comencé de nuevo, intentando iniciar una conversación—. ¿Pasa mucho tiempo en Londres, Su Gracia?

—Solo cuando es absolutamente necesario.

Parpadeé, esperando que elaborara un poco más. No lo hizo. Aparentemente, esa era toda la conversación.

Reprimí un suspiro y lo miré de reojo, intentando descifrar a este hombre. Supongo que era atractivo, en un sentido distante y melancólico, pero había algo tan... cerrado en él. Como si hubiera construido murallas tan altas a su alrededor que nadie pudiera escalarlas. Los rumores sobre su frialdad no estaban exagerados, al parecer.

Y eso solo me hizo pensar en él.

Aquel beso en la mascarada. El fuego, la pasión—la conexión. Quienquiera que fuera aquel hombre enmascarado, era el polo opuesto a el Duque Thorne Ashcroft. El duque bien podría haber sido un bloque de hielo comparado con la chispa que sentí esa noche. Y eso hacía que este momento fuera aún más frustrante.

—Así que disfruta de la soledad, ¿verdad? —insistí, esperando sacar algo más de él. Lo que fuera.

Él inclinó la cabeza ligeramente.

—La prefiero a las... distracciones de la sociedad.

Claro. Porque la sociedad, con sus chismes triviales y eventos sin sentido, estaba por debajo de él. Por supuesto. Me mordí un comentario afilado y en su lugar dije:

—¿Y qué le gusta hacer cuando no está siendo... distraído?

—Tengo afición por la historia —dijo, con ese tono neutral perfectamente controlado—. Las culturas antiguas. Antigüedades.

Ah, ahí estaba. El hombre excéntrico que coleccionaba artefactos antiguos y los atesoraba en su solitaria mansión, como un dragón con su tesoro.

Sonreí, aunque sin la más mínima alegría.

—Artefactos, claro. Seguro que es un tema fascinante para la cena.

—Prefiero conversaciones significativas —replicó, sin molestarse en mirarme—. No las charlas triviales.

¿Significativas? Casi solté una carcajada. Todo este encuentro parecía más una negociación comercial que algo remotamente cercano a un cortejo. El hombre tenía la profundidad emocional de una taza de té. No había pasión, ni curiosidad sobre mí, ni chispa alguna. Ni siquiera me había hecho una sola pregunta sobre mi persona, lo que solo reforzaba mi creciente certeza de que esto era un desastre.

—Por supuesto —dije entre dientes, sintiendo que la frustración crecía dentro de mí—. ¿Quién no preferiría eso?

Completamos el resto de nuestra caminata en un incómodo silencio. Estaba

dolorosamente claro que ninguno de los dos sentía algo remotamente cercano a una conexión. Y sin embargo, este era el hombre que mis padres habían elegido para mí. El duque. El hombre con el que esperaban que me casara y pasara el resto de mi vida.

Al acercarnos al final del paseo, solo podía pensar en una cosa: preferiría casarme con el sarcófago de su biblioteca.

A medida que nuestra incómoda caminata se acercaba a su misericordioso final, me maldije por no haber “accidentalmente” tropezado con una raíz y haber acertado toda esta farsa. Pero no, mis pies me traicionaron y siguieron marchando al compás de los del duque, cuyo brazo aún sujetaba por pura obligación.

Y hablando de obligaciones, Thorne Ashcroft—sí, Thorne, porque al parecer el universo tenía un cruel sentido del humor cuando nombraba a los hombres—estaba haciéndome lamentar cada decisión que me había llevado a este momento. Cada vez que lo miraba, parecía aún más distante que antes. Si este era su intento de cortejarme, no tenía ni idea de cómo había logrado llegar tan lejos en la vida sin haber propuesto matrimonio accidentalmente a una farola.

Lo intenté de nuevo, porque una parte de mí aún mantenía la esperanza de que debajo de esa fachada glacial hubiera un ser humano. Quizá solo necesitaba un poco de ánimo. O, ya sabes, un pulso.

—Su propiedad es encantadora —comenté mientras pasábamos junto a un parterre de flores perfectamente arreglado—. ¿Supervisa usted mismo los jardines?

Su mirada se dirigió brevemente al jardín y luego volvió al camino.

—Dejo la mayor parte de la gestión a mi jardinero jefe.

Ah, claro. El duque no se dignaría a acercarse a unas tijeras de podar.

—Entiendo. ¿Y disfruta usted del tiempo al aire libre?

Pareció considerar esto por un momento, como si estuviera sopesando los pros y los contras de la naturaleza.

—Depende. El silencio es atractivo. Lo encuentro... relajante.

¿Relajante? Podía sentir el suspiro formándose en mi pecho. Estaba hablando de este hermoso jardín como si fuera un sillón. Un sillón que probablemente ni siquiera usaba. ¿Relajante? ¿Eso era lo que encontraba interesante?

Yo, por otro lado, encontraba esta conversación tan relajante como una visita al patíbulo.

—¿Lee mucho? —intenté de nuevo, recordando los rumores sobre su biblioteca llena de antiguos volúmenes y, aparentemente, cadáveres.

Esto le ganó la más breve de las miradas en mi dirección.

—Sí.

Oh, maravilloso. Sabía leer. Todo un logro.

—¿Y qué le gusta leer? —insistí, con una voz que sonaba demasiado alegre para mantener mi cordura.

Vaciló, luego dijo:

—Principalmente, historias. Civilizaciones antiguas. Los egipcios, por ejemplo.

Por supuesto. Claro que le interesaban los gobernantes momificados. Estaba a punto de hacer algún comentario sobre sarcófagos (que, seamos honestos, seguramente sería todo un éxito), pero me detuve. ¿Qué estaba haciendo? ¿Intentando conectar sobre mobiliario funerario?

Honestamente, Eliza, ¿dónde está tu dignidad?

—Oh —conseguí decir en su lugar—. Ya veo.

Seguimos en silencio, su respuesta flotando entre nosotros como una pesada y antiquísima losa de piedra. Y mientras consideraba el hecho de que preferiría vivir bajo esa piedra antes que continuar esta conversación, le eché un vistazo.

Era atractivo, eso tenía que concedérselo. Su mandíbula fuerte y su cabello perfectamente peinado gritaban “duque”, con esos bordes fríos y pómulos tan afilados que podrían cortar cristal. Era alto, su postura tan erguida como las columnas de mármol del vestíbulo de su mansión, y aunque sus rasgos eran refinados, carecían por completo de calidez.

Si tuviera que adivinar, diría que su monólogo interno sería algo así: *Debo completar el cortejo. Debo sonreír—espera, no demasiado. Debo dar respuestas educadas. Sí, respuestas educadas logradas. Misión cumplida.*

Mientras tanto, en mi cabeza: *¿Por qué está mirando hacia adelante como si fuera a desaparecer si no lo hace? ¿Cree que voy a prenderme fuego? ¿Debería prenderme fuego? Por favor, que algo me salve de esta conversación agonizante.*

Finalmente, no pude soportarlo más.

—Debo decir —comencé, mi voz un poco demasiado alta y excesivamente sarcástica—, no creo haber tenido una caminata más emocionante.

Su ceño se frunció ligeramente, pero no había terminado.

—De verdad, ha sido toda una aventura. Entre las dos frases enteras que has pronunciado y la apasionante conversación sobre civilizaciones antiguas, estoy prácticamente sin aliento de emoción.

Por un momento, pensé que había ido demasiado lejos. Su rostro se tensó apenas, como si no estuviera acostumbrado a que le hablaran de esa manera— y, seamos honestos, probablemente no lo estaba. A los duques normalmente se les dirigían palabras como *Su Gracia*, y *Por supuesto, Su Gracia*, y *Déjeme arrojarle a sus pies, Su Gracia*. No sarcasmo.

Pero entonces, algo sorprendente ocurrió. Sus labios se movieron. ¿Se movieron?

¿Era eso... una sonrisa? No. No podía ser. Preferiría creer en los rumores de que era un espía antes de creer que este hombre era capaz de sonreír.

—Ya veo —dijo finalmente, su voz tan neutral como siempre—. Encuentras esta conversación carente de interés.

—No diría que carece de interés —respondí, aún completamente sumida en mi modo sarcástico—. Pero si tu objetivo es ganar el premio a “la conversación más incómoda del año”, estás bien encaminado.

De hecho, se detuvo. Por primera vez, realmente me miró. Sus ojos, que antes habían estado distantes y desenfocados, ahora parecían concentrarse, como si de repente me viera bajo una nueva luz.

Y yo, por alguna razón que no podía explicar, sentí la necesidad de seguir hablando.

—Mira, Su Gracia...

—Thorne —me interrumpió.

—¿Qué?

Vaciló, luego repitió:

—Puedes llamarme Thorne.

Parpadeé. ¿Era esto progreso? ¿Había... roto el hielo? ¿Aunque fuera solo un poco?

—Bueno, Thorne —dije, probando su nombre en mi lengua como si no estuviera segura de si era una broma o no—, no sé cuánta experiencia tienes, ya sabes, con personas, pero generalmente, cuando uno conversa, es habitual hacer una o dos preguntas sobre la otra persona. Quizá mostrar un poco de interés.

Frunció el ceño, no de manera ofendida, sino como si estuviera procesando información, como si estuviera reorganizando un archivador en su mente.

—Mis disculpas si he sido... descuidado.

Lo miré, un poco atónita. ¿Acababa de disculparse el duque de los icebergs emocionales? ¿Por ser descuidado? Casi esperaba que siguiera con: *Lo remediaré momificando mis sentimientos*.

—Está bien —dije, con mi sarcasmo desvaneciéndose solo un poco—. Solo... bueno, esperaba que esto fuera menos una transacción comercial y más una conversación. Se supone que estamos conociéndonos, ¿no?

Me estudió por un momento más, luego asintió, como si estuviera concediendo un punto en un debate.

—Tienes razón.

Volví a parpadear.

—Lo siento, ¿qué?

—Tienes razón —repitió, un poco más firme esta vez—. No he hecho mucho esfuerzo.

Casi me reí de lo absurdo de la situación. Aquí estaba yo, prácticamente obligando al duque a aprender cómo hablar con otro ser humano.

—Bueno, eso ya es un comienzo.

Nos quedamos allí, torpemente, como si ninguno de los dos supiera qué hacer después. Parecía que estaba a punto de decir algo, pero al final simplemente ofreció su brazo de nuevo, y seguimos caminando.

Mientras nos acercábamos a la casa, me sorprendí robándole otro vistazo, preguntándome por enésima vez cómo este hombre—este hombre tan increíblemente rígido, frustrante, y extrañamente intrigante—podía ser el hombre con el que estaba destinada a casarme. Porque si esto era lo que significaba el matrimonio con un duque, sería mejor que empezara a

acostumbrarme a ese sarcófago.

Un Intercambio Caliente

Si hubiera un infierno diseñado específicamente para mí, se parecería mucho a mi situación actual: atrapada en el salón de Duque Thorne Ashcroft, obligada a soportar la sofocante tensión de nuestra segunda reunión. Para empeorar las cosas, nuestras madres estaban sentadas al otro lado de la habitación, tomando té y compartiendo cumplidos como casamenteras desquiciadas. Sus sonrisas eran demasiado amplias, sus miradas demasiado ansiosas—como lobas listas para lanzarse al primer signo de que podríamos llevarnos bien.

Alerta de spoiler: no nos estábamos llevando bien.

Lancé una mirada a Thorne, que estaba cerca de la ventana, con los brazos cruzados, decidido a mantener una distancia emocional de al menos cinco kilómetros entre nosotros. Su postura era, como siempre, impecablemente rígida, su rostro impenetrable. Era como hablar con una estatua de piedra—si esa estatua te juzgara por cada palabra que dijeras.

Carraspeé, decidida a hacer lo mejor que pudiera.

—Tu propiedad es... grandiosa —dije, tratando de sonar agradable mientras mi frustración hervía bajo la superficie.

—Gracias —respondió sin mirarme—. Ha estado en la familia por generaciones.

—Claro —dije, con un tono que se afilaba—. Tradición. Eso debe ser agradable. Tener generaciones de personas diciéndote exactamente cómo debes vivir tu vida.

Los ojos de Thorne se dirigieron hacia mí, solo por un segundo, pero lo suficiente para que viera un destello de molestia.

—La tradición es importante —dijo con voz fría—. Proporciona estructura. Estabilidad.

—Y asfixia —murmuré entre dientes.

Giró la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Perdona?

—Dije asfixia —repetí, más alto esta vez, porque si iba a cavar mi propia tumba, bien podría usar una pala—. La tradición es asfixiante. Nos dicta lo que

podemos y no podemos hacer, quiénes podemos y no podemos ser. Nos obliga a ocupar estos roles, como peones en un tablero de ajedrez, sin preguntarnos nunca qué es lo que queremos.

Los ojos de Thorne se entrecerraron levemente, pero no me interrumpió. No estaba segura de si estaba intrigado por mi arrebató o simplemente esperando que me ahorcara con mis propias palabras. De cualquier manera, ya había pasado el punto de preocuparme.

—Dices que la tradición proporciona estructura —continué, incapaz de detenerme—, pero también nos quita la posibilidad de elegir. Especialmente a las mujeres. Se espera que seamos calladas, obedientes y sumisas, mientras los hombres tienen la libertad de hacer lo que quieran. Se supone que debemos casarnos por seguridad, no por amor, y pasar el resto de nuestras vidas cumpliendo con las expectativas de los demás.

—¿Y qué propones en su lugar? —preguntó, su voz calmada pero con un filo que no pude identificar del todo—. ¿Un mundo sin tradición? ¿Sin reglas? Eso sería caos.

—Quizá un poco de caos es lo que necesitamos —repliqué, sintiendo una oleada de desafío—. Quizá deberíamos tener la oportunidad de romper con esos roles y vivir nuestras vidas como queremos, no como la sociedad nos lo dicta.

Su mirada se volvió más fría, y sentí que la tensión entre nosotros subía varios grados.

—Hablas de rebelión como si fuera algo noble. Pero lo que sugieres llevaría a la inestabilidad, al colapso del orden. No se pueden descartar siglos de tradición solo porque la encuentras inconveniente.

Me reí—un sonido poco femenino y amargo que incluso a mí me sorprendió.

—¿Inconveniente? ¿Eso es lo que crees que es? ¿Una pequeña molestia? El hecho de que toda mi vida ha sido planeada desde mi nacimiento, sin importar lo que yo quiera o a quién ame, ¿te parece solo un inconveniente?

—El amor es una fantasía —dijo de manera tajante, su voz cortando el aire como hielo—. No es algo por lo que te casas. El matrimonio es una alianza. Un contrato. Sirve a un propósito más allá de las emociones pasajeras.

—¿Pasajeras? —repetí, mi voz elevándose—. ¿Eso es lo que piensas? ¿Que el amor es solo un sentimiento temporal que no importa a largo plazo? Qué increíblemente cínico de tu parte.

Permaneció calmado—demasiado calmado, como si estuviera tratando de contener algo debajo de esa superficie estoica.

—No es cinismo. Es realidad. Eres ingenua si crees que el amor es lo que mantiene unido un matrimonio. Es la estabilidad, la estructura y el deber. Todo lo demás es una distracción.

Lo miré, incrédula.

—¿Una distracción? ¿Eso es lo que piensas que es el amor?

No respondió de inmediato. Su mandíbula se tensó, y pude ver la tensión acumulándose en su expresión. Finalmente, dijo:

—El amor nubla el juicio. Hace que las personas tomen decisiones irracionales. Es una debilidad.

Tuve que morderme la lengua para no explotar. ¿Una debilidad? *Qué descaro.*

—Entonces, ¿estás diciendo que sentir algo es una debilidad?

—Estoy diciendo que las emociones—especialmente el amor—no deben dictar tu vida —respondió, su voz baja y firme—. Son poco confiables. Temporales.

Sacudí la cabeza, incapaz de comprender su lógica. ¿Cómo podía alguien estar tan desconectado de lo que hacía que la vida valiera la pena?

—Estás equivocado —dije en voz baja—. El amor no es una debilidad. Es lo que le da sentido a la vida. Es lo que nos hace humanos.

No respondió de inmediato, y por un breve momento, creí ver algo cruzar su rostro—algo casi vulnerable. Pero desapareció al instante, reemplazado por la misma máscara fría que siempre llevaba.

—Tienes derecho a tu opinión —dijo con rigidez—. Pero no cambia la realidad en la que vivimos. La tradición existe por una razón.

—Y por eso la odio —murmuré en voz baja.

—¿Qué dijiste? —preguntó, con voz afilada de nuevo.

Enderecé la espalda y lo miré de frente.

—Dije que la odio. Todo este sistema. Toda esta farsa de matrimonio, cortejo y deber. Es solo una jaula, y tú... —apunté un dedo hacia él, mi frustración desbordándose—. Eres el ejemplo perfecto de alguien atrapado en ella. Ni siquiera puedes ver cuánto te ha controlado la tradición.

—No estoy controlado por la tradición —dijo, su voz baja y peligrosa.

—¿De verdad? Porque parece que sí —crucé los brazos y lo miré fijamente—. Estás tan envuelto en tu deber, en tu preciosa estructura, que has olvidado cómo sentir algo. Has construido murallas tan altas a tu alrededor que dudo que sepas lo que es dejar entrar a alguien.

Sus ojos se encendieron con algo—ira, tal vez, o algo más profundo—pero no respondió. Durante un largo momento, nos quedamos allí, mirándonos, el aire entre nosotros cargado de tensión.

Finalmente, rompió el silencio.

—Y tú —dijo, su voz suave pero cargada de intensidad—, estás tan desesperada por rebelarte contra todo, que no ves el valor en lo que estás rechazando.

Abrí la boca para discutir, pero nada salió. Porque, molesta e irritantemente, tenía razón. Estaba rebelándome contra todo, pero ¿podía realmente decir que tenía un plan más allá de eso? No sabía lo que quería, solo lo que no quería.

Me mordí el labio y me giré, incapaz de seguir mirándolo.

—Supongo que esta conversación fue tan inútil como esperaba.

No respondió de inmediato, y cuando lo hizo, su voz era nuevamente tranquila, casi resignada.

—Parece que estamos en un punto muerto.

Asentí, aún sin mirarlo.

—Parece que sí.

Nos quedamos en silencio un momento más, el peso de todo lo no dicho presionándonos a ambos. No podía decidir si quería abofetearlo o zarandearlo —o tal vez incluso besarlo, solo para ver si podía sentir algo más allá del deber.

Pero no hice ninguna de esas cosas. En lugar de eso, enderecé los hombros y tomé una respiración profunda.

—Creo que debería irme.

Thorne, siempre el caballero, dio un paso a un lado y asintió.

—Por supuesto.

Mientras pasaba junto a él en dirección a la puerta, sentí su mirada sobre mí, como si me estuviera observando detenidamente, tratando de descifrarme. No miré hacia atrás. Porque la verdad era que tampoco estaba segura de lo que intentaba descifrar.

Pero una cosa era segura: esto no había terminado.

Ni de lejos.

La Adivina y la Maldición de la Momia

Llegué a casa mucho antes de lo esperado, lo cual fue tanto una bendición como una maldición. Una bendición, porque si hubiera pasado un minuto más en compañía de Duque Thorne Ashcroft, probablemente me habría lanzado al sarcófago más cercano solo para escapar de la insoportable incomodidad. Una maldición, porque ahora tendría que enfrentarme a mi madre.

Y vaya si la enfrenté.

—¡Oh, Eliza! —exclamó en cuanto crucé la puerta, su rostro la perfecta imagen de la consternación—. ¿Cómo es que has regresado tan pronto? ¡No habrás causado una buena impresión en el duque!

Solté un suspiro, ya temiendo lo que vendría después.

—Madre, por favor, yo...

—¡No quiero excusas! —me interrumpió, con la voz tensa de frustración—. He pasado años asegurándome de que fueras criada como una dama adecuada, ¡y ahora lo estás echando todo a perder porque no puedes controlar tu naturaleza impulsiva!

—No fui impulsiva —murmuré, aunque estaba bastante segura de que no me creía. Y para ser honesta, yo tampoco estaba del todo convencida.

Ignoró mi protesta, sus ojos entrecerrados.

—¿Quieres saber por qué los hombres no se desviven por casarse contigo, Eliza?

—No particularmente —dije, pero eso solo pareció alentarla.

—Es porque tienes demasiadas opiniones —declaró, agitando la mano en el aire como si quisiera borrar toda mi personalidad de un plumazo—. Los hombres no quieren una mujer que los desafíe. Quieren a alguien gentil, complaciente, una compañera que los haga sentir fuertes y admirados.

—Ya veo. Entonces, ¿debería convertirme en un gatito dócil? ¿Quizá aprender a ronronear cuando me lo pidan? —Cruzándome de brazos, dejé que el sarcasmo impregnara cada palabra.

El ceño de mi madre se profundizó.

—Eliza, debes aprender a ser el sueño de un hombre. Tienes que ser suave,

callada y...

—¿...completamente desprovista de pensamientos independientes?

—¡Eliza! —gimió, horrorizada.

Gemí, hundiéndome en una silla mientras me frotaba las sienes.

—Madre, no puedo fingir ser alguien que no soy solo para complacer a el Duque Ashcroft, o a cualquier hombre, para el caso.

—¿Y qué tiene de malo el Duque Ashcroft? —exigió, con las manos en las caderas—. ¡Es un duque! ¿Te das cuenta de lo rara que es una oportunidad así?

—Sí, madre, soy consciente de que es un duque —respondí, con un tono plano—. Pero también es tan emocionante como un trapo mojado. Y no de los interesantes, como los que se usan para limpiar después de un escándalo. No, simplemente... un trapo mojado, sin más.

Mi madre se llevó una mano al pecho, claramente escandalizada por mi comparación.

—Eliza, no toleraré tal falta de respeto hacia tus superiores.

Contuve una réplica, mayormente porque ya no tenía la energía para seguir discutiendo.

—De acuerdo. Me aseguraré de practicar el ronroneo antes de la próxima reunión.

Con eso, dejé a mi madre murmurando sobre el potencial desperdiciado y me desaparecí en la biblioteca, donde encontré a William recostado en el diván, como solía estar, hojeando perezosamente un libro.

—Parece que estás de buen humor —comentó cuando me desplomé dramáticamente en el sillón frente a él.

Puse los ojos en blanco.

—Madre ha pasado la mayor parte de la última hora sermoneándome sobre cómo convertirme en la mujer soñada por los hombres. Aparentemente, no soy lo suficientemente suave.

William sonrió, claramente deleitado con mi miseria.

—¿No lo suficientemente suave, eh? Quizá deberías probar con el bordado. O desmayarte de vez en cuando.

—Estaba pensando en aprender a desvanecerme a voluntad —respondí secamente—. Ya sabes, lanzarme de lleno en el papel de doncella indefensa.

William se rió, dejando el libro a un lado.

—Me imagino que eso cayó como un globo de plomo.

—Exactamente así —dije, suspirando—. Honestamente, no sé cuánto más puedo soportar de todo esto. Madre está obsesionada con casarme, y el Duque Ashcroft es... bueno, el Duque Ashcroft.

—Ah, el Duque de la Desesperación —bromeó William, con los ojos brillando de diversión—. ¿Qué hizo esta vez? ¿Aburrirte hasta la muerte con historias de sus antiguos artefactos?

—Apenas habló —gemí—. Pero cuando lo hizo, fue para explicar cómo el amor es una debilidad y las emociones son distracciones.

William se incorporó, con las cejas levantadas.

—Bueno, eso suena positivamente romántico.

—Oh, increíblemente. No puedo esperar a estar atrapada en su frío y lógico abrazo por el resto de mi vida —murmuré.

William sonrió con picardía, luego se levantó y estiró los brazos.

—Vamos.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mirándolo con recelo.

—Al mercado nocturno —dijo, como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Al mercado nocturno? William, ya es tarde y...

—Y estás miserable —me interrumpió, ofreciéndome su mano—. Vamos. Necesitas un respiro de tanto hablar de matrimonio, duques y sociedad. Vamos a divertirnos un poco.

Vacilé, pero la idea de escapar por unas horas era demasiado tentadora como para resistirme.

—Está bien —cedí, tomando su mano—. Pero si intentas venderme a un encantador de serpientes, te dejo allí.

William sonrió.

—Trato hecho.

El mercado nocturno era un vasto y caótico paraíso de puestos, olores y sonidos. Las linternas iluminaban las calles con cálidos tonos dorados, dando a todo un brillo mágico. Los comerciantes llamaban desde sus puestos, ofreciendo desde bufandas coloridas hasta especias exóticas. Había música, risas y esa energía despreocupada que no sentía desde hacía siglos.

—¿Ves? Esto es mejor que soportar otro sermón de madre —dijo William, dándome un codazo juguetón mientras paseábamos por el mercado.

—Es ciertamente más entretenido —admití, sonriendo a pesar de mí misma. El aire estaba lleno del aroma a castañas asadas, y el bullicio de la gente me hacía sentir viva de nuevo.

Caminamos sin rumbo, disfrutando del ambiente, hasta que algo llamó mi atención. Un pequeño puesto, enclavado entre un vendedor de pociones misteriosas y otro que ofrecía antigüedades. El cartel decía: *Madame Zafira: Adivina. ¡Descubre tu futuro!*

William siguió mi mirada y resopló.

—¿Una adivina? ¿De verdad?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no? Vamos a ver qué nos depara el futuro.

Antes de que William pudiera protestar, lo arrastré hacia el puesto. Dentro, una mujer con largas túnicas y una colección de joyas nos recibió con una sonrisa que era tanto cálida como un poco inquietante.

—*Madame Zafira* —nos saludó, su voz impregnada de misticismo—. Han venido en busca de respuestas, ¿verdad?

—Bueno, eso depende —dije, sentándome en la pequeña mesa cubierta de tela bordada—. ¿Puedes decirme si mi futuro implica estar atrapada en un matrimonio infeliz con un duque emocionalmente atrofiado?

Los ojos de Madame Zafira brillaron mientras barajaba sus cartas del tarot.

—Las cartas revelarán lo que deseen.

Lancé una mirada a William, que se apoyaba en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de diversión mezclada con una leve curiosidad.

Madame Zafira extendió las cartas frente a ella y luego cerró los ojos, murmurando algo en voz baja. Después de un momento, me miró con atención.

—Ah —dijo suavemente—. Tu alma gemela está estrechamente conectada con Egipto. Antiguos artefactos... sarcófagos...

Mi mandíbula se abrió de par en par.

Mientras tanto, William hacía un pésimo trabajo ocultando su risa.

—¿Sarcófagos, dices? —preguntó, sonriendo de oreja a oreja—. Bueno, Eliza, parece que tu verdadero amor no es otro que... una momia.

Le lancé una mirada asesina, lo que solo lo hizo reír más.

—Tal vez el duque tiene un secreto que no conoces —bromeó—. Quizá es un rey egipcio reanimado. O tal vez estás destinada a casarte con una momia.

—Oh, maravilloso —murmuré, rodando los ojos—. Mi alma gemela está muerta y envuelta en lino.

William se inclinó, su voz baja y dramática.

—Al menos no te responderá.

Lo fulminé con la mirada, pero a pesar de mí misma, no pude evitar reír.

—Si este es mi destino, William, me aseguraré de que te entierren con nosotros.

William, todavía riéndose de mi supuesta alma gemela momificada, se recostó casualmente contra el puesto de la adivina.

—Muy bien, Madame Zafira —dijo, con diversión en los ojos—, ya que estás en racha con estas... predicciones, ¿qué me espera a mí? ¿Qué destino le depara a este apuesto caballero?

Levanté una ceja, acomodándome en mi silla para disfrutar del espectáculo. William nunca tomaba nada en serio, y esto no era más que otra oportunidad para que se burlara del mundo, o en este caso, de las artes místicas. Aun así, el brillo en los ojos de Madame Zafira sugería que estaba lista para ofrecerle algo especial.

Madame Zafira centró su atención en William, con las manos flotando sobre las cartas del tarot como si estuviera invocando alguna verdad cósmica. Sus ojos oscuros se entrecerraron, estudiándolo con intensidad, y por un breve momento, me pregunté si podría sorprenderlo de verdad.

—Ah, sí —dijo finalmente, alargando las palabras como si saboreara el momento—. Para ti, veo un viaje... pero no un viaje ordinario. No, caerás...

La sonrisa de William se ensanchó.

—¿Caer, dices?

Madame Zafira continuó, imperturbable por su sonrisa burlona.

—Sí. Caerás... una y otra vez, persiguiendo mujeres en el mundo de los sueños. Subirás muy alto, para luego desplomarte—tu corazón atrapado entre la realidad y la fantasía.

No pude contenerme y estallé en carcajadas. De esas que te duelen los costados y te hacen ver borroso por las lágrimas. ¿Persiguiendo mujeres en el mundo de los sueños? Oh, eso era demasiado perfecto.

—¡El mundo de los sueños! —jadeé, agarrándome el estómago—. ¡Oh, William, es tan romántico! Vas a pasar tu vida revolcándote en sueños, persiguiendo mujeres que probablemente ni existan.

William me lanzó una mirada poco impresionada, aunque la comisura de su boca se movía como si luchara por contener su propia risa.

—Bueno —dijo, enderezando su corbata con una floritura fingida—, si voy a caer persiguiendo mujeres, al menos lo haré con estilo.

Me atraganté con otra carcajada, las lágrimas corriendo por mi rostro mientras trataba, sin éxito, de recomponerme.

—Pobre de tu corazón —logré decir entre risas—. ¡Atrapado entre la realidad y la fantasía! Es poético, de verdad.

—¿Verdad que sí? —replicó William, lanzándome un dramático puchero exagerado—. Estoy condenado a ser una figura trágica, vagando por los sueños y despertando con el corazón roto cada mañana. Verdaderamente, un destino peor que la muerte.

—¡Basta! —solté, limpiándome las lágrimas de los ojos—. Sobrevivirás. Además, tal vez encuentres algún encantador fantasma en tus sueños que te acompañe mientras persigues a todas esas mujeres.

La sonrisa de William regresó en todo su esplendor.

—Si es tan encantadora como Madame Zafira sugiere, puede que me quede en el mundo de los sueños para siempre.

Esto me envió a otro ataque de risa, pero antes de que pudiera colapsar por completo, Madame Zafira intervino, su tono misterioso de nuevo.

—El mundo de los sueños es un lugar de tentación y pruebas. Cuidado, joven, a veces lo que perseguimos en nuestros sueños puede convertirse en nuestra realidad.

Miré a William, esperando que rodara los ojos o la desestimara con una carcajada, pero por una vez, se quedó en silencio. Mantuvo la mirada de la adivina, y por un breve momento, el brillo travieso en sus ojos se apagó, como si algo de lo que ella dijo hubiera tocado más cerca de lo que ninguno de los dos esperaba.

Pero entonces, tan rápido como llegó, lo sacudió y sonrió.

—Bueno, Madame Zafira, supongo que me arriesgaré. Pero si empiezo a caminar dormido por acantilados persiguiendo mujeres, serás la primera en saberlo.

Con eso, dejó caer una moneda sobre la mesa, me guiñó un ojo y se dio la vuelta para salir del puesto, claramente ansioso por escapar antes de que pudiera burlarme más de él. Lo seguí, todavía riendo y sacudiendo la cabeza ante lo absurdo de todo.

Mientras volvíamos al bullicioso mercado nocturno, el sonido de los músicos callejeros y los vendedores llenaba el aire, y no pude evitar sentirme

más ligera. Las extrañas predicciones—sobre el antiguo Egipto, sarcófagos y mujeres en sueños—habían hecho su magia de alguna manera. Habían apartado mi mente de las asfixiantes realidades de casa, de Duque Ashcroft, de las interminables expectativas de mi madre.

—William —dije, mirándolo mientras caminábamos por las calles bulliciosas—, si alguna vez empiezas a perseguir mujeres en tus sueños, hazme un favor.

Alzó una ceja, intrigado.

—¿Y cuál sería?

—Intenta no tropezar y caer de cabeza en un sarcófago. He oído que son muy incómodos.

William rió, un sonido alto y despreocupado mientras pasaba un brazo alrededor de mis hombros.

—Trato hecho. Pero solo si prometes no casarte con esa momia sin invitarme a la boda.

Solté un gemido, pero no pude evitar que una sonrisa tirara de mis labios.

—Eres imposible.

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Es parte de mi encanto.

Y con eso, seguimos caminando, dejando atrás las extrañas profecías y el mercado nocturno, pero con una nueva energía entre nosotros. El mundo podría ser ridículo e impredecible, pero al menos nos teníamos el uno al otro—y por ahora, eso era suficiente.

Recuerdos Que Acechan

Hay momentos en la vida que perduran, recuerdos que se niegan a desvanecerse, por más que intentes enterrarlos. Para mí, ese recuerdo era el beso en la mascarada. Se cernía sobre mí como un fantasma, acechándome en los momentos más inoportunos: cuando estaba a punto de quedarme dormida, en los bailes donde fingía interesarme por los últimos chismes y, lo más irritante, cuando debería estar teniendo una conversación seria con mi futuro esposo.

El recuerdo de ese beso siempre estaba allí, tentándome con su intensidad, su pasión—dos cosas que brillaban por su ausencia en mis encuentros con Duque Thorne Ashcroft.

Thorne. Solo pensar en su nombre ya era agotador. ¿Cómo podía un hombre con un nombre tan dramático y gótico ser tan... insípido? Había intentado, de verdad, reconciliar a la persona con la que se suponía que debía casarme con la persona con la que quería casarme. Pero cada vez que estaba con él, todo lo que sentía era un frío y sofocante sentido del deber.

Nada parecido a aquella noche en el jardín.

Suspiré, mirando por la ventana de mi habitación, y mi mente volvió a la mascarada. La forma en que se había quedado allí, a la luz de la luna, misterioso y seguro de sí mismo. La manera en que sus ojos habían brillado tras la máscara, como si supiera algo que yo no. Y ese beso... fue como fuego y relámpagos, despertando algo en mí que no sabía que existía. A veces, aún podía sentirlo, como el fantasma de sus labios rozando los míos.

Pero el hombre a quien besé se desvaneció en la noche, dejándome solo con un recuerdo que se iba desvaneciendo y una pregunta ardiente: ¿quién era?

Había pensado, ingenuamente, que conocer a Duque Ashcroft me daría algunas respuestas. Que tal vez, solo tal vez, él podría ser ese hombre—el que robó un beso bajo las estrellas y encendió algo en mí. Al fin y al cabo, ambos eran misteriosos, ambos ocultos tras máscaras a su manera.

Pero esa teoría se evaporó en cuanto hablé con Thorne.

El duque, aunque perfectamente educado y terriblemente guapo, era un glaciador. Frío, reservado, completamente desinteresado en cualquier cosa que se

asemejara remotamente a la pasión. Donde el hombre del jardín me había besado con urgencia, con fuego, Thorne me hablaba como si yo fuera una de sus reliquias antiguas—algo que debía catalogar y manejar con un cuidado desapasionado.

¿Dónde está la chispa? Me pregunté, frunciendo el ceño ante mi reflejo en la ventana. *¿Dónde está el fuego que sentí esa noche?*

Y, más importante aún, ¿por qué seguía importándome?

—¿Pensando otra vez en tu amado esposo momia, verdad? —La voz de William interrumpió mis pensamientos, y me volví para encontrarlo recostado en el marco de la puerta, sonriendo como el fastidioso insecto que era.

—No —le contesté, cruzando los brazos—. Solo contemplaba mi futuro como duquesa sin vida en una mansión en ruinas.

Se rió, paseándose por la habitación y dejándose caer en mi cama.

—Suenas apropiado. Aunque he oído que los sarcófagos son excelentes compañeros de conversación.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar que una sonrisa tirara de mis labios.

—Lo digo en serio, William. No sé qué hacer.

William se incorporó un poco, su sonrisa desvaneciéndose mientras me observaba con atención.

—¿Es realmente tan malo?

Dudé. No es que detestara a Thorne, exactamente. No era cruel ni terrible—solo era aburrido. Y sabía, en el fondo, que esta era la vida que se suponía que debía desear. Un matrimonio con un duque. Un enlace estable y respetable. Pero la idea de pasar el resto de mi vida con alguien que me miraba como si fuera una lista de responsabilidades me revolvía el estómago.

—Es solo que... —me detuve, buscando las palabras adecuadas—. Pensé... pensé que habría algo. Alguna chispa. Pero con Thorne, es como... como estar envuelta en una manta de niebla. No hay calidez, no hay fuego. Solo frío y...

—¿Aburrimiento? —William terminó por mí, levantando una ceja.

Asentí, soltando un largo suspiro.

—Exactamente. Y me está volviendo loca, porque no puedo dejar de pensar en... él.

—Ah, el misterioso hombre enmascarado de la mascarada —dijo William, recostándose sobre los codos—. El que te dio el beso de tu vida y luego desapareció en el aire. Muy dramático.

Le lancé una mirada.

—Hablo en serio, William.

—Lo sé —dijo, su tono burlón desvaneciéndose—. Pero, Eliza, no puedes pasarte la vida persiguiendo una fantasía. Por todo lo que sabes, ese hombre era...

—¿Un sueño? —lo interrumpí, ya sabiendo lo que iba a decir—. Lo sé. Créeme, lo sé. Pero eso no lo hace más fácil.

William permaneció en silencio por un momento, su habitual actitud

despreocupada suavizada por algo más reflexivo.

—No tienes que casarte con él, ¿sabes? El duque. No tienes que conformarte.

—No tengo elección —dije en voz baja—. Madre se pondría histérica, y además, no es que haya otras opciones haciendo fila en la puerta.

Él inclinó la cabeza, observándome.

—¿Desde cuándo te importa lo que piensa madre?

Me burlé.

—Oh, no me importa. No del todo. Pero... no lo entiendes, William. Es diferente para mí. No tengo la libertad que tú tienes. No puedo simplemente... correr al mercado nocturno cuando me plazca. Mi vida está aquí, y ya ha sido decidida.

Guardó silencio por un largo momento, y cuando habló de nuevo, su voz era suave.

—Tal vez es hora de que tomes el control de tu vida, Eliza. No tienes que seguir el camino que te han trazado. Eres más inteligente y fuerte que eso.

Quería creerle, de verdad. Pero el recuerdo de ese beso, la forma en que había despertado algo en mí, no me dejaba en paz. ¿Cómo podía elegir una vida de frío deber cuando había sentido algo tan... real?

—Solo desearía saber quién era —murmuré, más para mí que para William—. Desearía poder descubrir cómo encontrarlo.

William me lanzó una mirada de soslayo, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Y si lo encuentras, ¿qué harías?

—No lo sé —admití—. Pero necesito saberlo. Necesito entender por qué ese beso significó tanto para mí... y por qué Duque Ashcroft no me hace sentir nada.

William soltó una risita, sacudiendo la cabeza.

—Siempre tuviste un don para lo dramático.

Lo fulminé con la mirada.

—No estás ayudando.

—Solo digo —repuso, levantándose y estirándose—, ten cuidado con tus expectativas. A veces, las cosas que construimos en nuestra cabeza no son tan perfectas como imaginamos.

—No estoy idealizándolo —protesté—. Solo... sé que hay más en la vida de lo que me están ofreciendo.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo —dijo William, dándome un guiño—. Pero por ahora, quizá deberías dejar de suspirar por hombres misteriosos enmascarados. Se te va a arrugar la frente.

Le lancé un cojín, pero lo esquivó con una carcajada, dirigiéndose hacia la puerta.

—Solo recuerda, Eliza—quienquiera que sea ese hombre enmascarado, si es inteligente, vendrá a buscarte.

Me quedé allí, mucho tiempo después de que William se fuera, mirando por la ventana mientras el sol comenzaba a ponerse, bañando el jardín con un resplandor dorado. No podía sacarme de la cabeza el recuerdo de esa noche, la

sensación de estar viva de una manera que no había sentido desde entonces.

Pero por más que quisiera creer en la fantasía, sabía que la vida no era un cuento de hadas. Y a veces, incluso los momentos más mágicos se desvanecían en recuerdos que te perseguían.

El Fantasma de un Beso

Hay momentos que un hombre no puede quitarse de encima, por mucho que lo intente. Para la mayoría, podría ser una victoria en el campo de batalla, una pérdida demasiado grande para soportar o un secreto que se niega a permanecer enterrado. Para mí, sin embargo, fue un beso.

No podía sacudírmelo de la mente. El recuerdo se aferraba a mí como una segunda piel, insistente e intrusivo, apareciendo en los momentos más inoportunos. Era absurdo, en realidad. Un momento fugaz en un baile de mascarada—un beso compartido bajo el anonimato—y sin embargo, aquí estaba, semanas después, aún perseguido por el fuego de ese beso.

Esa noche había sido una anomalía, una breve interrupción en la vida cuidadosamente construida que llevaba. Bajé la guardia, me permití un momento de indulgencia, y desde entonces había vuelto para atormentarme. Ya debería haberla olvidado—quienquiera que fuera. Una mujer con máscara, una extraña. Nada más.

Y aun así, cada vez que cerraba los ojos, podía sentir la presión de sus labios, la forma en que se inclinó hacia mí, lo *real* que había sido.

Había besado a muchas mujeres antes. Ninguna de ellas había dejado una impresión más allá de lo esperado. Ninguna había permanecido en mi mente como lo hacía esta mujer. Esta mujer, con su audacia, su inesperada pasión... ¿Quién era?

Intenté, por supuesto, apartarla de mi mente. Descartarla como una mera distracción pasajera. Después de todo, soy un duque. Tengo responsabilidades, deberes que superan con creces cualquier noción caprichosa de amor o pasión. Mi vida se basaba en la estructura, la estabilidad—en mantener todo en perfecto orden. Pero ahora, gracias a un beso mal aconsejado, sentía que esa estructura empezaba a resquebrajarse.

Y luego estaba Señorita Eliza Marston.

Exhalé mientras miraba por la ventana de mi estudio, el campo extendiéndose ante mí. Señorita Eliza era... inesperada. Cuando su familia propuso el matrimonio, lo acepté por lo que era—un arreglo, un trato comercial en cierto sentido. Era inteligente, de una familia respetable y, según

todas las cuentas, sería una excelente duquesa. No anticipé el fuego que llevaba dentro, la manera en que parecía decidida a desafiar todo lo que creía saber.

Era frustrante. Realmente exasperante. Cada palabra que salía de su boca era un desafío, cada mirada en sus ojos era una señal de rebeldía. No tenía respeto por la tradición, ninguna consideración por el orden de las cosas. Y sin embargo... me intrigaba.

No quería admitirlo, no quería reconocer que algo en ella comenzaba a calar en mí, pero ahí estaba, innegable. No podía ignorarlo, al igual que no podía ignorar el recuerdo de aquel beso.

Me sorprendía a mí mismo preguntándome qué estaría haciendo ahora. ¿Estaría pensando en mí? O más probablemente, ¿estaría ideando nuevas formas de desafiarme en nuestro próximo encuentro? Conociéndola, probablemente andaba paseando por su habitación, murmurando sobre la injusticia de las expectativas sociales y lo absolutamente insoportable que soy.

La idea casi me hizo sonreír. Casi.

No sabía qué pensar de ella. La primera vez que nos conocimos, la descarté como otra debutante—una pieza en un juego en el que no tenía interés en participar. Pero después de nuestra última conversación... el fuego en sus ojos, la manera en que hablaba de libertad y elección, de pasión—no podía sacarme sus palabras de la cabeza.

Y luego estaba la forma en que me miraba. No con la usual admiración adulatora a la que estaba acostumbrado por parte de mujeres de su rango. No, me miraba como si fuera un enigma que planeaba resolver. Y maldita sea, odiaba ser un enigma.

Pero más que nada, odiaba que me recordara a ella. A la mujer de la mascarada.

Había algo en Eliza—algo que despertaba la misma sensación que tuve aquella noche, la misma sensación de imprevisibilidad y pasión. Pero no podía ser ella. No podía ser. Señorita Eliza Marston, por rebelde que fuera, no era del tipo que se escapaba al jardín para robar besos a extraños. ¿O sí?

Suspiré, pasándome una mano por el cabello. Era una locura. La mujer de la mascarada era un fantasma, un sueño efímero, y sin embargo no podía dejar de preguntarme si ese beso significó tanto para ella como lo hizo para mí. Si ella también estaba perseguida por su recuerdo.

Nunca creí en el amor—al menos, no de la forma en que lo describen los poetas y los soñadores. El amor era una distracción, una complicación que nublaba el juicio y llevaba a la ruina. Lo había visto suceder demasiadas veces como para permitirme caer en esa trampa. Los matrimonios se basaban en alianzas, en el deber. No en nociones tontas de pasión o deseo.

¿Pero ahora? Ahora no estaba tan seguro.

Me aparté de la ventana y comencé a pasear por el estudio. Tenía trabajo que hacer, asuntos de la finca que requerían mi atención, pero no podía concentrarme. Mi mente seguía volviendo a ese beso, a Eliza, a la forma en que mi vida parecía desmoronarse fuera del control cuidadoso que siempre había

mantenido.

Quizás era hora de olvidarme de la mujer de la mascarada. De centrarme en lo que tenía delante—en Señorita Eliza, en el compromiso que se esperaba de mí. Pero cada vez que intentaba decírmelo, la imagen de ella—la mujer misteriosa—volvía a aparecer en mis pensamientos, recordándome que había algo más ahí fuera. Algo que no estaba seguro de estar preparado para enfrentar.

Un suave golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos, y mi ayuda de cámara entró, inclinándose levemente.

—Su Gracia, Duquesa Marston y su hija han solicitado una reunión. Llegarán mañana.

Asentí, aunque mi pecho se tensó ligeramente al escuchar el nombre de Señorita Eliza.

—Gracias. Eso será todo.

Cuando la puerta se cerró tras él, me dejé caer en mi silla, frotándome las sienes. Mañana la vería de nuevo. A Señorita Eliza. La mujer que estaba desmoronando lenta y desesperadamente la vida que había construido para mí.

Y, por primera vez, no estaba seguro de querer detenerla.

Conversaciones Inesperadas

Era irónico, de verdad. Para dos personas que afirmaban no agradarse, Thorne y yo parecíamos encontrarnos en los mismos lugares mucho más de lo que debería haber sido posible. Era casi como si el destino—o, más probablemente, nuestras familias demasiado entusiastas—se empeñara en obligarnos a estar juntos, un agotador evento social tras otro.

Esta noche, era otra insoportable cena organizada por Señora Montague, una mujer que hablaba demasiado de sus rosales y demasiado poco de cualquier cosa remotamente interesante. Había pasado la mejor parte de una hora sonriendo educadamente mientras ella detallaba el régimen de cuidado de sus rosales favoritos, completo con las proporciones adecuadas de fertilizante y los horarios de poda. Fascinante.

A mi izquierda, Thorne estaba tan rígido como siempre, sorbiendo su vino con el entusiasmo de un hombre en una auditoría fiscal. Parecía completamente aburrido, y no pude evitar sentir una pequeña punzada de satisfacción. Al menos no estaba sufriendo sola.

—¿Crees que si nos escapamos ahora, se darán cuenta? —le dije en voz baja, sin interrumpir el monólogo de Señora Montague.

Él no giró la cabeza para mirarme, pero capté el más leve movimiento en la comisura de su boca.

—Sospecho que sí.

—Una lástima —murmuré, mirando alrededor de la sala como si estuviera trazando una ruta de escape—. Preferiría no oír ni una palabra más sobre cómo podar rosales.

—Seguramente puedas encontrar alguna estimulación intelectual en el tema —respondió, aún impasible.

Solté una pequeña risita.

—Oh, sí, estoy fascinada. No veo la hora de llegar a casa y comenzar a podar todo lo que vea. ¿Y tú?

—Ya he podado todo mi jardín en mi mente —dijo, tomando otro sorbo de vino—, solo para pasar el tiempo.

No pude evitarlo. Me eché a reír, suavemente, claro, porque ni hablar de

interrumpir la mesa con algo tan vulgar como el humor. Pero algo en su entrega seca, combinado con la absurdidad de la velada, finalmente rompió mis defensas. Por primera vez desde que nos conocimos, sentí una grieta en el frío e impenetrable muro que Thorne Ashcroft había construido a su alrededor.

Y, al parecer, él también lo notó.

Su mirada se deslizó hacia mí, solo por un segundo, sus ojos entrecerrándose ligeramente, como si estuviera evaluándome. Pero había algo más en esa mirada, algo que casi parecía... curiosidad.

—Ya van dos —dijo en voz baja, su tono apenas audible sobre el interminable discurso de Señora Montague—. Te has reído en mi presencia dos veces.

—No te halagues tanto —respondí, todavía sonriendo—. Solo me río porque si no lo hago, me quedaré dormida.

Un breve silencio. Y luego... ¿era eso una sonrisa? No estaba segura, pero su expresión definitivamente se suavizó, algo casi... humano.

—Qué trágico —dijo con esa sequedad subestimada que me había tomado completamente por sorpresa—. Intentaré no aburrirte hasta la muerte en el futuro.

—Oh, por favor —dije, sacudiendo la cabeza—. No eres tú. Eres mucho menos aburrido que los rosales de Señora Montague.

—Altos elogios.

Incliné la cabeza, estudiándolo por un momento.

—Sabes, no esperaba que fueras gracioso.

Su ceja se levantó.

—¿Ah, sí?

—Bueno —me encogí de hombros—, eres un duque. Se supone que debes ser terriblemente serio y estirado.

—Soy serio y estirado —dijo, aunque la comisura de su boca volvió a moverse levemente—. Creo que viene en la descripción del trabajo.

—Bueno, esta noche estás fallando en tu trabajo —dije con gravedad fingida—. A lo mucho, te daría un siete sobre diez.

—Y yo que pensaba que lo estaba haciendo tan bien.

Era extraño, este repentino cambio en nuestra conversación. No estábamos discutiendo, no estábamos peleando como de costumbre. En su lugar, había una fluidez entre nosotros, una broma que surgía de manera natural, sin el peso del deber o las expectativas. Por una vez, parecía que solo éramos dos personas, sentadas juntas en una cena, riéndonos de lo absurdo de todo.

No me lo esperaba. Y mucho menos de Thorne Ashcroft, el hombre que previamente me había sermoneado sobre el valor del deber y la tradición. Pero aquí estaba, haciéndome reír, sorprendiéndome con su ingenio seco y su humor discreto.

Antes de que pudiera pensarlo demasiado, la cena llegó a su fin y nos dirigimos al salón para tomar el té. Mientras los invitados se mezclaban, me encontré gravitando hacia Thorne de nuevo, aunque no estaba segura de por

qué. Algo en él me intrigaba ahora, más que antes. Había una profundidad ahí, oculta bajo capas de hielo y deber, y me encontraba queriendo indagar un poco más.

Terminamos de pie junto a la chimenea, observando a los otros invitados participar en sus conversaciones educadas. La expresión de Thorne era tan neutral como siempre, pero había algo en sus ojos—algo que sugería que estaba tan harto de esta farsa como yo.

—Pareces distraído —observé, apoyándome en la repisa.

—Encuentro estos eventos... tediosos —admitió, su tono casi conspiratorio.

—¿Solo estos eventos? —bromeé—. Porque me da la impresión de que encuentras todo tedioso.

Sus labios volvieron a moverse, un gesto apenas perceptible.

—No todo.

Levanté una ceja, intrigada.

—¿Oh? ¿Y qué no le resulta tedioso a Duque Ashcroft?

Guardó silencio por un momento, como si estuviera considerando su respuesta. Finalmente, dijo:

—Las cosas que importan.

No era la respuesta que esperaba.

—¿Y qué te importa?

De nuevo, esa pausa, esa reflexión tranquila. Su mirada se deslizó hacia la ventana, como si buscara algo afuera.

—La historia —dijo lentamente—, entender el pasado. Las personas, cuando son sinceras.

Incliné la cabeza, observándolo.

—¿Sinceras?

—Sí —dijo, volviendo a mirarme—. La gente miente constantemente, aunque no lo pretendan. La sociedad se basa en ello. Pero de vez en cuando, conoces a alguien que dice lo que realmente piensa. Es raro, pero es... refrescante.

Parpadeé, sorprendida por la profundidad de su respuesta. Este era un lado de Thorne que no había visto antes, un lado que me intrigaba más de lo que quería admitir. Bajo ese exterior frío y reservado había un hombre de convicciones, alguien que valoraba la verdad y la profundidad por encima de las actuaciones superficiales de la alta sociedad.

—¿Y crees que yo soy sincera? —pregunté en voz baja.

Su mirada se posó en mí, firme e inquebrantable.

—Dices lo que piensas. Aunque no siempre esté de acuerdo contigo, lo aprecio.

No estaba segura de por qué, pero sus palabras provocaron un extraño aleteo en mi pecho.

—Deberías intentarlo alguna vez —dije con ligereza, tratando de evitar que la conversación se volviera demasiado seria—. Decir lo que piensas, quiero decir. Es liberador.

Sus ojos brillaron con algo—diversión, tal vez, o un reto.

—Quizá lo haga.

No estaba segura de qué pensar de él, de este repentino cambio entre nosotros. Esperaba que Thorne fuera frío, distante, un hombre de deber y nada más. Pero ahora, de pie junto a él, veía algo más—algo más profundo.

Algo que, a pesar de mis mejores esfuerzos, quería entender.

Grietas en el Hielo

Si había algo que había dominado a lo largo de los años, era mantener el control. Control sobre mi finca, sobre mis responsabilidades, sobre mis emociones. Era lo que me había mantenido firme, lo que me había hecho ser el hombre necesario para sostener mi título. Y sin embargo, aquí estaba, sentado en otra sofocante cena, sintiéndome... desequilibrado.

La fuente de ese desequilibrio estaba a mi lado, su agudo ingenio cortando el tedio de la velada como un cuchillo. Señorita Eliza Marston.

Era exasperante. Imposible. Una mujer decidida a desafiarme en cada ocasión, a cuestionar cada creencia que consideraba incuestionable. Y, sin embargo—maldita sea—era intrigante.

Cuando acepté la posibilidad de este compromiso, no esperaba mucho. Una esposa, una compañera que me ayudara a administrar la finca, que cumpliera con sus deberes como duquesa. Esa era la naturaleza del matrimonio, después de todo—un arreglo práctico. Pero desde el momento en que conocí a Eliza, se negó a encajar en esa caja ordenada y sensata. Y ahora, mientras soportábamos juntos la interminable charla de Señora Montague sobre la poda de rosales, me encontraba atrapado entre la frustración y... la fascinación.

—Preferiría no oír ni una palabra más sobre la forma adecuada de podar rosales —murmuró entre dientes, lo suficientemente bajo para que solo yo la oyera. Su tono era ligero, pero había un filo en él, una impaciencia con la trivialidad de la noche que no podía evitar compartir.

No me volví hacia ella, pero permití que una pequeña chispa de diversión asomara.

—Sospecho que lo próximo será la proporción adecuada de fertilizante.

Su suave risa me tomó por sorpresa. Rara vez la había visto reír, y mucho menos en mi presencia. Pero ahí estaba, genuina, silenciosa y sorprendentemente... agradable.

—Dios nos ayude —murmuró, inclinándose ligeramente hacia mí—. Puede que me desmaye antes de que termine todo esto.

Mis labios se movieron, aunque mantuve mi expresión neutral.

—Desmayarte no te salvaría. Seguramente lo tomaría como una

oportunidad para dar una charla sobre las sales aromáticas.

Eliza rió de nuevo, y esta vez no pude reprimir la pequeña, rara sonrisa que se deslizó en mi rostro. Era extraño, esta sensación de tranquilidad entre nosotros. No lo esperaba, ciertamente no después de nuestros encuentros anteriores, marcados por la tensión y la rebeldía. Pero aquí, en este ambiente sofocante, parecía que éramos... aliados.

—Tengo que decir —dijo, en un tono bajo pero juguetón—, no esperaba que fueras capaz de hacer una broma, Su Gracia.

Levanté una ceja, finalmente girándome para encontrar su mirada.

—¿Ah, no?

Sonrió—una sonrisa real, sin reservas, que me desconcertó momentáneamente.

—Bueno, sueles ser tan... serio. Asumí que un chiste estaría por debajo de tu dignidad.

—Soy serio cuando es necesario —respondí con seriedad fingida—. Es parte del trabajo.

—¿Y cuándo no es necesario? —preguntó, sus ojos brillando con curiosidad—. ¿Alguna vez te permites ser... menos que serio?

Su pregunta quedó suspendida en el aire entre nosotros, y por un momento no supe cómo responder. No estaba acostumbrado a que me cuestionaran tan directamente, y mucho menos por una mujer que parecía disfrutar tanto desafiándome. Pero, al mismo tiempo, eso era lo que me intrigaba de ella. Eliza no medía sus palabras ni jugaba el juego de la sociedad educada. Hablaba con franqueza, sin miedo a las consecuencias.

Y yo, a pesar de mí mismo, lo encontraba... refrescante.

—Quizá —dije lentamente—, en la compañía adecuada.

Levantó una ceja, claramente sorprendida por mi respuesta.

—¿Y soy yo esa compañía?

La pregunta no estaba destinada a ser seria. Era juguetona, provocadora. Pero, por alguna razón, me encontré considerándola más de lo que debería.

¿Lo era?

Antes de que pudiera responder, la cena llegó a su fin y fuimos llevados al salón para el té. Observé cómo Eliza se movía con gracia por la sala, intercambiando cortesías con los otros invitados, pero había una inquietud en ella. Me di cuenta de que no pertenecía a este lugar, no en esta sala llena de aduladores sociales y conversaciones vacías. Era demasiado viva, demasiado llena de fuego para este entorno.

Y, maldita sea, empezaba a admirar ese fuego.

Cuando nuestros ojos se encontraron desde el otro lado de la sala, asentí levemente hacia la chimenea, invitándola en silencio a unirse a mí. Para mi sorpresa, aceptó, moviéndose entre la multitud con ese aire de determinación que era inconfundiblemente suyo.

Nos quedamos junto a la chimenea, el cálido crepitar de las llamas contrastando con la fría formalidad de la velada. Durante un momento,

ninguno de los dos habló, el peso de nuestra conversación anterior aún flotando en el aire.

—Pareces distraído —observó, rompiendo el silencio.

—Encuentro estos eventos... tediosos —admití, permitiéndome una rara muestra de sinceridad—. Aunque sospecho que ya lo sabías.

Sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice.

—No eres muy bueno ocultándolo.

La miré entonces, realmente la miré. Me estaba estudiando, no con la típica mirada calculadora de las mujeres que había conocido antes, sino con una curiosidad genuina. Como si intentara descubrir qué había debajo de la fachada, bajo la máscara que llevaba tan cuidadosamente.

Me inquietaba. Y, sin embargo, me intrigaba aún más.

—Tú también pareces distraída —dije, devolviéndole la conversación—. ¿O encuentras fascinante la jardinería?

Su risa fue suave pero genuina.

—Solo ligeramente más fascinante que las conversaciones sobre la gestión de fincas.

Nos lanzamos una mirada, y por el más breve de los momentos, sentí un destello de algo entre nosotros—algo no dicho pero innegable. Era extraño, esta conexión, este repentino cambio en nuestra dinámica. No esperaba sentir nada así por Señorita Eliza Marston, pero ahora, de pie junto a ella, no podía negar la atracción.

Ella inclinó la cabeza, observándome con esa misma mirada aguda.

—Dime algo, Thorne —dijo, y el uso de mi nombre— *Thorne*, no *Su Gracia*— provocó algo dentro de mí—. ¿Qué es lo que realmente quieres de todo esto?

Fruncí el ceño ligeramente.

—¿De todo esto?

—Este... arreglo. El matrimonio. La vida —su voz era suave, pero había una intensidad en sus palabras—. Hablas de deber y tradición, pero ¿qué es lo que tú quieres?

La pregunta me tomó por sorpresa. Nadie me había preguntado eso antes. Ni mi familia, ni mis amigos, ni las mujeres que habían bailado a mi alrededor en los bailes, esperando un compromiso. Pero Eliza—no tenía miedo de preguntar. De presionar.

Y, por alguna razón, quería responderle. Ser honesto, aunque la honestidad no era algo que soliera permitirme.

—Quiero orden —dije finalmente—. Estabilidad. Saber que las cosas están como deben estar.

Su ceño se frunció ligeramente, como si no estuviera satisfecha con mi respuesta.

—¿Y eso es suficiente para ti?

Dudé, la verdad al borde de mis labios. No, no era suficiente. Nunca lo había sido. Pero admitir eso—ante ella, de todas las personas—me parecía demasiado crudo, demasiado vulnerable.

Así que, en su lugar, dije:

—Tiene que serlo.

Ella no insistió más, pero la mirada en sus ojos me decía que no estaba convencida. Y quizá, yo tampoco lo estaba.

El resto de la velada, hablamos más de lo que lo habíamos hecho nunca, nuestra conversación fluyendo de la broma a algo más profundo—algo que no esperaba. Era perspicaz, inteligente, sus opiniones formadas por algo más que el simple chisme o las expectativas sociales. Y mientras hablábamos, me encontré más intrigado por ella de lo que quería admitir.

Era un desafío. Y, a pesar de todo, empezaba a gustarme el desafío.

Una Sutil Realización

El gran baile en la finca de los Haverford era, como se esperaba, un espectáculo deslumbrante de riqueza y decoro, lleno del tintineo de copas de cristal y el murmullo de conversaciones pulidas. Era el tipo de evento al que había asistido docenas de veces, pero esta noche me encontraba inusualmente distraída.

No era por el interminable desfile de pretendientes ni por las miradas sutiles pero afiladas de las otras damas en la sala. No, era por otra cosa. O, más bien, por alguien.

Thorne Ashcroft.

Por supuesto, él estaba allí, de pie al otro lado de la sala, tan alto e imponente como siempre, logrando parecer al mismo tiempo aburrido y completamente distante. Era todo un arte, en realidad—su habilidad para atraer la atención mientras daba la impresión de que preferiría estar en cualquier otro lugar. Había pasado mucho tiempo diciéndome a mí misma que él no era más que otro hombre de deber, un pretendiente más que representaba un futuro que no quería.

Pero esta noche, algo se sentía... diferente.

Lo observé de reojo, tratando de entender por qué de repente me encontraba tan enfocada en él. No era como si hubiera hecho algo fuera de lo común; me había saludado con el mismo asentimiento reservado y las habituales cortesías educadas, e intercambiamos la típica charla incómoda. Pero había algo en la forma en que se mantenía erguido, en la forma en que se movía, que rozaba los bordes de mi memoria.

No fue hasta que escuché el murmullo de una conversación cercana que algo encajó. Dos damas estaban cotilleando sobre Thorne, sus voces bajas, pero lo suficientemente fuertes como para captar el final de su charla.

—Es tan frío, ¿verdad? —dijo una de ellas con una risita—. Siempre tan rígido. Pero tiene algo misterioso.

—Quizá sea más apasionado a puertas cerradas —sugirió la otra con una carcajada—. ¿Quién sabe qué tipo de secretos guarda un hombre así?

Apenas registré el resto de la conversación. Mis pensamientos ya habían

tomado un giro brusco, regresando a la noche del baile de máscaras. La forma en que el hombre al que había besado se había mantenido—alto, erguido, casi rígido. Era una postura tan similar a la de Thorne en ese momento que me hizo detenerme en seco. Mis ojos volvieron a él, y mi corazón comenzó a latir un poco más rápido.

No. No podía ser.

Sacudí la cabeza, tratando de descartar ese pensamiento absurdo. Thorne Ashcroft no podía ser el hombre que me había besado con tanta pasión ardiente en las sombras de ese jardín. No podía ser. Ese hombre había sido... diferente. Audaz, desinhibido, lleno de vida y calor de una manera en que Thorne nunca lo había sido en nuestros encuentros tensos y torpes.

Pero aun así, algo en la forma en que se movía esta noche me inquietaba, sacando a la superficie un recuerdo que había tratado de enterrar desde esa noche. Y entonces me di cuenta—el aroma. Ese aroma familiar e intoxicante de su colonia. La misma colonia que había inhalado cuando mi misterioso desconocido me atrajo hacia él en el jardín. Picante, rica, con un toque de sándalo. Al principio lo había ignorado, pero ahora...

Lo miré fijamente, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza en el pecho. ¿Podría ser?

Pero no—mi mente lógica luchaba contra la idea. Thorne no era ese hombre. El Thorne que conocía era controlado, frío, atado al deber. El hombre al que besé había sido... algo completamente diferente. Todo fuego, todo pasión, sin ninguna duda ni vacilación.

Sin embargo, cuanto más lo observaba, más difícil se hacía ignorar esa sensación de familiaridad que me envolvía. La curva de sus labios—¿no había sentido esa curva contra los míos? El roce de su boca moviéndose con la mía en ese momento robado de total abandono. La forma de su mandíbula, la manera en que sus labios se habían entreabierto, y el suave sabor a vino en su lengua...

Parpadeé, tratando de sacudirme esa sensación, pero el recuerdo era implacable. Recordaba cómo mi corazón había latido desbocado esa noche, la emoción de todo. Estaba besando a un extraño, pero no se sentía como un extraño. Se había sentido como algo... familiar. Como si mis labios ya conocieran los suyos.

Mi lado lógico gritaba que estaba siendo ridícula. Thorne Ashcroft, el Duque de Ashmore, no era el tipo de hombre que besaba a mujeres en jardines oscuros en bailes de máscaras. Era correcto, imperturbable y emocionalmente distante. El tipo de hombre que besaba a una mujer por deber, no por pasión. Yo había besado a alguien salvaje, alguien sin restricciones. Thorne no tenía ese tipo de fuego.

¿O sí?

Me quedé allí, mirándolo desde el otro lado del salón, mi mente dando vueltas en la confusión. Era absurdo pensar que fuera él. Y, sin embargo... cuanto más lo pensaba, más las piezas parecían encajar. El aroma de su colonia, la manera en que se movía, incluso la forma de sus labios...

No podía ser.

Pero no podía negar la sensación que crecía en mi pecho—la extraña, imposible sensación de que tal vez el hombre que había besado, el hombre cuyo recuerdo me atormentaba cada noche, estaba de pie a solo unos metros de mí. Thorne no era el hombre que había imaginado, pero ¿y si había más en él de lo que aparentaba? ¿Y si, bajo ese exterior frío y distante, había un fuego esperando ser encendido?

Sentí un escalofrío de algo—miedo, emoción, no estaba segura—recorrerme mientras me daba cuenta de que necesitaba saberlo. Necesitaba saber si tenía razón, o si estaba persiguiendo un fantasma.

Pero, ¿y si estaba equivocada? ¿Y si, al buscar la verdad, destruía la ilusión de ese beso? ¿Y si Thorne no era más que Thorne, y el hombre a quien besé no era más que un sueño?

No podía responder a esa pregunta. Aún no. Pero algo era seguro: cuanto más pensaba en ello, más sentía que algo me atraía hacia él. Y no estaba segura de si quería detenerlo.

La Confusión de Thorne

El gran baile se sentía como cualquier otro evento al que había asistido: un mar de vestidos deslumbrantes, sonrisas educadas y el murmullo de conversaciones vacías. Era el tipo de reunión que conocía bien, donde uno podía atravesar la noche con una interacción mínima, manteniendo siempre una fachada de civilidad. Ese era el plan, como siempre lo había sido.

Hasta que Señorita Eliza Marston apareció en mi campo de visión.

Desde el momento en que la vi, el ritmo constante de la velada se desmoronó. Estaba al otro lado del salón, perfectamente compuesta pero llena de esa energía inquieta que había llegado a asociar con ella. Su ingenio, su fuego—siempre tan visibles bajo su exterior sereno—hacían imposible que la ignorara. Por más que lo intentara.

Sin embargo, esta noche, había algo más. Una tensión en el aire que no podía identificar del todo. Algo... familiar.

Me encontré observándola más de cerca de lo que pretendía, siguiendo la forma en que se movía por la multitud con una facilidad práctica. Y cuanto más la observaba, más inquietante se volvía. Había un pensamiento insistente en el fondo de mi mente, un susurro que no podía silenciar: *La conozco*.

Por supuesto que la conocía. Llevábamos un tiempo intercambiando suficientes palabras—palabras afiladas y desafiantes—como para que estuviera muy consciente de su naturaleza. Pero esta sensación... este sentimiento de reconocimiento era diferente. Más profundo. Y desesperadamente vago.

Me obligué a apartar la mirada, tratando de sacudir la sensación. No era nada, me dije. Solo otro producto de haber pasado demasiado tiempo con ella recientemente. Mi mente jugando trucos. No había razón para detenerme en ello.

Pero entonces, la música cambió, y antes de que pudiera registrar lo que estaba sucediendo, ocurrió lo inevitable. Estábamos emparejados para el siguiente baile.

No tuve más remedio que ofrecerle mi mano. Y cuando sus dedos rozaron los míos, ahí estaba de nuevo—ese sobresalto. La misma familiaridad

inquietante que me había estado atormentando toda la noche. Su piel era cálida, suave, y cuando la atraje hacia mí, colocando mi mano en su cintura, la sensación se intensificó.

—El Duque Ashcroft —me saludó, su voz calmada, pero con ese desafío siempre latente bajo la superficie. Podía sentir sus ojos sobre mí, como si esperara que dijera algo predecible, algo aburrido.

Incliné la cabeza, haciendo mi mejor esfuerzo por mantener la compostura.

—Señorita Eliza.

El baile comenzó, y caímos en el ritmo, moviéndonos en perfecta sincronía. Pero yo solo prestaba la mitad de mi atención a los pasos. Mi mente estaba en otra parte—centrada en ella, en la manera en que su cuerpo se movía con el mío de manera tan natural. No podía sacudirme la sensación de que ya había estado aquí antes, de que esta no era la primera vez que la sostenía así.

Pero eso era imposible.

Aun así, mientras la música sonaba y girábamos por el salón, mis ojos descendieron a sus labios. Llenos, suaves, los mismos labios que habían pronunciado innumerables réplicas afiladas en nuestras conversaciones anteriores. Y mientras los observaba, el recuerdo de otro par de labios, igual de suaves, igual de atrevidos, regresó con una claridad alarmante.

El baile de máscaras.

Me golpeó como un puñetazo en el estómago. El beso. El beso que me había atormentado durante semanas, el que no podía olvidar por más que lo intentara. La sensación de esos labios contra los míos, la presión de ellos en ese jardín secreto. La manera en que mi sangre había latido con un fuego que nunca antes había experimentado.

Volví a mirar a Eliza, mi pulso acelerándose de una manera que no había anticipado. ¿Podría ser? ¿Podría ella haber sido la mujer a la que besé esa noche?

No. No podía ser.

Mi mente lógica inmediatamente luchó contra la idea. Eliza era apasionada, rebelde y demasiado directa para ser la misteriosa mujer de esa noche. La mujer a la que había besado era... bueno, audaz, sí, pero también parecía más suave. Más esquiva. Eliza era todo lo contrario de esquiva. Ella enfrentaba todo de frente.

Y, sin embargo... el aroma de ella. Ese aroma familiar y embriagador. Era el mismo que había inhalado cuando la besé—no, cuando besé a la mujer en el baile de máscaras. Flores silvestres, con algo más profundo, algo que no podía nombrar. ¿Podría ser una coincidencia?

Intenté alejar el pensamiento, intenté concentrarme en el baile, pero cuanto más la estudiaba, más difícil se volvía descartar la idea. La curva de sus labios, la forma de su boca... coincidían con lo que recordaba, con lo que había quedado grabado en mi memoria esa noche.

Aun así, no podía estar seguro. Mi mente estaba jugando trucos, llenando los vacíos donde no había nada. Era absurdo pensar que Señorita Eliza

Marston, de todas las personas, pudiera haber sido la mujer a la que besé en un momento de abandono imprudente. Ella era demasiado práctica, demasiado aguda. Nunca haría algo tan irracional como escabullirse a un jardín para un beso apasionado.

¿O lo haría?

Me sorprendí mirándola de nuevo, mi mano apretando ligeramente su cintura. Eliza no parecía notarlo, o si lo hacía, no comentó. Su mirada permanecía fija en la mía, desafiante, como si me retara a romper el silencio.

—Pareces... distraído, Su Gracia —dijo suavemente, con diversión en su voz. Parpadeé, intentando regresar al presente.

—Te aseguro, Señorita Eliza, que estoy bastante concentrado.

Ella levantó una ceja, claramente incrédula.

—¿De verdad? Apenas has dicho una palabra en toda la noche.

Abrí la boca para responder, pero las palabras se atoraron en mi garganta. Porque la verdad era que no estaba concentrado en absoluto. Estaba distraído, más distraído de lo que nunca había estado. Y la razón de esa distracción estaba justo frente a mí, con sus labios curvados en una ligera sonrisa, sus ojos brillando con algo que hacía que mi pecho se apretara.

La música disminuyó, señalando el final del baile, y di un paso atrás, soltando su mano. Pero incluso mientras la soltaba, el recuerdo de su tacto permanecía. La sensación de sus labios—si eran sus labios—seguía mordiendo los bordes de mi mente.

¿Podría ser?

No. No podía permitirme creerlo. Era una coincidencia, nada más. Eliza no era la mujer a la que besé. No podía ser. Ese beso había sido un error, un momento de pasión que no tenía cabida en mi vida de orden y responsabilidad. No podía ser ella.

Pero la duda, la posibilidad, se negaba a dejarme.

—Gracias por el baile, Señorita Eliza —dije, mi voz sin revelar el caos dentro de mí.

Ella asintió, aunque hubo un destello de algo en sus ojos—algo parecido a la curiosidad.

—El Duque Ashcroft.

Me giré y me alejé, el peso de la revelación—o la falta de ella—instalándose incómodamente en mi pecho. Era imposible. Tenía que serlo.

Pero, en lo más profundo, una parte de mí ya no estaba tan segura.

La Búsqueda del Beso Fantasma

Jamás, en toda mi vida, me había sentido tan ridícula. Ahí estaba yo, paseándome de un lado a otro en mi habitación como una mujer poseída, con el recuerdo de aquel beso en el baile de máscaras repitiéndose una y otra vez en mi mente. Mis labios aún hormigueaban cada vez que pensaba en ello, y por más que lo intentaba, no podía dejar de analizarlo—como si fuera un problema académico que podría resolver con suficiente esfuerzo.

Por eso necesitaba hablar con William. Si había alguien que pudiera hacerme bajar de esta absurda espiral, era él.

O, más probablemente, se burlaría de mí sin piedad hasta que estuviera demasiado humillada para pensar en ello de nuevo.

Lo encontré en su lugar habitual—tirado en una chaise longue en la biblioteca, hojeando perezosamente un libro que probablemente no tenía intención alguna de leer. Su camisa estaba medio desabotonada, como de costumbre, y me miró con una sonrisa perezosa cuando irrumpí en la habitación.

—Ah, querida hermana —dijo, cerrando el libro con un floreo exagerado—. ¿Vienes a reprenderme por descansar mientras el mundo sigue girando?

—William —comencé, ignorando sus acostumbradas teatralidades—, necesito preguntarte algo... serio.

Levantó una ceja, claramente intrigado.

—¿Serio? ¿Tú? Esto debe ser bueno.

Puse los ojos en blanco, pero seguí adelante de todas formas.

—Es sobre... bueno, el beso.

Su sonrisa se ensanchó, y sus ojos se iluminaron con picardía.

—¿El beso? ¿Ese beso? ¿El del baile de máscaras? —Se sentó, inclinándose hacia adelante con anticipación—. Vamos, Eliza. Cuéntame más.

Suspiré, lamentando ya haber tomado esta decisión.

—Mira, han pasado semanas, y no puedo dejar de pensar en ello. Fue... diferente. Y simplemente... —gemí, pasándome una mano por el cabello—. Es ridículo, pero sigo preguntándome si es posible encontrarlo. Al hombre al que besé.

La sonrisa de William se profundizó, y me preparé para la inevitable burla.

—Déjame ver si lo entiendo —dijo lentamente, con la voz cargada de diversión—. ¿Llevas semanas sentada, soñando despierta con los labios de un hombre, preguntándote si puedes encontrarlo por la forma de su boca?

—William —advertí, entrecerrando los ojos.

—No, no, solo intento entenderlo —continuó, su sonrisa ensanchándose aún más—. ¿Me estás diciendo que tú —Eliza, la intelectual, la mujer que nunca se doblega ante las tonterías de la sociedad— estás ahora obsesionada con la sensación de los labios de un desconocido sobre los tuyos?

Pude sentir cómo mis mejillas se calentaban.

—No estoy obsesionada—

—Oh, pero lo estás —me interrumpió, apenas conteniendo la risa—. Eres como un reptil, deslizándote por Londres, consumida por pensamientos sobre la lengua de tu compañero de beso. ¿Debería preocuparme?

—¡William! —prácticamente grité, lanzándole un cojín. Por supuesto, lo esquivó con facilidad, riéndose todo el tiempo.

Finalmente, se recostó, sacudiendo la cabeza.

—Honestamente, Eliza. ¿Cuál es tu plan aquí? ¿Vas a besar a todos los hombres elegibles de Londres hasta que encuentres a tu hombre misterioso? Puedo verlo ya— *‘Señorita Eliza Marston, la bandida de los besos, aterroriza a los vírgenes del ton en su búsqueda de los labios perfectos.’*

Lo fulminé con la mirada, tratando de no dejar que su ridícula burla me afectara.

—Estoy hablando en serio, William.

—Oh, lo sé —dijo, todavía sonriendo—. Eso es lo que lo hace tan encantador.

Solté un suspiro frustrado y me dejé caer en la silla frente a él.

—Es solo que... no puedo dejar de pensar en ello. Y lo peor de todo es... sigo preguntándome si podría ser...

Él levantó una ceja, su sonrisa desvaneciéndose un poco.

—¿Quién?

Dudé, mordiéndome el labio.

—Thorne.

William parpadeó, luego me miró como si de repente me hubieran salido dos cabezas.

—¿Crees que el Duque Thorne Ashcroft—ese el Duque Thorne Ashcroft— podría ser tu misterioso besador enmascarado?

Crucé los brazos, sintiéndome a la defensiva.

—No lo sé. Es solo que... estaba pensando en ello, y el olor de su colonia me resulta familiar. Y la forma de sus labios—

—Oh, no —gimió William, dejándose caer dramáticamente con la cabeza entre las manos—. No sus labios de nuevo.

—¡Estoy hablando en serio! —insistí, aunque podía sentir cómo mi cara se calentaba—. ¿Y si fue él?

William levantó lentamente la cabeza, con una expresión de pura incredulidad.

—Eliza, te quiero, pero Thorne Ashcroft es más propenso a besar a una momia en uno de sus sarcófagos que haberte besado a ti en un baile de máscaras.

Lo fulminé con la mirada.

—Eso es ridículo.

—No, lo ridículo —respondió William, con su sonrisa volviendo— es que estés sentada aquí considerando seriamente la idea de que Thorne—el hombre que prácticamente se derrite al ver artefactos antiguos—fue tu fogoso y apasionado besador. Honestamente, si me dijeras que está en alguna parte besando los restos momificados de un faraón egipcio, creería eso antes que pensar que te besó a ti.

Abrí la boca para discutir, pero la imagen que pintó de Thorne besando a una momia era tan absurda que, antes de que pudiera detenerme, ya estaba riendo. Riendo de verdad.

William, viendo su éxito, se reclinó con una sonrisa satisfecha.

—Ahí está. Mucho mejor.

—Eres imposible —dije, sacudiendo la cabeza, aunque la risa seguía brotando—. Pero... ¿de verdad crees que no podría ser él?

La sonrisa de William se desvaneció un poco, y por un momento, adoptó una expresión pensativa.

—Honestamente, no. No creo que sea él. Pero— —Vaciló, y luego me miró con seriedad—. También creo que no deberías perder tu tiempo persiguiendo algún recuerdo idealizado de un beso. Quienquiera que fuera ese hombre, Eliza, es un fantasma. No necesitas un fantasma. Necesitas a alguien real.

Dejé que sus palabras calaran, el peso de ellas presionándome más de lo que había esperado. No estaba equivocado. Pero aun así, ese beso...

—Lo sé —dije en voz baja—. Pero no puedo evitar preguntarme.

William se encogió de hombros, levantándose y despeinándose el cabello como si fuera una niña.

—Piensa en lo que quieras. Solo no vayas besando a todo Londres en el proceso. Tu reputación solo puede soportar cierto nivel de escándalo.

Lo empujé juguetonamente, pero sus palabras siguieron rondando en mi cabeza mucho después de que dejó la habitación. Tal vez tenía razón. Tal vez estaba persiguiendo algo que no existía.

Pero no podía deshacerme de la sensación de que, en algún lugar, de alguna manera, ese beso significaba algo. Y no estaba lista para dejarlo ir.

El Choque de Mentes

Había algo desesperante en ser obligada a estar en compañía de Duque Thorne Ashcroft. Y, a juzgar por la forma en que su mandíbula se tensaba cada vez que entraba en una habitación, estaba bastante segura de que el sentimiento era mutuo. A pesar de nuestra clara reticencia, nuestras familias parecían convencidas de que haríamos una pareja perfecta. Así que, por obra del destino—o del entrometimiento de nuestros bien intencionados parientes—nos encontrábamos juntos mucho más a menudo de lo que cualquiera de los dos desearía.

La última de estas ocasiones fue una tediosa tarde de té en la casa de mi familia. La conversación empezó de manera inocente, con nuestras madres parloteando sobre las últimas modas y los eventos de la alta sociedad. Pero no pasó mucho tiempo antes de que la charla tomara un giro más peligroso. Porque, claro, cuando pones a dos personas como Thorne y yo en la misma habitación, solo es cuestión de tiempo antes de que empiecen a volar chispas.

—Bueno —dijo mi madre, sus ojos brillando con una expectativa apenas disimulada mientras nos miraba a ambos—, estoy segura de que Eliza y el Duque Ashcroft tendrán mucho de qué hablar. Ambos tan... intelectuales.

Pude sentir cómo mi ojo empezaba a temblar ante la palabra “intelectual”, sobre todo porque mi madre solo la utilizaba como preludeo a alguna reprimenda sutil sobre cómo mi “naturaleza demasiado expresiva” podía hacerme menos atractiva como esposa. Mientras tanto, Thorne permanecía perfectamente compuesto, sorbiendo su té con la indiferencia de alguien que había dominado desde hacía tiempo el arte de ocultar sus pensamientos verdaderos tras una máscara de cortesía.

Por supuesto, no tenía ninguna intención de dejar que él se escondiera detrás de esa máscara hoy.

—Oh sí —dije, girándome para mirarlo con una sonrisa dulce, una que sabía que haría que mi madre se pusiera nerviosa—. El Duque Ashcroft y yo tenemos la costumbre de debatir con bastante entusiasmo, ¿no es así?

Thorne me miró por encima del borde de su taza, su expresión neutral, pero pude ver el más leve destello de diversión en sus ojos.

—No lo llamaría debatir, Señorita Eliza —respondió con suavidad—. Es más bien... un choque de perspectivas.

—¿Un choque de perspectivas? —repetí, arqueando una ceja—. Qué diplomático de su parte, Su Gracia. Supongo que es una manera educada de decir que cree que estoy completamente equivocada.

Un músculo en su mandíbula se tensó, y supe que había tocado un nervio. Bien. Si íbamos a estar forzados a situaciones como esta, al menos podíamos hacerlas interesantes.

—No equivocada —dijo, dejando su taza con cuidado—. Solo... mal informada.

El suspiro contenido de mi madre fue palpable, y prácticamente pude sentir cómo la tensión en la habitación aumentaba un grado. Pero en lugar de retroceder, me incliné ligeramente hacia adelante, mis ojos brillando con un desafío.

—¿Mal informada, dice? Ilústreme, Su Gracia. Me encantaría escuchar lo equivocadas que están mis opiniones.

Sostuvo mi mirada sin pestañear, impasible ante mi desafío.

—Solo sugiero —dijo con calma— que sus puntos de vista sobre las expectativas sociales son, quizás, un poco idealistas.

Idealistas. Por supuesto, así lo vería él.

—¿Y los suyos son, supongo, puramente realistas?

—Prefiero pensar en ellos como pragmáticos —replicó, su tono firme y controlado—. La sociedad funciona según ciertas reglas y tradiciones por una razón, Señorita Eliza. Sin ellas, habría caos.

—¿Caos? —bufé, recostándome en mi silla—. O quizás... libertad.

Pude ver la más leve sombra de irritación cruzar su rostro, y no pude evitar sentir una oleada de satisfacción. Era tan fácil irritarlo, empujarlo fuera de esa pequeña caja perfecta de control en la que se había encerrado.

—La libertad es una ilusión —dijo, con un tono ligeramente más bajo, como si estuviera intentando contener sus propias emociones—. La verdadera libertad requiere responsabilidad. Sin estructura, sin orden, la sociedad se desmoronaría.

Entrecerré los ojos, mi propia irritación creciendo.

—¿Así que cree que es mejor estar atado por reglas y tradiciones que sofocan la elección personal? ¿Es mejor vivir una vida dictada por las expectativas de los demás, en lugar de perseguir lo que realmente se desea?

—No se trata de deseo —replicó, su tono endureciéndose—. Se trata de deber. De comprender cuál es el lugar de uno en el mundo y cumplir con las obligaciones que conlleva.

Deber. Otra vez esa palabra. Parecía ser su respuesta para todo, una excusa para mantenerse distante, frío e intocable.

—Habla del deber como si fuera lo único que importa —dije, incapaz de ocultar el filo en mi voz—. Pero, ¿qué hay de la pasión? ¿Qué hay de vivir una vida que tenga un significado más allá de simplemente cumplir con las

expectativas de los demás?

—La pasión es efímera —respondió, sus ojos entrecerrándose ligeramente—. Niebla el juicio. Y vivir una vida basada únicamente en la pasión conduce a decisiones imprudentes.

—O tal vez lleva a una vida que valga la pena vivir —repliqué, con mi frustración a punto de desbordarse—. Una vida en la que puedes ser verdaderamente tú mismo, no solo una marioneta que sigue el guion de otra persona.

La expresión de Thorne permaneció impasible, pero algo hervía bajo la superficie, algo que estaba tratando muy arduamente de mantener bajo control.

—¿Eso es lo que cree? —preguntó, su voz más baja ahora, pero no menos intensa—. ¿Que la vida se trata simplemente de seguir los caprichos? ¿De perseguir cualquier deseo fugaz que se cruce en tu camino?

Podía sentir mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho, pero me negaba a retroceder.

—Creo que la vida es demasiado corta para vivirla según las reglas de otra persona. Creo que todos deberíamos tener la libertad de elegir nuestro propio camino.

—La libertad sin estructura es caos —repitió, pero había algo diferente en su tono esta vez, algo casi incierto.

Lo miré, tratando de entender por qué estaba tan empeñado en mantener esos muros de lógica y razón. Era como si no pudiera permitirse la posibilidad de que la vida pudiera ser algo más que deber y responsabilidad. Pero, ¿por qué? ¿Qué era lo que temía?

—Hablas de estructura como si fuera lo único que mantiene al mundo unido —dije en voz baja, mi ira desvaneciéndose ligeramente para dar paso a la curiosidad—. ¿Pero qué hay de la conexión? ¿Qué hay de vivir una vida en la que realmente sientas algo?

No respondió de inmediato, su mirada apartándose de la mía por un momento, como si estuviera sopesando cuidadosamente su respuesta. Cuando finalmente habló, su voz fue baja, casi resignada.

—Los sentimientos... pueden llevar a lugares peligrosos.

Fruncí el ceño, sorprendida por la repentina vulnerabilidad en sus palabras.

—¿Y qué tiene de peligroso sentir algo real?

Thorne me miró entonces, sus ojos oscuros e inescrutables, y por un breve instante, creí ver algo—algo real—cruzar su rostro. Pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos, reemplazado una vez más por esa fría y distante expresión.

—Quizás eso sea algo que te dejaré a ti, Señorita Eliza —dijo, recuperando la calma en su voz—. Pareces mucho más dispuesta a explorar ese... territorio peligroso.

Abrí la boca para responder, pero las palabras se atascaron en mi garganta. Porque, debajo de la tensión de nuestra discusión, debajo de la agudeza de

nuestras palabras, había algo más. Algo no dicho, pero innegablemente presente.

Y por primera vez, no estaba segura de si quería seguir peleando con él—o si empezaba a respetarlo más de lo que me atrevía a admitir.

Una Batalla de Voluntades

Eliza Marston tenía una habilidad única para irritarme como nadie más lo había hecho jamás. Era casi un arte la forma en que lograba convertir cada conversación—por inofensiva que fuera—en una especie de combate verbal. No era solo argumentativa; era implacable, astuta y endemoniadamente inteligente.

Y, de alguna manera, a pesar de cada instinto que me decía que debía mantenerla a distancia, no podía dejar de pensar en ella.

Era frustrante. Irracional. Pero inevitable.

Esta tarde no fue diferente. Una vez más, nos encontrábamos juntos—bajo la mirada atenta de nuestras familias, que seguían decididas a emparejarnos como si fuéramos dos piezas de ajedrez. El salón de los Marston se había convertido en nuestro campo de batalla, el aire cargado de una tensión educada mientras intercambiábamos lo que solo podía describirse como cortesías afiladas.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que ocurriera lo inevitable. Nunca pasaba.

—Hoy parece particularmente callado, Su Gracia —dijo Eliza, su tono ligero, pero con esa chispa de desafío que siempre se ocultaba bajo la superficie—. ¿Debo tomar eso como una señal de que se ha quedado sin temas para sermonearme?

Alcé la vista hacia ella, intentando no mostrar la pequeña chispa de diversión que cruzó por mi mente. Ella tenía ese efecto en mí—siempre manteniéndome alerta, siempre esperando el momento para provocarme.

—En absoluto, Señorita Eliza —respondí con suavidad, entrelazando las manos en mi regazo—. Pero he aprendido que es mejor conservar la energía para debates que realmente valgan la pena.

Sus labios se torcieron en una sonrisa, pero no se dejaba disuadir tan fácilmente.

—¿Y quién decide cuáles debates merecen la pena? Usted, por supuesto.

Suspiré, sabiendo exactamente hacia dónde se dirigía esto.

—No se trata de decidir, Señorita Eliza. Se trata de reconocer que algunas

conversaciones llevan a resultados productivos, mientras que otras... no llevan a ninguna parte.

—Ah, así que si no estoy de acuerdo con usted, ¿vamos a ninguna parte? Qué conveniente —dijo, arqueando una ceja—. Dígame, Su Gracia, ¿siempre descarta opiniones que desafían las suyas?

Apreté la mandíbula, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo. Presionando. Provocando. Tratando de hacerme perder la compostura. Era un juego que ella jugaba, y odiaba lo efectiva que era.

—No descarto opiniones —dije, manteniendo mi voz medida—. Simplemente prefiero opiniones basadas en la realidad.

Sus ojos brillaron con esa respuesta, y supe que le había dado una apertura.

—¿La realidad, dice? Qué interesante. Porque para mí, su supuesta realidad no es más que un conjunto de reglas diseñadas para mantener a todos en su lugar, siguiendo las mismas cansinas tradiciones que no hacen más que sofocar la verdadera libertad.

—Ahí está esa palabra de nuevo —dije, intentando contener la frustración que comenzaba a apoderarse de mi tono—. Libertad. Habla de ella como si fuera un estado ideal de ser, pero no reconoce que sin estructura, sin tradición, la libertad se convierte rápidamente en caos.

—Y ahí lo tenemos —dijo ella, con una sonrisa que empezaba a formarse en las comisuras de su boca—. El gran temor de el Duque Ashcroft: el caos. Todo lo que no encaja perfectamente en su pequeño y ordenado mundo debe ser peligroso, ¿verdad?

La miré, intentando formular una respuesta que pusiera fin a esta conversación antes de que se convirtiera en otra disputa, pero... algo me detuvo. Algo en la forma en que me miraba, en ese fuego en sus ojos que se negaba a apagarse.

Era exasperante. Completamente, irremediablemente frustrante. Pero también era... fascinante.

—No temo al caos —dije finalmente, mi voz más suave de lo que pretendía—. Pero sí reconozco sus consecuencias. No todos tienen el lujo de vivir sin reglas, Señorita Eliza. Para algunos de nosotros, la estructura es necesaria.

Su sonrisa se desvaneció ligeramente, y por primera vez en nuestros numerosos debates, vi algo más que desafío en su expresión. ¿Curiosidad, quizás? O tal vez algo más profundo.

—¿Y usted? —preguntó, su voz suavizándose—. ¿Sigue esas reglas porque cree en ellas... o porque no tiene otra opción?

Me congelé, su pregunta tomándome por sorpresa. Era la primera vez que alguien me hacía algo así. Todos los demás simplemente asumían que yo era como era porque se esperaba de mí. Pero Eliza... ella no se conformaba con suposiciones. Quería entender.

Quise darle una respuesta cortante, algo que pusiera fin a la conversación y restaurara la distancia entre nosotros, pero... no pude. Porque la verdad era que no estaba del todo seguro de cómo responderle. No sin revelar más de lo que

estaba dispuesto.

—Las sigo —dije con cuidado— porque funcionan. Han mantenido el equilibrio de la sociedad durante siglos.

Ella inclinó la cabeza, estudiándome.

—Eso no es una respuesta.

—Es la verdad.

No respondió de inmediato, pero la intensidad de su mirada nunca vaciló. Podía sentir el peso de su escrutinio, y por primera vez, me hizo sentir incómodo. Era como si pudiera ver más allá de la máscara de control y lógica que había cultivado cuidadosamente. Como si supiera que había algo más debajo de la superficie, y estaba decidida a sacarlo a la luz.

Y ahí estaba el problema, ¿no?

Eliza Marston no solo me desafiaba—me hacía cuestionar cosas en las que había creído toda mi vida. Me hacía sentir incómodo de una manera que nadie más había logrado, y por razones que no podía explicar del todo, me sentía atraído por esa incomodidad. Atraído por ella.

Era un sentimiento peligroso.

—No espero que lo entienda —dije, intentando recuperar la compostura—. Su vida ha sido una de libertad; la libertad de decir lo que desea, de desafiar las expectativas sin consecuencias.

—¿Sin consecuencias? —Rió, pero no había humor en su risa—. ¿Cree que no enfrento consecuencias por mis acciones? Créame, Su Gracia, he pasado toda mi vida escuchando lo que debo y no debo hacer. Simplemente estoy eligiendo no escuchar.

La miré, momentáneamente atónito por la pasión en sus palabras. No esperaba que fuera tan... abierta. Tan directa.

Y maldita sea, la admiraba por ello.

—Es usted increíblemente audaz, Señorita Eliza —dije, mi voz ahora más suave, aunque la tensión seguía ardiendo entre nosotros—. La mayoría de las mujeres nunca se atreverían a hablar como lo hace usted.

Sus ojos se encontraron con los míos, y vi un destello de algo—¿orgullo, tal vez?—en su expresión.

—La mayoría de las mujeres no saben lo que se siente estar atrapada en una jaula. Yo sí.

No respondí, pero algo dentro de mí cambió. Siempre había visto a Eliza como una fuerza de la naturaleza, alguien que se deleitaba en romper las reglas simplemente porque podía. Pero ahora, al escucharla hablar así, me di cuenta de que era más que eso. No solo desafiaba a la sociedad por el simple hecho de rebelarse—estaba luchando por algo. Por sí misma. Por su propia libertad.

Y no pude evitar sentir una creciente fascinación por ella a causa de ello.

Esto ya no era solo una batalla de voluntades. Era algo más, algo más profundo. Y cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más me encontraba queriendo entenderla. Descubrir por qué tenía tal poder sobre mí, por qué hacía que cuestionara todo lo que creía saber.

Era exasperante. Irracional. Pero inevitable.
Me sentía atraído hacia ella, por mucho que intentara negarlo.

Un Momento de Calma

Thorne Ashcroft tenía un talento especial para enfurecerme como nadie más. Su calma exasperante, su frustrante dependencia en la lógica, su insistencia en que la estructura era la base de una vida adecuada—todo eso me volvía loca. Y, sin embargo, me encontraba en medio de otra discusión con él, mi mente zumbando con las réplicas afiladas que había estado perfeccionando durante semanas.

Pero hoy, algo era diferente.

Había una energía extraña entre nosotros, algo más que la habitual tensión. Podía sentirla vibrar en el aire mientras intercambiábamos palabras, cada uno desafiando al otro a retroceder. Sus respuestas seguían siendo igual de exasperantes que siempre, pero de vez en cuando captaba un destello en sus ojos, una fugaz vulnerabilidad que me descolocaba.

Era inquietante.

Durante todo el tiempo que lo había conocido, Thorne había sido la imagen perfecta del control. Calmado, imperturbable y tan frío como las estatuas de mármol que decoraban su propiedad. Pero ahora... ahora empezaba a ver grietas en esa fachada. Su voz, usualmente tan firme, vacilaba ligeramente. Y sus ojos... estaban más oscuros de lo habitual, como si algo estuviera ardiendo justo debajo de la superficie.

No quería notarlo. Quería seguir viéndolo como el insoportable duque que valoraba el deber sobre la pasión, que prefería vivir según las reglas de la sociedad en lugar de cuestionarlas. Pero no podía. No cuando me miraba de esa manera.

—No se trata de deseo, Señorita Eliza —dijo, su tono tenso, aunque podía oír la presión detrás de sus palabras—. Se trata de responsabilidad.

—¿Y crees que la responsabilidad significa sacrificar todo lo que quieres? —repuse, intentando empujarlo, intentando romper ese muro que mantenía tan cuidadosamente erigido—. No puedes decirme que estás satisfecho con una vida dictada por todos menos por ti mismo.

Me miró, su mandíbula apretada, y por un momento pensé que tal vez desviaría mi pregunta como solía hacerlo. Pero luego, su mirada vaciló, como si

estuviera sopesando algo, decidiendo si darme la verdad o mantenerme a distancia.

Y entonces, en una voz más baja de lo que jamás le había oído, dijo:

—A veces, no se trata de lo que uno quiere.

Ahí estaba de nuevo. Esa vulnerabilidad, esa grieta en su exterior perfectamente compuesto. Me golpeó más fuerte de lo que esperaba, dejándome momentáneamente sin palabras.

Había pasado tanto tiempo combatiendo con Thorne, desafiándolo en cada oportunidad, que nunca me había detenido a considerar cómo sería estar en su lugar. Vivir con el peso del deber constantemente aplastándote, sintiendo que no podías permitirte querer nada por miedo a desbaratar el equilibrio que mantenía tan cuidadosamente.

Y por primera vez, sentí algo inesperado: un leve atisbo de compasión.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo? —pregunté, sin darme cuenta de que mi voz se suavizaba—. ¿Que es más fácil seguir las reglas porque querer algo diferente es demasiado... peligroso?

Sus ojos se oscurecieron, y por un momento pensé que podría cerrarse de nuevo, retirarse a ese espacio seguro y lógico donde nada podía tocarlo. Pero en lugar de eso, me sorprendió.

—Querer algo —dijo lentamente, casi con reticencia— no lo hace posible.

Sus palabras flotaron en el aire entre nosotros, pesadas y llenas de un significado que no podía descifrar del todo. Había algo crudo en su tono, algo que insinuaba una lucha interna mucho más profunda de lo que había anticipado. Y de repente, la imagen que había construido de Thorne—el duque frío y desapegado—empezó a desmoronarse.

No solo estaba atado por el deber. Estaba atrapado por él.

Lo observé por un momento, intentando comprender las emociones que bullían en mi pecho. Él era exasperante, sí—completamente exasperante—pero había más en él de lo que había imaginado. Y, por razones que no entendía del todo, esa realización me inquietó.

Porque si Thorne no era solo el hombre rígido y sin pasión que había creído que era... entonces, ¿quién era realmente?

—Crees que es imposible tener lo que quieres —dije en voz baja, sin apartar la mirada de la suya—. Pero, ¿alguna vez lo has intentado siquiera?

Su mandíbula se tensó de nuevo, y podía ver el conflicto en sus ojos, la batalla entre lo que quería decir y lo que creía que debía decir.

—No es tan simple como lo haces parecer, Señorita Eliza.

—Tal vez no —admití, dando un paso más cerca de él, mi voz descendiendo—. Pero nunca lo sabrás si sigues encerrándote detrás del deber y la tradición.

Sus ojos se encontraron con los míos entonces, oscuros e intensos, y por un momento, el mundo alrededor pareció desaparecer. Solo éramos nosotros, parados en este extraño silencio cargado, nuestras palabras flotando en el espacio entre nosotros.

No había esperado esto. No había esperado sentirme... conectada a él. Pero

por mucho que intentara luchar contra ello, la conexión estaba ahí, innegable y creciendo con cada segundo que pasaba. Habíamos pasado tanto tiempo enfrentándonos, desafiándonos, pero ahora—ahora sentía que algo más estaba formándose bajo la superficie.

Algo que ninguno de los dos estaba listo para admitir.

—Quizás —dijo, su voz baja y casi vacilante— tú tienes el lujo de vivir según tus deseos. Pero para algunos de nosotros, el precio es demasiado alto.

—¿Y cuál es el precio? —pregunté, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho—. ¿Qué pierdes al permitirte querer algo, aunque solo sea por un momento?

No respondió de inmediato, pero la tensión en su rostro hablaba por sí sola. Había una parte de él que quería discutir conmigo, poner fin a esta conversación y retirarse de nuevo al refugio seguro de su mundo cuidadosamente estructurado. Pero también había una parte de él que estaba intrigada. Una parte que se sentía atraída por lo mismo que seguía resistiendo.

Finalmente, habló, su voz tranquila pero firme.

—Pierdo el control.

Sus palabras enviaron un escalofrío por mi columna. Control. Eso era lo que mantenía con tanto esfuerzo, ¿no? El control sobre su vida, sus emociones, sus deseos. Y aquí estaba yo, desafiando ese control en cada momento.

Pero, por primera vez, no lo estaba desafiando solo para ganar una discusión. Lo estaba desafiando porque quería entender. Porque, a pesar de todo, podía ver al hombre que había detrás de la máscara. Y, a pesar de todo, quería conocerlo.

Respiré hondo, intentando calmarme.

—Tal vez perder el control no siempre sea algo malo.

Thorne me miró, su expresión indescifrable, y pude sentir el peso de su mirada como algo tangible. Había algo eléctrico en el aire entre nosotros, algo que ninguno de los dos estaba listo para reconocer, pero que no podíamos negar por más tiempo.

Y por primera vez, me pregunté si nuestra batalla de voluntades nos estaba llevando a un lugar donde ninguno de los dos había esperado llegar.

Una Pausa en la Tormenta

Por una vez, no había ninguna respuesta afilada lista en mis labios. No había una réplica ingeniosa, ni un comentario mordaz diseñado para socavar al perfectamente compuesto duque de Ashmore. En cambio, había silencio—un silencio inusual y desconcertante que colgaba entre Thorne y yo mientras caminábamos por el borde de los jardines de la finca de los Marston.

No estaba segura de cómo había sucedido. Un momento antes, estábamos inmersos en otro acalorado debate sobre... algo—honestamente, ya había olvidado el tema, aunque estaba segura de que en ese momento había sido importante. Y al siguiente momento, la discusión se había desvanecido, reemplazada por un silencio que ninguno de los dos parecía querer romper.

Era extraño, este silencio. Desconocido. Casi... cómodo.

El sol de la tarde se filtraba a través de las hojas de los robles que bordeaban el sendero del jardín, proyectando sombras moteadas sobre el césped. Los pájaros gorjeaban perezosamente a lo lejos, y una suave brisa agitaba las hojas por encima de nosotros. Debería haber sido pacífico, idílico incluso. Pero el hecho de que caminara junto a Thorne hacía que todo fuese cualquier cosa menos eso.

Nunca había experimentado un momento con él que no estuviera cargado de tensión, y sin embargo, aquí estábamos—sin discutir, sin hablar. Solo... caminando.

De vez en cuando, lanzaba una mirada furtiva hacia él, esperando a medias que de un momento a otro recuperara su habitual actitud rígida y controlada y dijera algo irritantemente correcto. Pero no lo hizo. En su lugar, caminaba a mi lado, su mirada fija al frente, su postura tan rígida como siempre, pero... más suave, de alguna manera.

No llevaba puesta su habitual máscara de indiferencia. No estaba intentando controlar la conversación ni guiarme de nuevo al trillado camino de las expectativas sociales. De hecho, por primera vez desde que lo conocí, sentí que Thorne simplemente *estaba*.

Y cuanto más lo observaba, más detalles notaba que antes me habían pasado desapercibidos.

La manera en que mantenía las manos detrás de la espalda, como si necesitara mantenerlas ocupadas. El sutil modo en que su mandíbula se relajaba cuando no se obligaba a mantener la compostura. Y luego, estaba la manera en que sus ojos parecían absorber el mundo que lo rodeaba, no con el frío cálculo que siempre le había atribuido, sino con algo más profundo. Más reflexivo.

Me descubrí a mí misma aminorando el paso, permitiendo que el momento tranquilo se alargara, como si estuviera probando los límites de este nuevo, e inesperado, silencio. Thorne igualó mi ritmo, aunque no dijo nada. Sus ojos se posaron en mí una vez, brevemente, y vi algo en su mirada que no había visto antes.

No era indiferencia. No era molestia.

Era algo... más suave. Casi curioso.

Volví mi atención al camino, intentando poner mis propios pensamientos en orden. Este era el hombre con el que había pasado semanas discutiendo, el hombre que me había llevado al borde de la frustración en más ocasiones de las que podía contar. Y sin embargo, aquí, caminando a su lado, observando cómo la luz del sol danzaba entre las hojas, no podía evitar sentir que algo había cambiado entre nosotros.

Robé otra mirada hacia él, esta vez permitiéndome observarlo un poco más. Su perfil era marcado, sus rasgos bien definidos, pero había algo en la manera en que se comportaba hoy que parecía menos resguardado. Las líneas alrededor de sus ojos, que normalmente estaban tan tensas, estaban más suaves. Sus labios, que usualmente mantenía firmemente apretados, estaban relajados.

Y por primera vez, me di cuenta de que Thorne Ashcroft no era tan intocable como había pensado.

No estaba segura de qué hacer con esa realización. Me inquietaba, pero también... me intrigaba. Había más en él de lo que creía conocer. Algo que hervía justo debajo de la superficie, algo que mantenía oculto del mundo. Y ahora, en este momento de tranquilidad, podía casi sentirlo—como si estuviera al borde de algo más profundo, algo más real.

No había esperado sentirme así. No había esperado querer saber más.

Seguimos caminando en silencio, el mundo a nuestro alrededor zumbando con los sonidos de la naturaleza, y me descubrí deseando que el momento no terminara. Era pacífico de una manera que no había experimentado antes—pacífico porque, por una vez, no estábamos peleando. No estábamos intentando demostrarnos algo el uno al otro. Solo... existíamos.

Y Thorne, en su manera silenciosa, parecía percibirlo también.

Su mirada se dirigió hacia el horizonte, donde las colinas se encontraban con el cielo, y noté un ligero pliegue en su ceño—una señal de que su mente estaba en otro lugar, perdida en sus pensamientos. Me pregunté qué estaría pensando. Qué pasaba por su cabeza cuando no estaba ocupado discutiendo conmigo o cumpliendo con el peso de su título. ¿En qué pensaba Thorne cuando se permitía estar en silencio?

Era una pregunta que no me atreví a hacer, pero no podía sacarme de encima la curiosidad. Cuanto más tiempo pasaba en su compañía, más me daba cuenta de que no lo conocía—no de verdad. Conocía sus opiniones, su sentido del deber, la versión de él que presentaba al mundo. Pero nunca había visto este lado de él—el lado que permanecía en silencio, observando el mundo con tranquila contemplación.

Me encontré hablando antes de poder detenerme.

—Es pacífico aquí, ¿verdad?

Me miró, sus ojos suavizándose de nuevo, y por un momento, me pregunté si rechazaría la pregunta. Pero luego, para mi sorpresa, asintió.

—Lo es —dijo, su voz tranquila pero firme—. No suelo tomarme el tiempo para notarlo.

Lo observé por un momento, la honestidad inesperada en sus palabras colgando en el aire entre nosotros.

—¿No te tomas el tiempo para notar... la paz?

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y pude ver el más mínimo destello de diversión en sus ojos.

—Supongo que siempre he estado más enfocado en... mantener el orden. Es fácil pasar por alto momentos como este cuando estás ocupado.

—¿Ocupado con qué? —pregunté, genuinamente curiosa.

Él se detuvo, como si estuviera considerando cuánto decir.

—Con... el deber. Las expectativas.

Ahí estaba de nuevo—el deber. Lo que regía su vida, lo que lo mantenía a distancia. Pero ahora, de pie aquí bajo el sol de la tarde, parecía que lo estaba soltando, aunque solo fuera por un momento.

Me giré para enfrentarlo por completo, mi voz suavizándose.

—¿Nunca te cansa?

Me miró entonces, realmente me miró, y por un breve segundo, pensé que vi algo vulnerable en sus ojos. Algo crudo, justo bajo la superficie, esperando ser reconocido.

—Sí —dijo, la palabra apenas un susurro.

Era la primera vez que lo admitía—el peso que cargaba, la carga de estar siempre en control. Y en ese momento, lo vi, no como el duque distante, no como el hombre exasperante con el que discutía en cada ocasión, sino como alguien... humano.

Alguien que quería entender.

Nos quedamos allí, el silencio extendiéndose, ninguno de los dos moviéndose para romperlo. Y por primera vez, no sentí la necesidad de llenarlo. Porque este silencio no estaba vacío. Estaba lleno de todas las cosas que no estábamos diciendo, de las cosas que ambos comenzábamos a comprender.

No era solo una pausa en la tormenta. Era el comienzo de algo más.

Descubriendo el Pasado

Había comenzado como una conversación perfectamente normal. Estábamos caminando de nuevo, esta vez por los jardines de la finca de Thorne—una actividad forzada, sin duda, orquestada por nuestras madres, que parecían convencidas de que el aire fresco y la proximidad encenderían de alguna manera una conexión romántica entre nosotros. Me había preparado para otro debate, otro enfrentamiento verbal sobre las expectativas sociales o el significado del deber. Pero, para mi sorpresa, la conversación tomó un giro diferente.

Libros.

De todas las cosas, empezamos hablando de libros. Thorne hizo un comentario pasajero sobre su extensa biblioteca—uno de los pocos temas que parecían despertar algún entusiasmo en él—y yo, ansiosa por evitar otra discusión, le pregunté qué libros encontraba más fascinantes.

Fue una pregunta casual, o al menos eso pensé. Pero la manera en que sus ojos parpadearon, con una sombra cruzando brevemente su rostro, me hizo detenerme. Había algo más pesado en su expresión, algo más personal.

—No son los libros en sí —dijo finalmente, su voz más baja de lo habitual—, sino lo que representan. Conocimiento. Comprensión. El pasado.

El peso en su tono era inconfundible. Por una vez, no estaba desviando la conversación hacia ideas abstractas. Había algo más profundo al acecho bajo la superficie, y por primera vez, sentí que estaba a punto de vislumbrar un lado de Thorne que normalmente mantenía oculto.

—¿A qué te refieres con el pasado? —pregunté, ahora genuinamente intrigada.

Él vaciló, su mirada se perdió hacia las colinas distantes, como si la respuesta estuviera allí, en algún lugar más allá de nuestro alcance. Por un momento, pensé que volvería a refugiarse en su habitual silencio contenido, pero entonces, habló.

—Mi padre —comenzó, su voz cuidadosa, como si cada palabra hubiera sido sopesada antes de ser pronunciada— era un hombre obsesionado con el legado. Toda su existencia giraba en torno al nombre de Ashcroft, asegurándose de que

continuara, sin cambios, durante generaciones. Todo lo que hacía tenía que ver con el control.

No dije nada, consciente de que este no era un momento para interrumpir. Thorne nunca había hablado de su familia antes, y me di cuenta de que nunca se lo había preguntado. El tema siempre había parecido estar fuera de límites, demasiado guardado, y yo lo había respetado. Pero ahora, mientras hablaba, las palabras llevaban el peso de una vida moldeada por expectativas y cargas.

—Fui criado para creer que el deber era el llamado más alto —continuó, sus ojos oscureciéndose—. Que no había lugar para la desviación o la debilidad. Todo tenía su lugar.

Sus palabras resonaron profundamente en mí. Siempre había sospechado que el comportamiento rígido de Thorne era más que una preferencia; estaba arraigado, tejido en la estructura de su identidad. No era simplemente un hombre que prefería el orden; era alguien que había sido moldeado por él.

—¿Y tu madre? —pregunté suavemente, sin saber por qué me aventuraba en un territorio tan sensible. Tal vez esperaba que su infancia no hubiera estado completamente desprovista de calidez, que hubiera habido alguien que suavizara el estricto mundo que su padre había construido.

La mandíbula de Thorne se tensó, su mirada se volvió distante.

—Ella intentó. Pero no era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a mi padre. Estaba... abrumada por sus exigencias. Hubo momentos en los que pensé que intervendría, que me protegería del peso de sus expectativas, pero nunca fue suficiente.

Sentí un nudo en el pecho al escuchar sus palabras. No hablaba desde el resentimiento, sino desde una tristeza resignada, como si hubiera aceptado hacía mucho tiempo que su madre no había tenido el poder de cambiar el rumbo de su vida.

—Lo siento —dije, aunque sabía que esas palabras no cambiarían nada.

Negó con la cabeza levemente, no desestimando mi simpatía, sino dejándome saber que no era necesaria.

—Fue hace mucho tiempo.

El silencio entre nosotros se sentía pesado, lleno de las verdades no dichas de su infancia—de un niño que había buscado protección en su madre y no la había encontrado, y de un hombre que había aprendido a fortalecerse contra el mundo en ausencia de esa protección.

—Dijiste que tu padre valoraba el control por encima de todo —me aventuré, esperando que el cambio de tema lo alentara a seguir hablando—. ¿Es por eso que... haces lo mismo?

Thorne me miró entonces, y por un breve momento, vi algo crudo en sus ojos.

—No se trata de control por el simple hecho de hacerlo —dijo suavemente—. Se trata de seguridad. Cuando has perdido algo—alguien—que te importa, empiezas a creer que la única manera de protegerte es controlando todo lo demás.

Sus palabras me golpearon con una fuerza inesperada. Aquí estaba un hombre que había perdido—perdido tanto—y sin embargo, nunca había hablado de ello. Un hombre que había sido enseñado a creer que la única manera de mantenerse a salvo del dolor era controlando cada aspecto de su vida.

—Supongo que por eso me resultas tan... frustrante —dije, las palabras escapando de mis labios antes de poder detenerlas.

Thorne levantó una ceja, aunque no había enojo en su expresión.

—¿Frustrante?

Esbocé una pequeña sonrisa irónica.

—Sí. Estás tan empeñado en mantener todo bajo llave, como si tuvieras miedo de dejar que alguien—o algo—se acerque lo suficiente como para tocarte.

Su postura se tensó levemente, una tensión volvió a apoderarse de su cuerpo.

—No se trata de miedo, Señorita Eliza —respondió, aunque el temblor en su voz me decía lo contrario—. Se trata de entender el costo de la vulnerabilidad.

—¿Y cuál es el costo? —pregunté suavemente, sintiendo el peso de mi pregunta en el aire.

Él dudó, y por un momento, pensé que se retiraría a su habitual desapego. Pero luego, con un suspiro pesado, dijo:

—El costo es perderte a ti mismo.

La admisión quedó suspendida entre nosotros, pesada y profunda. Sentí una punzada de simpatía por él, por el niño que había crecido hasta convertirse en este hombre—que había aprendido que cuidar, sentir, significaba arriesgarlo todo. Thorne había construido muros, sí, pero no por arrogancia o indiferencia. Los había construido por necesidad, por miedo a que si dejaba caer esos muros, se perdería.

—Debe ser agotador —dije en voz baja—, cargar con todo eso solo.

No respondió de inmediato. Su mirada seguía fija en el suelo, su ceño fruncido en concentración. Finalmente, después de una larga pausa, asintió.

—Lo es.

La simple admisión fue suficiente para hacerme sentir un nudo en el corazón. Este era un hombre que había pasado toda su vida fortaleciéndose contra el mundo, creyendo que el control era lo único que lo mantenía a salvo del caos de la pérdida. Y ahora, aquí estaba, de pie frente a mí, admitiendo que tal vez—solo tal vez—ese control era una carga demasiado pesada para llevar solo.

No estaba segura de lo que esta revelación significaba para nosotros—si es que significaba algo. Pero mientras nos quedábamos allí, con la vulnerabilidad callada colgando en el aire, algo cambió. Thorne ya no era solo el distante y controlado duque de Ashmore. Era un hombre moldeado por el dolor, un hombre que había perdido más de lo que jamás admitiría.

Y en ese momento, lo vi con claridad. No como la figura frustrante y

enigmática con la que había pasado semanas batallando, sino como alguien que había sido obligado a ser más fuerte de lo que nunca debería haber tenido que ser.

—Te veo —quise decirle. Pero en lugar de eso, me quedé en silencio, permitiendo que el momento se desplegara sin palabras, sabiendo que ambos habíamos revelado más que suficiente por un día.

Pensamientos Persistentes

No se suponía que fuera así. No se suponía que un beso me atormentara. Y sin embargo, ahí estaba yo, sentada en el salón, mirando las páginas de un libro que no estaba leyendo, consumida por el recuerdo de aquella noche en el baile de máscaras, como una llama que se negaba a extinguirse.

Todo había comenzado de manera tan inocente, un impulso fugaz. Una oportunidad para liberarme de la monótona realidad de mi vida por una sola noche. Y, vaya, qué noche había sido. La sensación de aquel momento—la calidez de sus labios, la forma en que sus manos habían sostenido mi rostro con tanta ternura pero con una urgencia tan palpable—no me abandonaba. La intensidad de ese instante se había grabado en mi mente, y por más que intentaba apartarla, seguía ahí, como un fantasma que rondaba los bordes de mis pensamientos.

Había asumido que, con el tiempo, se desvanecería. Que la emoción de aquel beso furtivo desaparecería como un sueño al disolverse con la luz de la mañana. Después de todo, ¿cómo algo que había durado solo unos instantes podía seguir teniendo tanto poder sobre mí? Pero no se desvanecía. De hecho, el recuerdo solo se volvía más vívido, reproduciéndose en mi mente como una escena de una historia que no podía dejar de leer.

Como dijo William, tal vez estaba atrapada en una fantasía. Y era exasperante.

Porque cuanto más trataba de olvidar, más aquel beso irrumpía en mis pensamientos—especialmente ahora que estaba pasando más tiempo con él. Con Thorne.

Cada vez que nos veíamos obligados a compartir la misma habitación, cada vez que compartíamos esos momentos tranquilos en los que ninguno de los dos discutía, pero ambos sabíamos que algo sucedía bajo la superficie, el recuerdo de aquel beso volvía a mí con fuerza. Y lo odiaba. Odiaba que mis pensamientos estuvieran divididos entre dos hombres—dos hombres imposibles. El apasionado desconocido que había desaparecido en la noche sin decir una palabra, y el exasperante Duque de Ashmore, que de alguna manera se estaba abriendo paso en mi corazón a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerlo a

distancia.

Lo peor de todo es que comenzaba a sentirme culpable.

Culpable, porque estaba empezando a gustarme Thorne. O al menos, comenzaba a entenderlo. Cuanto más aprendía sobre su pasado—la soledad que había llevado consigo durante tanto tiempo, los muros que había construido para sobrevivir a las expectativas que pesaban sobre él—más me sentía atraída hacia él de formas que no había anticipado. No era solo el hombre frío y distante que había asumido que era. Era más que eso, más complejo. Y con cada día que pasaba, me sorprendía queriendo conocerlo mejor.

Pero, al mismo tiempo, no podía dejar de añorar al hombre que había besado en el jardín. El hombre cuyo rostro nunca vi, pero cuyos labios habían encendido algo en mí que no podía ignorar. Ese beso había sido como una chispa, iluminando algo profundo dentro de mí—un hambre, un deseo de algo más que la vida en la que había sido empujada. Por primera vez en mi vida, me había sentido viva, y ahora... ahora no podía evitar perseguir esa sensación, aunque fuera imposible recuperarla.

¿Cómo se suponía que debía reconciliar ambas cosas? ¿Cómo podía sentir esta extraña y inesperada conexión con Thorne mientras aún anhelaba al hombre que había desaparecido en la noche?

Suspiré, dejando caer el libro sobre mi regazo y presionando los dedos contra mis sienes, intentando calmar la tensión que se había acumulado allí. Esto se estaba volviendo ridículo. El Duque de Ashmore no era el hombre que había besado. Era imposible. Thorne era lógico, controlado, distante. Vivía su vida según el deber y el orden. El hombre del baile de máscaras había sido... algo completamente diferente. Había sido fuego, abandono temerario, la encarnación misma de la pasión. Dos hombres tan diferentes como el día y la noche.

Y sin embargo...

El pensamiento seguía apareciendo, no deseado pero persistente: ¿Y si era él?

Sacudí la cabeza, tratando de disipar la idea. Era absurdo. Había estado cerca de Thorne lo suficiente como para saber que no era el tipo de hombre que se escabulliría a un jardín para besar a una mujer en un momento de pasión. Estaba demasiado atado al deber, demasiado controlado para dejarse llevar por un acto tan impulsivo. La idea de que Thorne, de todas las personas, fuera capaz de tal pasión era ridícula.

Pero entonces, ¿por qué cada vez que estaba cerca de él sentía esa atracción familiar? ¿Por qué el aire entre nosotros parecía cargarse con algo que no podía explicar? ¿Por qué percibía el leve aroma de su colonia, el mismo que había flotado en el aire aquella noche? El mismo aroma que me envolvió cuando me acercó, con nuestras respiraciones entrelazadas en la fresca brisa nocturna.

No podía evitar preguntarme.

No podía evitar desear que fuera él.

Y eso era lo más frustrante. No era solo que el beso me atormentara. Era que empezaba a desear que hubiera sido Thorne. A pesar de todo—a pesar de su rígido sentido del deber, su irritante insistencia en el control—había algo en él que me intrigaba. Algo en la forma en que me miraba, en la forma en que sus ojos se oscurecían cuando nuestras discusiones se acercaban demasiado a lo personal. Era como si, bajo todos los muros que había construido, hubiera un hombre capaz de pasión. Un hombre capaz de sentir más profundamente de lo que dejaba ver.

Quería descartar la idea. Decirme a mí misma que estaba siendo ridícula, que estaba proyectando mi deseo por el misterioso desconocido sobre Thorne porque no tenía otra explicación para lo que me hacía sentir. Sí, eso debía ser. No había otra razón lógica para que mi corazón latiera con más fuerza cuando estaba cerca de él, para que mi respiración se entrecortara cuando su mirada se detenía en la mía un poco más de lo necesario.

Pero el pensamiento seguía ahí, carcomiendo los bordes de mi mente como una pregunta sin respuesta: ¿Y si era él?

Dejé escapar un suspiro frustrado y me levanté, caminando de un lado a otro en el salón. Esto no me llevaba a ninguna parte. No podía pasar mis días atrapada en una fantasía sobre un hombre que tal vez ni siquiera existía. Thorne era real. Estaba aquí, frente a mí, exasperante y complicado y todo lo que no había esperado.

Y tal vez—solo tal vez—él era el hombre que había estado buscando todo este tiempo.

Pero la verdad era que no lo sabía. Y hasta que lo supiera, seguiría atormentada por el recuerdo de ese beso, dividida entre el hombre que había agitado mi alma en las sombras de un baile de máscaras y el duque que, contra todo pronóstico, había comenzado a agitar algo mucho más profundo.

El problema es que quizá no sea capaz de encontrar a ese misterioso hombre. Y no puedo besar a cada virgen elegible en Londres para averiguarlo.

Preguntas Sin Respuesta

Siempre me había enorgullecido de mi capacidad para compartimentar. Mantener separadas las cosas importantes de las que no lo eran. Era una habilidad que había perfeccionado a lo largo de los años, una herramienta de supervivencia necesaria en un mundo donde la emoción y el sentimentalismo solo llevaban a la ruina. Pero ahora, en la quietud de mi estudio, mirando sin ver la pila de correspondencia sin abrir, comenzaba a preguntarme si mi control cuidadosamente cultivado estaba empezando a desmoronarse.

Y la razón de ello era un beso robado.

Habían pasado semanas desde el baile de máscaras y, a pesar de todos mis esfuerzos por desterrar el recuerdo a los confines más lejanos de mi mente, seguía presente, como una sombra persistente. Era absurdo, realmente. Un momento fugaz, un acto impulsivo, nada más, y sin embargo, continuaba invadiendo mis pensamientos en los momentos más inoportunos. Mientras leía, mientras atendía los asuntos de mi patrimonio, incluso durante conversaciones que exigían toda mi atención. El beso, y la mujer que me lo había dado, se negaban a dejarme en paz.

Había intentado—lo había intentado—sacarla de mi mente. Por toda lógica, el recuerdo ya debería haberse desvanecido. Debería haberla olvidado por completo, haber dejado atrás aquella indulgencia imprudente de esa noche. Después de todo, ¿qué lugar tenía un momento de pasión en una vida construida sobre el deber y el control?

Pero no la había olvidado.

No importaba cuánto me esforzara en concentrarme en las responsabilidades que siempre me habían mantenido firme, el recuerdo de aquel beso seguía atormentándome. Aún podía sentir el calor de sus labios sobre los míos, la manera en que se había presionado contra mí con tanta audacia. Aún podía escuchar su respiración entrelazándose con la mía en la quietud de la noche.

Y no era solo el beso en sí lo que me había desestabilizado, era la sensación que había acompañado al momento. La certeza de que algo real había sucedido.

Algo peligroso. Me había descolocado de una manera para la que no estaba preparado, y el recuerdo de ese beso seguía perturbando el mundo ordenado y tranquilo que había tardado tanto en construir.

Pero no se trataba solo del beso.

Era ella.

La mujer que me había besado, audaz, atrevida, totalmente desprovista de miedo a las consecuencias, era un enigma que se negaba a abandonarme. Había tratado de apartarla de mi mente, de convencerme de que solo había sido un momento pasajero de pasión compartido entre dos extraños, pero la verdad era que no podía dejar de pensar en ella. En cómo se había sentido entre mis brazos, la suavidad de sus labios, la manera en que me había mirado entre sombras, como si hubiera visto algo en mí que ni yo mismo había percibido.

Y ahora, cuanto más tiempo pasaba con Señorita Eliza Marston, más inquieto me sentía.

No podía ser la mujer del baile de máscaras. No tenía sentido. Eliza era franca, sí—rebelde, incluso—pero también era demasiado perspicaz, demasiado aguda. La mujer que había besado era... diferente. Más esquiva. O al menos, eso me había dicho a mí mismo. Pero cuanto más tiempo pasaba con Eliza, más difícil se volvía mantener a las dos separadas en mi mente.

Había momentos—pequeños, fugaces—en los que algo en ella me recordaba a aquella noche. La manera en que inclinaba la cabeza cuando estaba inmersa en sus pensamientos, la curva de sus labios cuando sonreía, el destello de picardía en sus ojos cuando me desafiaba. Era desesperante. Y confuso.

Cuanto más intentaba convencerme de que eran dos mujeres diferentes, más me encontraba cuestionando esa suposición. ¿Podía realmente ser una coincidencia? ¿Podían dos mujeres tener el mismo fuego, la misma agudeza, la misma forma de mirarme como si pudieran ver más allá de mis defensas?

La idea era inquietante, por decir lo menos. Había construido mi vida sobre certezas, sobre control. Pero ahora, con cada día que pasaba, me sentía menos seguro de todo lo que antes daba por sentado.

¿Qué pasaría si la mujer a la que había besado en el jardín no fuera una desconocida en absoluto? ¿Qué pasaría si hubiera estado frente a mí todo este tiempo y yo no hubiera sido capaz de verlo?

No podía permitirme creer eso. Cambiaría todo. Significaría que los muros que había construido a mi alrededor, la distancia que tan cuidadosamente había mantenido entre el deber y el deseo, se estaban desmoronando. Y no estaba preparado para eso. No todavía.

Pero el pensamiento seguía ahí, mordisqueando los bordes de mi mente en los momentos de silencio, cuando estaba solo con mis pensamientos. Me encontraba observando a Eliza con más atención, buscando pistas que confirmaran—o desmintieran—mis sospechas. Pero cada vez que creía tener una respuesta, ella hacía algo que me hacía dudar de nuevo.

Era una danza delicada, exasperante. La tensión entre nosotros crecía, no dicha pero palpable, y no estaba seguro de cuánto tiempo más podría ignorarla.

Porque si Eliza era la mujer del baile de máscaras, si el beso que me había atormentado durante semanas había sido suyo, entonces todo lo que creía saber sobre ella—sobre nosotros—estaba a punto de cambiar. Y no estaba seguro de estar preparado para eso.

Pero cuanto más tiempo pasaba con ella, más me daba cuenta de que mi control se estaba resbalando. Por más que intentara mantener la distancia, me sentía atraído por ella. Por la forma en que me desafiaba, por su negativa a permitirme esconderme detrás de mi título, de mi deber. Ella veía a través de mí de una manera que nadie más lo había hecho, y eso me aterraba.

Pero también me fascinaba.

Ya no podía negarlo más—había algo que estaba ocurriendo entre nosotros. Algo que no podía comprender del todo ni controlar. Y el beso—el beso que me había atormentado desde el momento en que ocurrió—era el epicentro de todo.

Aún no estaba listo para enfrentar la verdad. Pero podía sentirla acercándose, como una tormenta que se acumula en el horizonte. Y cuando finalmente estallara, no estaba seguro de si sería capaz de soportarla.

Una Danza de Negación

No era la primera vez que me veía forzada a una situación incómoda con Thorne Ashcroft, pero sin duda sentía que era la más exasperante de todas.

El baile estaba en pleno apogeo: candelabros resplandecientes sobre nuestras cabezas, el murmullo constante de las conversaciones y un remolino de vestidos que giraban en la pista de baile. Normalmente, habría disfrutado de la oportunidad de mantenerme al margen, observando el espectáculo desde una distancia segura. Pero el destino, o más bien los familiares entrometidos, tenían otros planes.

Debí haberlo esperado. Después de todo, en el momento en que vi a Thorne de pie al otro lado del salón, con su postura rígida y tan característicamente imponente, supe que algo incómodo estaba por suceder. Las últimas semanas las habíamos pasado orbitando el uno alrededor del otro como dos estrellas en curso de colisión: atraídos, pero manteniendo siempre cierta distancia.

Así que cuando Señora Montague se acercó con esa sonrisa delgada y encantada para informarme que Duque Ashcroft había solicitado este baile, casi me atraganto con mi copa de champán.

“¿Él qué hizo?” solté, aunque rápidamente lo lamenté. Lo último que necesitaba era parecer alterada. No por él.

La sonrisa de Señora Montague se ensanchó aún más, claramente complacida con su papel de orquestadora. “Te está esperando, querida.”

Miré al otro lado de la sala, y allí estaba Thorne, con su expresión cuidadosamente neutral, pero en sus ojos vislumbré algo—determinación, quizá. O resignación. No podía estar segura, y tampoco estaba segura de querer saberlo.

Mi corazón dio un pequeño vuelco. Un baile. Con él. Enderecé la barbilla mientras cruzaba la sala con gracia deliberada. Lo último que quería era darle la satisfacción de saber lo inquieta que estaba ante la perspectiva de estar tan cerca de él—de tocarlo.

Pero en el momento en que su mano se deslizó sobre la mía, esa chispa que había estado luchando por reprimir se encendió de nuevo.

Odiaba lo consciente que era de su presencia. De cómo su mera proximidad parecía cambiar el aire a nuestro alrededor. No dijo una palabra mientras me conducía a la pista de baile, y yo, tan terca como siempre, lo seguí sin protestar. Pero había tensión allí—una corriente subterránea que ninguno de los dos se atrevía a reconocer.

Cuando la música comenzó, empezamos a movernos, cayendo en el ritmo del vals. Esperaba que el baile fuera torpe, descoordinado incluso. Después de todo, nuestra relación había sido una larga lucha de voluntades. Pero mientras deslizábamos por la pista, me sorprendió lo... natural que se sentía.

Thorne me sujetaba con un toque firme pero suave, guiándome con precisión. Su mano en mi cintura me provocó un estremecimiento inesperado, uno que intenté suprimir de inmediato. Pero era difícil, casi imposible, con la forma en que sus ojos seguían encontrando los míos. Esperaba frialdad y desapego, pero lo que encontré allí fue algo más cálido, algo que me inquietaba más que su habitual reserva.

No estábamos hablando. No estábamos discutiendo. Simplemente... bailábamos.

Y era perturbador, este silencio entre nosotros. No porque estuviera vacío, sino porque estaba lleno—lleno de todas las cosas que no habíamos dicho, de las cosas que nos habíamos negado a admitir. La tensión entre nosotros, las preguntas sin respuesta, los bordes afilados de nuestras interacciones que, de alguna manera, en este momento se habían suavizado.

Mientras la música crecía, me encontré relajándome, mi cuerpoacompañándose al suyo. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, pero no podía decir si era por el baile o por el hecho de que Thorne Ashcroft, de entre todas las personas, me sostenía de esta manera—como si no fuera solo un reto que debía superar, sino algo más.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y esta vez, ninguno de los dos apartó la mirada. Por un latido, sentí como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido: el salón de baile, los demás invitados, la música. Solo estábamos él y yo, moviéndonos en perfecta armonía.

No quería reconocerlo. No quería admitir, ni siquiera ante mí misma, que algo había cambiado. Pero en ese momento, mientras su mirada sostenía la mía, los muros que había construido tan cuidadosamente comenzaron a agrietarse.

Y por la manera en que su mano se tensó apenas en mi cintura, supe que él también lo sentía.

Había algo en sus ojos—algo que no había visto antes. Una vulnerabilidad, quizás, o tal vez algo más peligroso. Fuera lo que fuera, me aterrorizaba. Porque Thorne no se suponía que me hiciera sentir así. No se suponía que significara nada para mí más allá de la frustración y los enfrentamientos intelectuales que habían definido nuestras interacciones.

Pero allí estábamos, bailando en silencio, y todas esas líneas que había trazado entre nosotros comenzaban a desdibujarse.

Tragué saliva, intentando volver al presente. Esto no era más que un baile. Nada más. No permitiría que fuera algo más.

Pero mientras seguíamos moviéndonos juntos, nuestros cuerpos tan cerca que podía sentir el constante subir y bajar de su respiración, supe que eso no era verdad. Esto no era solo un baile. Era algo más—algo que ninguno de los dos había esperado.

La canción terminó demasiado rápido, las notas finales resonando en la sala. Pero ninguno de los dos se movió de inmediato. Nos quedamos allí, congelados en el lugar durante un latido más de lo debido, como si ninguno de los dos quisiera romper el hechizo. Su mano se quedó en mi cintura, y por un breve, vertiginoso momento, pensé que podría decir algo. Algo que reconociera lo que acababa de pasar entre nosotros.

Pero no lo hizo.

Y yo tampoco.

En lugar de eso, nos separamos, y la tensión regresó como una banda elástica que volvía a su lugar. Thorne hizo una pequeña inclinación de cabeza, su máscara de compostura volviendo a su rostro como si el momento no hubiera sucedido en absoluto.

“Señorita Eliza,” dijo, su voz cuidadosamente neutral.

“El Duque Ashcroft,” respondí, con el mismo tono resguardado.

Y así, terminó. La conexión, la calidez—se esfumaron, reemplazadas por la distancia familiar que siempre había existido entre nosotros. Pero incluso cuando me alejé, con el pulso aún acelerado, no pude sacudirme la sensación de que algo había cambiado. Que los muros que ambos habíamos construido a nuestro alrededor habían caído, aunque solo fuera por un momento.

No lo miré de nuevo, aunque podía sentir su mirada sobre mí mientras me dirigía al otro lado del salón. Me dije que solo había sido un baile, nada más. Que lo que había pasado entre nosotros era efímero, una ilusión creada por el ritmo de la música y el calor del momento.

Pero la verdad era que sabía mejor.

Porque, incluso mientras la noche avanzaba, incluso cuando volví al parloteo incesante de los otros invitados, el recuerdo de su mano en mi cintura, la manera en que sus ojos habían atrapado los míos, permaneció. Se quedó conmigo, como un secreto que no estaba lista para compartir.

Y supe, en el fondo, que el baile había cambiado algo. Que habíamos cruzado una línea que ninguno de los dos podía fingir que no había estado allí.

Pero lo que eso significaba, aún no estaba lista para admitirlo. No todavía.

Bajo la Máscara

El gran salón de baile estaba lleno de vida, con el suave susurro de las faldas de seda y el murmullo bajo de las voces. Las damas flotaban de un grupo a otro, intercambiando cotilleos bajo la fachada de hablar sobre los últimos vestidos y de quiénes habían cultivado las rosas más hermosas. Yo permanecía inmóvil, asintiendo educadamente mientras Señorita Beaumont divagaba sobre sus preciados tulipanes, aunque mi mente hacía mucho que había dejado su jardín.

Al otro lado del abarrotado salón, mi mirada se posó en Thorne Ashcroft, el Duque de Ashmore. Se erguía alto e impasible, como una estatua de mármol en medio de la multitud de invitados animados. Su compostura era impecable, su expresión distante, como si fuera inmune a la energía bulliciosa que lo rodeaba. Y sin embargo, cada vez que lo veía, algo en esa presencia estoica me inquietaba, especialmente después de los encuentros extraños y fugaces que habíamos tenido.

Una voz profunda y desconocida me sacó de mis pensamientos de repente.

—¿Eliza Marston, verdad?

Parpadeé y me volví para encontrarme con Conde Julian Fairfax, el Conde de Essex y el amigo más cercano de Thorne, frente a mí. Su oscuro cabello estaba cuidadosamente despeinado, y sus ojos, agudos y divertidos, parecían captar más de lo que dejaban entrever.

—El Conde Essex —lo saludé educadamente, aunque inmediatamente me puse en guardia. Rara vez había intercambiado más que unas cuantas cortesías con el conde, conocido por su encanto y su actitud relajada—cualidades de las que Thorne carecía terriblemente.

—¿A qué debo el placer? —añadí, sonriendo con curiosidad educada.

Él esbozó una leve sonrisa, pero había algo en su mirada que sugería que no había venido solo para charlar. —Los he estado observando a los dos —dijo, asintiendo sutilmente en dirección a Thorne.

Mi corazón dio un vuelco. No necesitaba mirar para saber exactamente dónde estaba Thorne. Pero la idea de que alguien nos hubiera estado observando—a mí, especialmente—me puso inmediatamente en alerta. —

¿Observándonos? —repetí, con un tono más frío.

Julian rió suavemente, negando con la cabeza. —No de la manera en que piensas. No te preocupes, no estoy aquí para entregarte algún mensaje severo de Thorne. No tiene ni idea de que estoy hablando contigo.

Entrecerré los ojos. —Entonces, ¿por qué estás aquí?

Él echó un vistazo alrededor del salón, donde las lámparas de araña arrojaban luz dorada sobre los suelos pulidos, antes de inclinarse un poco hacia mí. Su voz bajó lo suficiente como para que nuestra conversación permaneciera privada. —Porque pensé que te vendría bien escuchar a alguien que realmente lo conoce. Que ha visto los lados de Thorne que los demás no ven.

Fruncí el ceño, curiosa a pesar de mí misma. —¿Conocerlo en qué sentido?

La sonrisa de Julian se suavizó, y por un momento, vi algo detrás de su encantadora fachada—una sinceridad genuina que me sorprendió. —Estás frustrada con él, ¿verdad? Thorne puede ser... difícil. Pero lo conozco desde hace años. No es el hombre que la mayoría de la gente cree que es.

Abrí la boca, lista para defenderme—o posiblemente refutar toda la premisa —, pero Julian siguió hablando.

—Todos lo ven como el frío y distante Duque de Ashmore —continuó—. Pero eso es solo una parte de quién es. Es solo la superficie.

Crucé los brazos, sintiendo una mezcla de curiosidad y frustración crecer en mi interior. —¿Y qué hay bajo la superficie? Porque desde donde yo estoy, parece que su deber es lo único que le importa.

Julian asintió levemente, reconociendo mis palabras. —Es cierto que está impulsado por el deber. Su padre se encargó de eso. Pero Thorne es... más complicado de lo que deja ver. Es leal hasta la médula, y aunque no lo demuestre a menudo, tiene una aguda inteligencia y un sentido del bien y del mal más fuerte que nadie que haya conocido.

—¿Lealtad? —Parpadeé, sorprendida. No me lo esperaba. Thorne siempre me había dado la impresión de ser alguien que valoraba el control por encima de todo, ciertamente no un hombre gobernado por sus emociones.

Julian soltó una suave carcajada. —No deja que muchos vean eso. La mayoría de las mujeres que intentan acercarse a él fallan porque tratan de encajar en lo que creen que él quiere. Tú no haces eso. Lo desafías, y por eso no puede dejar de pensar en ti.

Una extraña calidez brotó en mi pecho, aunque no estaba completamente segura de que me gustara. —No estoy intentando ganármelo —murmuré a la defensiva, aunque, incluso mientras lo decía, no estaba del todo convencida.

Julian se encogió de hombros, con una sonrisa que se ensanchaba. —Quizá no. Pero definitivamente te has metido bajo su piel.

Lo miré, sin saber cómo responder a eso. La idea de que Thorne—quien era tan rígido y controlado como cualquier persona que hubiera conocido—pudiera verse afectado por mí era inquietante. Pero al mismo tiempo, una chispa de satisfacción surgió dentro de mí. Lo había empujado, lo había cuestionado, y ahora empezaba a ver que tal vez había dejado una huella.

La expresión de Julian cambió entonces, volviéndose más seria. Echó un vistazo breve a Thorne, que aún estaba al otro lado del salón, antes de mirarme de nuevo, su voz más baja. —Hay algo que deberías saber. Algo sobre por qué es como es.

Fruncí el ceño, inclinando la cabeza ligeramente. —¿A qué te refieres?

Él vaciló por un momento, como si estuviera sopesando cuánto revelar. —Hubo alguien, hace mucho tiempo —dijo con tono cuidadoso—. Una situación que no terminó bien. Eso... lo cambió.

El aire entre nosotros pareció cambiar, las palabras colgando pesadamente en el silencio que siguió. Sentí cómo la tensión en mi pecho se apretaba, pero no me atreví a interrumpirlo.

—Thorne no siempre fue así —continuó Julian, su mirada firme—. Hubo un tiempo en el que se permitía sentir, preocuparse profundamente por alguien. Pero las cosas no salieron como esperaba. Fue una lección dura.

Tragué saliva, el peso de las palabras de Julian presionando sobre mí. Aunque no lo había dicho explícitamente, podía juntar las piezas para saber que esto no era simplemente un desamor común. Fuera lo que fuese lo que había pasado, había dejado una herida profunda.

Pude percibir la reticencia de Julian a decir más, como si los detalles fueran algo que Thorne revelaría por sí mismo cuando—o si—estaba listo.

—No te digo esto para excusar su comportamiento —dijo Julian suavemente, rompiendo el pesado silencio—. Pero debes saber que lo que ves —la distancia, el frío—no es quien realmente es. Es solo su manera de protegerse.

Asentí lentamente, procesando el peso de lo que había compartido. Las palabras de Julian me habían ofrecido un atisbo detrás de la máscara de Thorne, pero me dejaban con más preguntas que respuestas. Había pasado tanto tiempo resentida con él por su distancia emocional, sin considerar que tal vez fuera un mecanismo de defensa. Algo para protegerse del dolor que ya había soportado.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunté, mi voz más baja ahora, sin estar segura de cómo interpretar la extraña conversación que estábamos teniendo.

La mirada de Julian se suavizó. —Porque creo que podrías ser la única persona capaz de llegar hasta él. Lo desafías, Eliza. Y si alguien puede ayudarlo a ver que no todos lo lastimarán, eres tú.

Lo miré, con la mente a mil por hora. La idea de que yo—de entre todas las personas—podría ser la que llegara a Thorne me resultaba desconcertante. Y, sin embargo, algo en el tono de Julian, en la forma en que hablaba de su amigo, me hizo detenerme. Me hizo preguntarme si quizás había juzgado mal al duque después de todo.

—No sé si soy la persona adecuada para eso —dije en voz baja, aunque las palabras sonaron vacías incluso para mí.

Julian me dedicó una sonrisa conocedora. —Ya estás a mitad de camino, te des cuenta o no.

Con eso, me hizo un gesto de despedida y se dio la vuelta para marcharse, sus palabras finales flotando en el aire como un desafío para el que no estaba preparada.

Me quedé allí, con el corazón acelerado, la mente girando con todo lo que Julian había revelado. No pude evitar echar un vistazo al otro lado del salón hacia Thorne, que seguía de pie entre los caballeros, con su expresión tan inescrutable como siempre. Pero ahora, lo veía de manera diferente. Había más bajo la superficie, más que la máscara que llevaba ante la sociedad.

Y me quedaba preguntándome qué tan profundas eran esas capas.

Ecós del Mascarado

Siempre me había enorgullecido de mi capacidad para leer una habitación, para deslizarme entre conversaciones y obtener información sin que nadie lo notara. Años de navegar en la sociedad londinense habían agudizado mis sentidos, haciéndome sensible a los matices sutiles del interminable desfile de chismes y secretos del *ton*. Pero esta noche... esta noche era diferente.

El gran baile estaba en pleno apogeo, pero el ruido, las luces, el constante torbellino de vestidos y charlas, todo me parecía sofocante. Necesitaba aire, algo más que el calor agobiante del salón de baile, así que me deslicé hacia afuera. Salí a la terraza, donde la noche era fresca y las estrellas brillaban tenuemente sobre los jardines.

Me apoyé en la barandilla de piedra, dejando que la brisa fresca me envolviera, y cerré los ojos por un momento. Las risas y la música del interior se desvanecieron en el fondo, reemplazadas por el suave susurro de las hojas en el jardín. Por un breve momento, casi podía olvidar el caos de la sociedad londinense. Casi.

Pero allí, en la quietud de la noche, mi mente volvió al recuerdo que había estado llevando conmigo durante semanas. El baile de máscaras. El hombre. Aquel beso. Luego, la impactante información de Julian Fairfax.

Había pasado tantas noches en vela, reviviendo ese momento una y otra vez en mi cabeza, tratando de descifrar la identidad del hombre al que había besado en las sombras del jardín. Su rostro había estado oculto tras una máscara, su voz baja e indistinta, su actitud misteriosa. Pero la forma en que me había besado, con tanta pasión y urgencia, me había perseguido desde entonces. Por más que lo intentara, no podía olvidarlo.

Era una locura, por supuesto, pensar que podría encontrarlo de nuevo. Londres estaba lleno de hombres enmascarados en los bailes y las fiestas, y hacía tiempo que me había convencido de que no había sido más que un encuentro fugaz. Un momento de pasión que nunca se repetiría.

Pero entonces, lo escuché.

El sonido más leve de pasos detrás de mí, suaves pero inconfundibles. Me giré, con la respiración contenida en la garganta, y por un momento, sentí que

estaba de vuelta en el baile de máscaras, de pie en las sombras del jardín, esperando que apareciera un extraño.

Solo que esta vez, no era un extraño.

Era Thorne.

Estaba justo al borde de la terraza, medio envuelto en sombras, su alta figura iluminada por la luz de la luna. Su postura, rígida y controlada, como siempre, era inconfundible. Por un segundo, simplemente lo observé, mi mente luchando por entender lo que estaba viendo.

Y entonces, como un golpe de aire frío, el recuerdo de aquella noche en el baile de máscaras volvió a mí de golpe.

La oscuridad del jardín, la forma en que había estado tan cerca, el aroma del aire nocturno mezclado con algo cálido y familiar. La manera en que su mano había descansado en la parte baja de mi espalda, acercándome hasta que nuestros labios se encontraron en un beso que fue tanto tierno como urgente, lleno de una pasión que no sabía que era capaz de sentir.

Y ahora, aquí estaba él de nuevo, de pie como aquella noche, con la misma intensidad silenciosa en su mirada. La misma presencia. El mismo hombre.

Mi respiración se detuvo. Thorne.

Había sido él todo el tiempo.

Sentí que el mundo se inclinaba ligeramente, mis manos apretando la barandilla de piedra mientras la realización me golpeaba con fuerza. Thorne Ashcroft, el frío y distante Duque con el que había pasado meses enfrentándome, era el hombre que había besado en el baile de máscaras. El hombre cuyo beso me había atormentado desde entonces.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

La respuesta, curiosamente, era sencilla. No me había permitido verlo. Estaba tan decidida a mantener a Thorne en una caja, a creer que era incapaz del tipo de pasión que había sentido esa noche, que ni siquiera había considerado la posibilidad de que él pudiera ser el hombre que estaba buscando.

Nuestro cortejo había sido formal, distante. Habíamos pasado tiempo juntos, sí, pero siempre en presencia de otros, siempre con el peso de las expectativas sociales sobre nosotros. Nunca había estado lo suficientemente cerca de él como para notar los detalles que habrían hecho la conexión evidente. No me había permitido notar la forma en que se movía, la sutil confianza en sus gestos. No quería creer que el hombre que encontraba tan exasperante pudiera también ser el que había hecho que mi corazón latiera con tanta fuerza con solo un beso.

Y luego estaba el propio baile de máscaras, la atmósfera desorientadora, las máscaras, el sentido de anonimato. Esa noche, todos habían sido alguien más. Thorne había bajado la guardia, se había permitido ser más libre, más abierto de lo que lo había visto nunca. Me había besado sin dudarlo, sin las murallas que usualmente mantenía tan firmemente en su lugar.

Pero ahora, en este momento tranquilo en la terraza, podía verlo. Podía

verlo a él.

Mi mente giraba con la confusión de esta nueva realidad. Thorne. El mismo hombre con el que había discutido, con el que había luchado en un interminable tira y afloja, era también el hombre que había encendido algo en mí aquella noche en el jardín. No era el hombre frío y distante que había creído conocer. Era alguien más. Alguien más profundo, más complicado.

Mientras nos mirábamos, el aire entre nosotros parecía vibrar con una intensidad nueva, cargada de todas las cosas que no habíamos dicho. La pregunta que me había perseguido durante semanas finalmente tenía respuesta. Thorne había sido el hombre enmascarado, y ahora, sabía la verdad.

Pero esa verdad lo cambiaba todo.

No era solo el beso lo que me había atormentado. Era la posibilidad de que detrás de la máscara, había algo más. Algo que tal vez ni siquiera él estaba dispuesto a admitir.

Nos quedamos allí, en silencio, con el eco de aquel beso flotando entre nosotros.

La realización cayó sobre mí como un peso insoportable. Todo este tiempo, había estado buscando a alguien más, un desconocido misterioso que en realidad no existía. Pero la verdad, esa verdad que ahora me miraba de frente, era que lo había conocido desde siempre. Simplemente, no había querido admitirlo.

Porque admitirlo significaba enfrentar un hecho para el que no estaba preparada: el hombre al que había deseado, el hombre cuyo beso me había consumido, estaba justo frente a mí. Y no era un extraño. Era Thorne.

Thorne, quien me había frustrado en cada oportunidad. Thorne, quien me había mantenido a distancia, escondido tras el deber y el control. Thorne, quien me había besado con una pasión ardiente aquella noche y luego había regresado a su actitud habitual la mañana siguiente, como si nada hubiera sucedido.

Tragué saliva, con el pulso acelerado, mientras le echaba otra mirada de reojo. Él me observaba ahora, su expresión impenetrable, pero había algo en sus ojos... algo que nunca antes había visto. ¿Una chispa de vulnerabilidad, quizás? O tal vez algo más. Algo más profundo.

Mi corazón latía con fuerza mientras respiraba hondo, sintiendo el peso de la revelación asentarse sobre mí. ¿Cómo había sido tan ciega? ¿Cómo no lo había visto antes?

Porque no había querido verlo. Estaba demasiado envuelta en mis suposiciones, demasiado enfocada en ver a Thorne como el hombre que la sociedad esperaba que fuera: rígido, controlado, distante. Nunca me permití verlo como algo más. Pero ahora, no había forma de escapar de la verdad.

Thorne era el hombre que había besado aquella noche.

No había forma de negarlo.

Volví a mirarlo. Parecía tan compuesto, tan en control, como siempre. Pero ahora, yo sabía más. Sabía que detrás de esa máscara cuidadosamente

construida había un hombre capaz de pasión, de deseo. Un hombre que me había besado con una intensidad que nunca había experimentado antes.

Y eso me aterraba.

Porque ahora tenía que enfrentar una verdad que no estaba lista para confrontar: el hombre que había anhelado, el hombre cuyo beso me había perseguido, estaba justo delante de mí. Y no era el desconocido que había idealizado en mi mente. Era Thorne.

El pensamiento hizo que mi estómago se retorciera de incertidumbre. ¿Cómo podría reconciliar ambas imágenes? ¿Cómo podría alinear la imagen de Thorne, el Duque de Ashmore—tan controlado, tan distante—con el hombre que me había besado aquella noche? El hombre que, en un solo instante, me había hecho sentir más viva de lo que me había sentido en años.

Respiré profundamente de nuevo, con las manos temblando levemente. Necesitaba calmarme. Necesitaba pensar, procesar esto sin dejar que la vorágine de emociones nublara mi juicio.

Pero, ¿cómo hacerlo?

¿Qué significaba esto?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada e irresuelta. Porque la verdad era que no sabía qué significaba. No sabía qué hacer con esta revelación, con el conocimiento de que Thorne y el hombre que había besado eran la misma persona. ¿Debía confrontarlo? ¿Ignorarlo, fingir que nada había cambiado?

¿O debía admitir, aunque solo fuera para mí misma, que todo había cambiado?

Tragué saliva de nuevo, con el corazón aún acelerado. No podía lidiar con esto en ese momento. El peso del descubrimiento era demasiado, demasiado abrumador. Necesitaba tiempo para pensar, para entender lo que esto significaba para nosotros—si es que significaba algo.

Pero algo estaba claro: nunca podría volver a ver a Thorne de la misma manera. No ahora, no después de esto.

Y mientras me alejaba de la terraza, con mis pensamientos arremolinándose dentro de mí como una tormenta, supe que este momento—este descubrimiento—me perseguiría tanto como lo había hecho aquel beso.

Porque ahora, no solo estaba atormentada por el recuerdo del baile de máscaras.

Estaba atormentada por él.

Una Lenta Toma de Conciencia

Siempre había estado orgulloso de mi capacidad para mantener el control. De mi habilidad para mantener las emociones a raya, para apoyarme en la lógica y la razón en un mundo que a menudo exigía lo contrario. Pero últimamente, ese control había comenzado a desmoronarse. A deshacerse, de hecho, en presencia de una mujer.

Eliza Marston.

Era un enigma que no esperaba que se quedara tanto tiempo en mis pensamientos, y sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con ella, más difícil se me hacía mantener cualquier semblanza de compostura. Había algo en ella que me molestaba—su ingenio, su desafío, su negativa a desempeñar el papel que la sociedad esperaba de ella. Y luego estaba esa sonrisa, afilada y desafiante, que parecía desmoronar mis defensas, ladrillo a ladrillo.

Pero eso no era lo que realmente me perturbaba. No, la verdadera inquietud venía de algo más profundo. Algo más... familiar.

Empezó de manera inocente—pequeños detalles que captaban mi atención al pasar. La forma en que Eliza inclinaba la cabeza cuando estaba inmersa en sus pensamientos, el sonido de su risa cuando se permitía relajarse por un momento, la intensidad en sus ojos cuando discutía conmigo, negándose a retroceder sin importar cuánto insistiera. Al principio, desestimé esos detalles, convencíéndome de que solo eran rasgos únicos de ella, nada más.

Pero entonces, los recuerdos comenzaron a surgir.

El baile de máscaras.

El beso.

Esa noche se había grabado en mi memoria—el aroma a flores silvestres en su piel, el calor de su aliento contra el mío, la forma en que me besó con una pasión tan desenfadada que me había dejado tambaleando. Había pasado semanas intentando olvidar ese momento, apartarlo como una indulgencia pasajera. Pero por más que lo intentara, el recuerdo persistía, atormentándome en momentos tranquilos cuando menos lo esperaba.

Y ahora, mientras pasaba más tiempo con Eliza, no podía evitar notar las similitudes. La forma en que se movía, el fuego en sus ojos... y luego, su risa.

Era la misma risa que había escuchado aquella noche, ligeramente amortiguada por la máscara, pero inconfundible.

La realización llegó lentamente, acercándose a mí como una sombra que no había visto venir. Al principio, me resistí. La idea de que Eliza—la mujer que llevaba semanas desafiándome en cada oportunidad—pudiera ser la misma mujer que me había besado con un abandono tan ardiente parecía absurda. Me había convencido a mí mismo de que eran dos personas completamente distintas. La Eliza que conocía era demasiado testaruda, demasiado... obstinada como para haber sido quien se escabulló a un jardín para besarme de esa manera.

Pero cuanto más lo pensaba, más las piezas comenzaban a encajar.

Y con esas piezas surgió otra pregunta—una que no había querido enfrentar: ¿Lo había sabido todo el tiempo?

¿Había estado mi atracción por Eliza, esa inexplicable fuerza que sentía hacia ella, enraizada en algo más profundo? ¿Había sabido mi subconsciente desde el principio que ella era la mujer a la que besé esa noche, la que me había hecho sentir más vivo en un solo momento que en años? Siempre hubo algo en ella que me atraía, una fuerza que no podía explicar, incluso cuando intentaba desestimarla como mera frustración o fascinación pasajera. Pero ahora tenía sentido.

Había estado buscándola a ella, la mujer del baile de máscaras, y todo el tiempo, había estado frente a mí. El fuego que sentí esa noche—la audacia, la pasión—estaba presente en Eliza. Mi mente había estado ciega a ello, pero mi corazón, mis instintos, siempre lo habían sabido.

Había sido cegado por mis propias expectativas. En el baile de máscaras, ella había sido diferente—más libre, más espontánea, oculta detrás de una máscara de misterio que le permitía actuar fuera de las restricciones de la sociedad. Yo también había sido diferente esa noche. No la había mirado con el mismo escrutinio frío que solía reservar para nuestras conversaciones. No había intentado encajarla en la caja que la sociedad había etiquetado para ella—o en la caja en la que yo había decidido que pertenecía.

No, esa noche había sido diferente. El anonimato del baile de máscaras me había permitido olvidar las rígidas barreras entre nosotros. Me había permitido besarla con la clase de abandono temerario que nunca habría permitido en otras circunstancias.

Y ahora, en los momentos tranquilos que pasaba con ella, podía verla claramente. El aroma de su perfume aquella noche era el mismo que captaba ocasionalmente cuando Eliza pasaba a mi lado, una sutil mezcla de flores silvestres y algo indescriptible. Su risa—rica, llena de vida—había resonado en mi mente durante semanas, y ahora podía escucharla de nuevo, tan clara como el día, cada vez que se reía de algún comentario ingenioso o me desafiaba con uno de sus mordaces comentarios.

Y sus ojos. Los ojos que se habían fijado en los míos durante ese beso, oscuros de pasión, eran los mismos que ahora encontraba mirándome más a

menudo de lo que me atrevía a admitir.

Ya no podía negarlo.

Eliza Marston era la mujer que besé esa noche.

La realización me golpeó como un rayo, dejándome sin aliento de una manera que no esperaba. ¿Cómo había podido no darme cuenta? ¿Cómo no lo había visto antes?

Porque no había querido. Había pasado tanto tiempo convenciéndome de que Eliza no era adecuada para mí—demasiado rebelde, demasiado franca—que ni siquiera me había permitido considerar la posibilidad de que ella fuera la mujer que había estado buscando. La mujer que no había podido olvidar.

También me había mantenido a distancia de ella durante nuestro cortejo. No me había permitido acercarme demasiado, observarla de las maneras calladas e íntimas que había tenido aquella noche en el jardín. No me había permitido verla, no realmente.

Pero ahora, tenía sentido. La forma en que había ocupado mis pensamientos, la forma en que me encontraba atraído hacia ella a pesar de todos mis instintos diciéndome que mantuviera mi distancia. No era solo porque me desafiaba intelectualmente, aunque lo hacía de manera constante y exasperante. Era porque, en algún nivel, siempre lo había sabido. Sabía que ella era la mujer que no había podido olvidar, la que había despertado algo en mí que no había sentido en años.

¿Había estado atraído por Eliza no a pesar de quién era, sino porque era la misma mujer que me había besado sin preámbulos ni titubeos aquella noche? Porque se había atrevido a acercarse a mí sin artificios, sin pretensiones, sin expectativas—solo pura pasión.

Mi corazón se aceleró mientras la verdad se asentaba en mí. Había estado buscándola a ella—a ella—todo este tiempo, y ni siquiera me había dado cuenta. Mi subconsciente lo había sabido, había estado empujándome hacia ella desde el momento en que nos reencontramos, incluso cuando yo me resistía.

Pero ahora que lo sabía, no estaba seguro de qué hacer con ese conocimiento.

Me quedé de pie junto a la ventana de mi estudio, mirando los terrenos de mi propiedad, mi mente dando vueltas con confusión y... algo más. Algo más profundo, más inquietante. ¿Cómo se suponía que debía proceder? ¿Cómo se suponía que debía enfrentar el hecho de que la mujer que había considerado inadecuada para mí—demasiado rebelde, demasiado franca—era la misma mujer que me había hecho sentir más vivo en un solo instante de lo que me había sentido en años?

Exhalé lentamente, cerrando los ojos mientras otro recuerdo surgía—uno más reciente, uno que había solidificado la verdad en mi mente.

La noche en la terraza.

Eliza había salido al aire libre, escapando del bullicio del salón de baile y la algarabía. Yo la había seguido, sin estar del todo seguro de por qué, aunque me había dicho a mí mismo que solo era una oportunidad para hablar con ella lejos

de miradas indiscretas. Pero en el momento en que la vi allí, apoyada en la barandilla de piedra mientras la luz de la luna iluminaba su perfil, sentí que algo cambiaba.

Había algo en la forma en que estaba allí, en la manera en que sus hombros se relajaban al sentir el aire fresco, que me llevó de nuevo al recuerdo del baile de máscaras. Era casi como aquella noche de nuevo—la intimidad tranquila de estar alejados del caos de la sociedad, la sensación de aislamiento. Había sentido una extraña atracción entonces, igual que en el baile.

Pero lo que realmente me impactó fue la forma en que me miró.

Por un breve momento, vi el destello de reconocimiento en sus ojos. Me había mirado como si me viera por primera vez—realmente me viera. Era una mirada que reflejaba mi propia realización. Era como si, en ese instante, ambos lo supiéramos.

Habíamos compartido algo más que palabras acaloradas y debates obstinados. Habíamos compartido ese beso.

Y, sin embargo, ninguno de los dos había hablado de ello.

El recuerdo de ese momento en la terraza aún persistía en mi mente. La forma en que su respiración se había entrecortado al darse cuenta de que yo estaba cerca, la manera en que había desviado la mirada después de eso, como si no supiera qué hacer con la verdad que colgaba entre nosotros. Y ahora, estaba seguro.

Eliza era la mujer que había besado aquella noche.

El recuerdo del baile de máscaras, del beso, del aroma a flores silvestres—todo había vuelto a mí en el momento en que la vi allí, de pie en la terraza. Y en ese momento de quietud, me di cuenta de la verdad.

Ella también lo sabía.

Pero ahora, de pie en mi estudio, no estaba seguro de qué hacer con ese conocimiento.

No era solo que me hubiera equivocado sobre ella. Era que ella había desmantelado todo lo que pensaba que sabía sobre mí mismo. Sobre lo que quería. Sobre lo que necesitaba.

Había pasado tanto tiempo convenciéndome de que necesitaba orden, control y estructura. Que la pasión era peligrosa, impredecible y que lo mejor era mantenerla a distancia. Pero Eliza me había demostrado que la pasión no era algo que temer. Era algo que abrazar. Algo con el poder de derribar los muros que había construido tan cuidadosamente a mi alrededor.

Y, sin embargo... dudaba.

Porque con la pasión venía la vulnerabilidad. Y la vulnerabilidad era algo que nunca me había permitido experimentar. Me habían enseñado que las emociones, cuando se dejaban sin control, solo podían llevar a la ruina. Había visto a mi padre perderse en el dolor tras la muerte de mi madre, y había jurado no dejarme caer víctima de esa debilidad.

Pero Eliza... ella estaba haciendo que cuestionara todo.

Me alejé de la ventana, caminando de un lado a otro en la habitación

mientras intentaba dar sentido al torbellino dentro de mí. Quería enfrentarla, preguntarle si lo sabía—si lo recordaba. Pero, ¿cómo podría? ¿Cómo podría siquiera comenzar esa conversación cuando no estaba seguro de qué quería que surgiera de ella? ¿Y si lo negaba? ¿Y si no sentía el mismo tirón que yo?

Negué con la cabeza, frustrado por mi propia indecisión. Esto no era propio de mí. No era el tipo de hombre que se quedaba paralizado por la duda o la incertidumbre. Pero esto—esto era diferente. Eliza era diferente.

Ella no era solo una mujer que me desafiaba. Ella era la mujer que había estado buscando, aunque no lo supiera.

Y ahora que la había encontrado, no estaba seguro de tener el valor para enfrentar lo que eso significaba.

Pero había algo de lo que estaba seguro: no podía volver a ser como antes. Los muros que había construido, la distancia que había mantenido—estaban derrumbándose, y no había forma de detenerlo. La mujer que había besado, la mujer que había despertado algo profundo en mí, estaba justo delante de mí. Y la realización me había dejado tambaleando.

No sabía qué sucedería después. No sabía cómo proceder.

Pero lo que sí sabía, con una claridad inquietante, era que Eliza Marston ya no era solo un desafío a superar.

Era la mujer que había estado buscando todo este tiempo.

Un Tropiezo con la Verdad

¿Cómo había acabado aquí?

Me preguntaba mientras me quedaba de pie junto al estanque, con Thorne a mi lado, el aire pesado con una tensión que ninguno de los dos se atrevía a romper. Todo había empezado con una sugerencia inofensiva: salir a tomar aire fresco, alejarnos por un momento de las interminables reuniones sociales a las que ambos habíamos sido obligados a asistir. Pero ahora, mientras permanecíamos en silencio junto al agua, todo lo no dicho pesaba sobre nosotros como una tormenta a punto de desatarse.

El día era tranquilo, el aire cálido, pero dentro de mí todo era un remolino de confusión. Desde que escuché esa conversación en el baile, desde que me di cuenta de que él era el hombre al que había besado en el baile de máscaras, no había sido capaz de mirarlo de la misma manera. La revelación me había sacudido hasta los cimientos. ¿Cómo podía ser que el frío y distante duque—ese hombre que parecía mantener a todo el mundo a una prudente distancia—fuera el mismo que me había besado con tanta intensidad aquella noche? Y lo más inquietante, ¿cómo podía sentir esta... atracción hacia él ahora que sabía la verdad?

Era una locura.

Y, sin embargo, aquí estábamos, en silencio incómodo, parados demasiado cerca el uno del otro junto al borde del estanque.

Thorne tenía los ojos fijos en el agua, la mandíbula apretada, como si estuviera luchando con algo tan pesado como los pensamientos que se arremolinaban en mi mente. Quería decir algo, cualquier cosa para romper el silencio, pero cada vez que abría la boca, las palabras se desvanecían en la nada. Había demasiado entre nosotros—demasiada historia, demasiado sin decir, demasiado.

El silencio continuó, y justo cuando pensé que no podía ser más insoportable, di un paso adelante. Mi pie resbaló en la hierba húmeda y, antes de que pudiera reaccionar, me tambaleé, extendiendo la mano instintivamente para agarrarme al brazo de Thorne. Pero en lugar de estabilizarme, solo logré desequilibrarlo a él también. Todo sucedió en un instante.

Sentí cómo nos desplomábamos juntos, nuestros cuerpos entrelazados mientras caíamos hacia el suelo. Solté un grito ahogado cuando el mundo a nuestro alrededor se inclinó y el cielo comenzó a girar sobre nosotros.

Y entonces, aterrizamos.

Bueno, él aterrizó.

Directamente encima de mí.

El aire salió disparado de mis pulmones cuando mi espalda tocó el suelo, la suave hierba haciendo poco por amortiguar la caída. Mis brazos estaban atrapados torpemente entre nosotros, y por un momento, todo lo que podía registrar era el peso de su cuerpo sobre el mío. Su pecho presionando contra el mío, su aliento cálido y rápido junto a mi mejilla.

Y entonces lo sentí.

Sus labios.

Firmemente presionados contra los míos.

Mi corazón se detuvo. O al menos, así lo sentí. Mi mente quedó en blanco, y por un breve segundo, todo—la incomodidad, la tensión, la confusión—desapareció. Solo quedaba la sensación de sus labios sobre los míos, suaves y urgentes, justo como aquella noche en el baile de máscaras.

Era él. Lo sabía, lo había sabido, pero ahora, con la prueba irrefutable de nuestros labios unidos, todo volvió a mí como una avalancha de recuerdos. El jardín, el beso, el calor que me había invadido cuando su boca se movió contra la mía en la oscuridad.

Y ahora, aquí estábamos de nuevo—esta vez sin máscaras, sin sombras. Solo nosotros. Nuestros labios unidos, el mundo alrededor desvaneciéndose en la nada.

No podía respirar. No podía pensar. Solo podía sentir.

El calor de su boca, la presión de su cuerpo sobre el mío, la manera en que mi corazón martilleaba en mi pecho como si fuera a estallar en cualquier momento. Y en ese instante, supe que él también lo sentía—esa conexión, esa chispa, esa atracción innegable que había estado ahí desde el principio.

Era el mismo beso. El mismo fuego. El mismo todo.

Y entonces, tan repentinamente como había comenzado, se acabó.

Thorne se apartó de mí, los ojos abiertos de par en par, como si no pudiera creer lo que acababa de ocurrir. Pude ver la confusión en su rostro, reflejada en el rápido subir y bajar de su pecho mientras intentaba recuperar el aliento.

—Señorita Eliza—comenzó, con la voz ronca, pero no terminó la frase. Solo me miró, como si estuviera lidiando con el mismo torbellino de emociones que me tenía atrapada.

Me incorporé rápidamente, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas por la vergüenza, con la hierba pegada a mi vestido. Aún sentía la sensación de sus labios sobre los míos, mi piel cosquilleando por donde su cuerpo había estado presionando contra el mío. Mi mente era un caos, mi corazón latiendo desbocado, en una mezcla de euforia y miedo.

—Deberíamos... deberíamos sentarnos—murmuré, más por llenar el

silencio que por otra cosa. Me levanté de un salto, sacudiéndome la hierba mientras me dirigía hacia las sillas junto al estanque. Las piernas me temblaban, pero no sabía si era por la caída o por el beso, o quizás por ambas cosas.

Thorne me siguió, aunque mucho más despacio, su habitual elegancia visiblemente afectada. No dijo nada, lo cual fue un alivio, porque no tenía idea de qué decir si lo hacía. Mi mente estaba demasiado llena de pensamientos, de preguntas, de recuerdos.

Nos sentamos en las sillas, el estanque extendiéndose frente a nosotros, en perfecta calma, un contraste absoluto con el caos que se arremolinaba entre nosotros.

Miré hacia adelante, incapaz de mirarlo a él. Mi corazón seguía martilleando, mis labios aún cosquilleaban por el beso accidental. No podía creer que hubiera sucedido—otra vez. Que nos hubiéramos besado de nuevo, aunque fuera por accidente. Y ahora, no había forma de negarlo. No había forma de fingir que el beso en el baile de máscaras no había sucedido. No había forma de fingir que no había sido él.

Thorne era el hombre al que había besado aquella noche.

La verdad cayó sobre mí como una losa, y con ella, llegó una avalancha de emociones que no me había permitido sentir hasta ahora. Confusión, sí, pero también algo más—algo más profundo, algo innegable.

Nos sentamos allí, uno al lado del otro, demasiado aturcidos para hablar. El silencio se prolongaba, espeso y torpe, y ambos sabíamos que lidiábamos con la misma pregunta:

¿Y ahora qué?

El Momento de la Verdad

El silencio entre nosotros era insoportable.

Estábamos sentados junto al estanque, uno al lado del otro, todavía tambaleándonos por el impacto de lo que acababa de ocurrir. El beso accidental—si es que podía llamarlo así—había desbaratado todo. Y ahora, el peso de la verdad me aplastaba como un yunque, sofocante, implacable. No podía seguir sentada allí, fingiendo que nada había cambiado. Porque todo había cambiado.

Lancé una mirada furtiva a Thorne, que seguía mirando al frente, su rostro inescrutable, pero con las manos apretadas con fuerza sobre su regazo. Estaba claro que luchaba por mantener su habitual aire de compostura, pero podía verlo—sentirlo—la tensión en su postura, la tormenta contenida bajo su superficie.

No podía quedarme callada por más tiempo.

Respiré hondo, con el corazón laténdome con fuerza en el pecho, y me giré hacia él.

—Thorne... —pronunciar su nombre me resultó extraño, íntimo de una forma en la que nunca lo había sido antes—. Tenemos que hablar de esto.

Al principio, no respondió. Seguía con la vista fija en el estanque, la mandíbula tensa. Por un momento, pensé que me ignoraría, fingiendo que nada había sucedido, como siempre hacía. Pero después de una larga y agonizante pausa, se giró para mirarme, su expresión tensa con algo que no pude descifrar del todo.

—¿Quieres hablar del accidente y... —dijo en voz baja, aunque había una tensión en su tono que dejaba claro que no estaba tan tranquilo como aparentaba—, el beso?

Asentí, tragando el nudo que tenía en la garganta.

—Sí.

Otro silencio pesado se tendió entre nosotros, cargado de palabras no dichas. Podía sentir mi pulso acelerado, el calor subiéndome por las mejillas mientras intentaba reunir el valor para decir lo que necesitaba decir. ¿Cómo se empieza una conversación así? ¿Cómo podía encontrar las palabras para

expresar todo lo que había estado dando vueltas dentro de mí desde aquella noche en el baile de máscaras?

—El beso junto al estanque fue un accidente —empecé, con la voz temblorosa—. Pero... no fue la primera vez, ¿verdad?

Observé su reacción con cuidado. Sus ojos brillaron con algo—¿sorpresa, tal vez? o quizá culpa—pero no dijo nada. Simplemente me miró, la mandíbula apretándose aún más, como si se estuviera preparando para lo que venía.

Respiré hondo de nuevo, apretando las manos en mi regazo para evitar que temblaran.

—El baile de máscaras —continué, con la voz más firme ahora—. Eras tú, ¿verdad? Tú eres el hombre al que besé esa noche.

Su expresión no cambió. Por un momento, pensé que lo negaría, que se escondería detrás de sus muros y fingiría que nada de eso había sucedido. Pero entonces, lentamente, asintió, sin apartar la mirada de la mía.

—Sí —admitió, con voz grave pero firme—. Era yo.

La confirmación me golpeó como una ola, a pesar de que ya sabía la verdad. Oírle decirlo en voz alta lo hacía real de una manera que me dejaba sin aliento, con el corazón latiendo con fuerza mientras intentaba procesar el peso de su confesión.

Pero entonces, antes de que pudiera hablar de nuevo, su voz rompió el silencio como una daga.

—No lo planeé —dijo de repente, con la voz áspera, cargada de una emoción que no pude identificar—. No planeé besarte otra vez junto al estanque, pero... —Se detuvo, sacudiendo ligeramente la cabeza, como si intentara aclarar sus pensamientos. Su mirada se volvió aguda, casi acusatoria—. Pero tú... tú me besaste primero en el baile de máscaras.

Me quedé congelada, sus palabras clavándose como un puñal en mi pecho. Yo lo había besado primero. Sí, eso era cierto. Todo este tiempo, me había dejado llevar por el misterio de ese beso, imaginándolo como un gran y apasionado acto por su parte. Pero ahora... ahora me daba cuenta de que había sido yo quien había cruzado esa línea. Yo había sido la que había desatado el caos.

—Yo... —comencé, con la voz temblorosa—. No sabía que eras tú.

—Y yo no sabía que eras tú —replicó, con la voz apenas controlada—. No al principio.

Lo miré, con el corazón latiéndome desbocado en el pecho. El peso completo de lo que habíamos hecho—de lo que yo había hecho—se posó sobre mí como una nube sofocante. Yo lo había besado, inconscientemente, imprudentemente, y ahora ambos estábamos enfrentando las consecuencias de ese único e impulsivo acto.

—¿Estás diciendo que... —dije lentamente, todavía conmocionada— que tú ya sabías que era yo?

—Desde hace un tiempo —respondió, su voz era una mezcla de frustración y algo más profundo, algo crudo—. No tenía ni idea de que eras tú. Y cuando lo

supe... —se detuvo, pasándose una mano por el pelo, su compostura desmoronándose ante mis ojos—. Cuando lo supe, ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde.

Las palabras se quedaron suspendidas entre nosotros, cargadas de un significado abrumador. ¿Demasiado tarde para qué? ¿Demasiado tarde para detener lo que ya había comenzado? ¿O demasiado tarde para fingir que no sentíamos algo—algo que ninguno de los dos estaba listo para admitir?

—No quería que fueras tú —dije en voz baja, mi voz temblando con la fuerza de la confesión—. No quería que fueras el hombre que pasó meses discutiendo conmigo, frustrándome.

Su mirada se oscureció y, por un momento, pensé que lo había herido. Pero luego, lentamente, asintió, sus labios torciéndose en una sonrisa amarga.

—Y yo no quería que fueras la mujer que desafió todas las reglas que he seguido durante toda mi vida.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. La sonrisa amarga, la tensión entre nosotros—todo se hundió más profundo de lo que esperaba. Y dolió. Dolió porque, aunque no quería que fuera él, escuchar que él tampoco había querido que fuera yo retorció algo dentro de mi pecho.

Nos quedamos en silencio, el peso de nuestras palabras aplastándonos, sofocante. La verdad había salido a la luz, y era más de lo que cualquiera de los dos estaba preparado para manejar.

—Yo tampoco supe cómo lidiar con esto —admití finalmente, mi voz apenas un susurro—. No quería que fueras tú porque... complicaba todo.

Thorne apartó la mirada, su mandíbula volviéndose a tensar.

—Contigo todo es complicado, Eliza.

La amargura en su voz me hirió, pero había algo más debajo—algo que hizo que mi corazón latiera aún más rápido. Deseo. Miedo. Necesidad. No estaba segura de cuál, pero estaba ahí, crepitando entre nosotros como un cable eléctrico, peligroso e imposible de ignorar.

—¿Y ahora? —preguntó en voz baja, su tono cargado de emoción—. Ahora que lo sabes...

Tragué saliva con fuerza, sintiendo el peso de su mirada sobre mí, la tensión entre los dos volviéndose insoportable. ¿Cómo podía responder a eso? ¿Cómo podía reconciliar al hombre al que había besado en las sombras con el hombre que estaba sentado a mi lado ahora?

—No lo sé —susurré, la vulnerabilidad en mi propia voz sorprendiéndome—. No sé qué significa esto para nosotros.

La honestidad cruda de mis palabras pareció alcanzarlo, su expresión suavizándose por un breve instante antes de que la máscara volviera a deslizarse en su rostro.

—Tampoco lo sé —admitió, su voz baja—. Pero sé una cosa, Eliza.

—¿Qué? —pregunté en un susurro, apenas capaz de hablar.

Me miró entonces, su mirada intensa, como si me viera por primera vez.

—No puedo seguir fingiendo.

El aire entre nosotros cambió, el peso de sus palabras asentándose profundamente en mi pecho. El beso lo había cambiado todo. Y ahora, no había vuelta atrás. No podíamos pretender que no habíamos sentido algo, que no habíamos compartido algo que nos había dejado a los dos trastornados.

Thorne extendió su mano entonces, rozando la mía suavemente, su toque enviando un escalofrío por mi columna.

—Lo siento —susurró, su voz apenas audible—. Por ocultártelo. Por no habértelo dicho antes.

Lo miré, con las emociones enredadas entre la ira, el dolor y algo más—algo que no estaba lista para nombrar. Pero al mirar sus ojos, la vulnerabilidad en su expresión, el arrepentimiento que suavizaba los bordes afilados de su habitual compostura, supe una cosa con certeza.

Ya no podíamos seguir fingiendo.

El Beso no Me Dejaba en Paz

Había intentado de todo para dormir. Me había dado vueltas en la cama, tirando de las sábanas como si con eso pudiera acallar los pensamientos que no paraban de correr por mi mente. Pero era inútil.

No podía dejar de pensar en ella.

En Eliza.

Y en sus labios.

Maldición.

Solté un suspiro frustrado y me quedé mirando al techo, como si la oscuridad de mi habitación fuera a apagar el recuerdo vívido de su beso. Todavía lo sentía—la presión de sus labios contra los míos, la suavidad, el calor, la manera en que todo lo demás había desaparecido en ese momento. Había sido un accidente, un estúpido y torpe tropiezo junto al estanque, y sin embargo... en el instante en que nuestras bocas se encontraron, toda la tensión contenida, todo el deseo no dicho que había estado latiendo entre nosotros durante semanas, estalló en algo para lo que no estaba preparado.

Me moví inquieto, intentando apartar el recuerdo, pero se negaba a irse. Aún podía saborearla en mi boca, su olor todavía rondaba en mi mente—una mezcla de flores silvestres y algo más, algo que había acelerado mi pulso en cuanto me acerqué a ella.

Esto no debía estar pasando. No debía sentirme así.

No por ella.

Había pasado mi vida dominando el control—manteniendo mis emociones a raya, nunca permitiéndome ser vulnerable. Pero con Eliza... con ese beso... todo se había desmoronado. El frío desapego al que me aferraba desde hacía tanto tiempo se había hecho añicos en cuanto sus labios tocaron los míos, y ahora no podía dejar de pensar en ello. En ella.

Pero no podía ser ella. No podía ser la mujer del baile de máscaras. No, Eliza no podía ser la misma mujer que besé esa noche—¿o sí?

Sacudí la cabeza, rechazando la idea. La mujer en el baile había sido diferente—misteriosa, esquiva. Atrevida. Eliza no era esa mujer. Ella era mordaz, obstinada, y exasperantemente segura de sí misma. Había pasado

semanas convenciéndome de que la mujer a la que besé era una desconocida, alguien a quien nunca volvería a encontrar. Pero ahora, tumbado en la oscuridad, no podía evitar preguntarme.

¿Había sido ella todo el tiempo?

No. No lo fue. No podía serlo. No me permitiría pensar eso.

Pero entonces, ¿por qué mi mente seguía volviendo a ella? ¿Por qué el recuerdo de sus labios, de su olor, me perseguía con tanta intensidad? Cada vez que estaba cerca de ella, sentía lo mismo: el mismo tirón, el mismo calor, como si algo en ella hubiera encendido un fuego dentro de mí que se negaba a apagarse.

Me giré sobre el costado, apretando la mandíbula, intentando apartar ese deseo de mí. Pero era inútil. Cuanto más luchaba contra ello, más fuerte se volvía.

La sensación de su cuerpo contra el mío cuando caímos juntos, la forma en que su respiración se entrecortó cuando nuestras bocas se encontraron—todo eso se había grabado en mi mente. Y ahora, acostado solo en mi cama, mi cuerpo reaccionaba de maneras que hacían imposible desestimar ese recuerdo como un simple error pasajero.

Mis dedos se aferraron a las sábanas mientras pensaba en cómo había sentido su piel bajo mis manos—suave, cálida. Había querido acercarla más, profundizar el beso, sentir más de ella contra mí. El deseo había surgido rápido y abrasador, tomándome por sorpresa. Incluso ahora, el simple pensamiento me provocaba una oleada de calor que no podía ignorar.

La quería.

Ya no podía negarlo.

La realización me golpeó con fuerza, y volví a moverme, tratando de deshacerme de la tensión creciente en mi cuerpo. Esto no debía estar pasando. No debía estar aquí, inquieto y... excitado por el recuerdo de su beso. No debía desearla así, no después de todo lo que había pasado. No después de los años que había pasado manteniendo mis emociones bajo llave, manteniendo a las personas a una distancia segura.

Pero la deseaba.

Quería besarla de nuevo, sentir sus labios abrirse bajo los míos, explorar el contorno de su cuello, sus hombros. Quería atraerla hacia mí, sentir cómo su cuerpo se rendía contra el mío, tal como lo hizo cuando nos besamos. La quería más de lo que me había permitido admitir.

Pero no era solo deseo. Eso era lo peor. Si solo hubiera sido algo físico, quizás podría haberlo descartado, convencerme de que había sido solo un momento pasajero de debilidad. Pero no era solo el beso. Era todo lo que tenía que ver con ella.

Eliza no era como nadie más. Me desafiaba de maneras que no esperaba—intelectualmente, emocionalmente. Ella veía a través de mis defensas, se negaba a dejarme esconderme detrás de los muros que había pasado años construyendo. No le importaba mi título, mi estatus. Ella me veía—a mí, al

verdadero yo—y eso me aterraba tanto como me atraía.

Pero ese beso...

Mi mente se rebelaba contra la idea, pero en el fondo lo sabía. Sabía que había sentido algo cuando la besé en el baile de máscaras. Algo que ahora estaba inconfundiblemente presente cada vez que me encontraba cerca de Eliza. El mismo fuego, la misma tensión eléctrica, el mismo deseo de perderme en ella.

Apreté los ojos, intentando bloquear el recuerdo de cómo me había mirado después del beso. Sus ojos, llenos de confusión y certeza a la vez. Ella había sabido que algo había cambiado, igual que yo. Y aun así, traté de ignorarlo. Traté de apartarla, de fingir que no importaba. Que no significaba nada.

Pero la verdad era que lo significaba todo.

Me giré de nuevo, con el pecho apretado por el peso de todo aquello. No quería esto. No quería sentirme así. El deseo era peligroso. La emoción era peligrosa. Aprendí esa lección de la peor manera, y no estaba dispuesto a abrirme a ese tipo de dolor otra vez. Me había prometido a mí mismo que nunca dejaría que nadie se acercara lo suficiente como para hacerme daño.

Pero Eliza...

Solté una maldición en voz baja, pasándome una mano por el cabello mientras miraba hacia la oscuridad. Ella era diferente. Me hacía sentir cosas que no había sentido en años—cosas que no quería sentir. Y lo peor era que no estaba seguro de poder detenerlo. Cada vez que estaba cerca de ella, las paredes que había construido cuidadosamente a mi alrededor parecían desmoronarse un poco más.

Y ahora, con el recuerdo de su beso ardiendo en mi mente, me di cuenta de que quería besarla de nuevo. No solo para saciar el anhelo en mi cuerpo, sino porque quería saber qué se sentía perder el control con ella. Dejarme llevar, ceder al deseo que había estado creciendo entre nosotros durante semanas.

Pero no podía. No debía.

Me incorporé en la cama, apretando las sábanas con fuerza mientras luchaba por recuperar el control sobre la tormenta de emociones que giraba dentro de mí. Necesitaba olvidar ese beso. Descartarlo como nada más que un error pasajero. Pero ¿cómo podía, cuando cada parte de mí gritaba que significaba algo más?

Que ella significaba algo más.

Me estaba ahogando en todo aquello, el peso de mi pasado arrastrándome hacia abajo. El desamor, el miedo a la vulnerabilidad—todo volvía de golpe. No podía volver a abrirme a eso. No podía permitir que alguien entrara, no después de lo que sucedió la última vez. El amor... el amor era peligroso. Destruía todo a su paso, y no estaba seguro de poder sobrevivirlo una segunda vez.

Pero luego estaba Eliza. La manera en que me hacía sentir, la forma en que me desafiaba, cómo me había besado con tanto fuego y abandono. La deseaba, pero más allá de eso—quería entender por qué ella me hacía sentir tan vivo. Por qué, después de tantos años con el corazón cerrado bajo llave, ella era la que me

hacía querer abrirlo.

Me recosté de nuevo, mirando al techo, con la mente hecha un caos de deseo y miedo, de necesidad e incertidumbre.

El beso no había sido solo un error.

Y por más que intentara convencerme de lo contrario, sabía que nunca podría olvidarlo.

La Revelación Reptiliana

Dormir era impensable. Cada vez que cerraba los ojos, solo podía verle a él. Su rostro, sus labios, cómo se habían posado tan perfectamente sobre los míos junto al estanque. Cómo su aliento se había mezclado con el mío, cálido y entrecortado, enviando ese escalofrío tan irritante por mi columna.

Solté un gruñido frustrado, dándome la vuelta y enterrando la cara en la almohada. Pero no servía de nada. Nada lo hacía. El beso estaba grabado a fuego en mi mente—no, no solo el beso, sino él. Thorne. Y su enloquecedora, irritante y desconcertante habilidad para hacerme sentir cosas que había pasado semanas intentando negar.

La manera en que me miró después, con esos ojos oscuros y penetrantes llenos de confusión y algo más... algo que ni siquiera podía empezar a definir. Pero lo peor era que no había podido dejar de observarlo. Cada movimiento, cada respiro, cada pequeño cambio en su expresión me había dejado completamente desquiciada.

Especialmente cuando se lamió los labios.

Me incorporé de un salto en la cama, con el corazón acelerado, mientras esa imagen destellaba en mi mente como un maldito sueño febril. Estaba aturdido, claramente tan desconcertado por la caída como yo, pero en ese momento, justo antes de apartarse, lo vi. La punta de su lengua, deslizándose para humedecer sus labios.

Y yo me había quedado mirando.

Como una extraña criatura reptiliana de la que William me había acusado de ser en alguna ocasión, mi cerebro se fijó en el más mínimo y ridículo detalle. La punta de su lengua. ¿Qué me pasaba?

Aparté las sábanas de un tirón, sintiendo cómo el calor me subía a las mejillas. Esto era ridículo. Thorne Ashcroft no se suponía que me hiciera sentir así—acalorada, desconcertada, desesperada por algo que ni siquiera podía nombrar. Y sin embargo, ahí estaba, despierta en plena noche, obsesionada con un beso que debería haber descartado como un accidente.

Pero ¿cómo podría ignorarlo, cuando la verdad finalmente me había golpeado como una ola gigante? Thorne era el hombre del baile de máscaras. El

hombre que había besado en el jardín, el que no había podido olvidar, por más que lo intentara.

El pensamiento me retorció el estómago en un nudo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo se me había pasado por alto—su aroma, su postura, la intensidad de ese beso? Ahora que lo sabía, parecía que todas las piezas habían estado ahí, esperando a que las uniera.

Volví a gruñir, apartándome el pelo de la cara con impaciencia. Necesitaba hablar con alguien. Alguien que pudiera ayudarme a dar sentido a todo este... lío.

Y solo una persona me venía a la mente.

Salí de la cama y caminé por el pasillo, sintiendo el frío de las tablas del suelo bajo mis pies. La habitación de William estaba al final del corredor, y cuando llegué a la puerta, vacilé. Probablemente estaría profundamente dormido—mi querido hermano tenía la capacidad de dormir como un muerto—pero situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas.

Llamé suavemente al principio, luego más fuerte.

—¿William? —susurré, medio esperando que no me oyera.

Hubo un largo y doloroso silencio. Luego, la puerta se abrió con un leve chirrido, revelando a un William despeinado y adormilado. Tenía el cabello apuntando en todas direcciones posibles, y me miraba con los ojos entrecerrados, apenas reconociéndome a la luz tenue.

—¿Eliza? —gruñó, pasándose una mano por la cara—. ¿Qué demonios haces despierta a esta hora tan absurda?

—Necesito hablar contigo —le urgí en voz baja, echando un vistazo por el pasillo para asegurarme de que nadie más estuviera despierto.

Parpadeó mirándome, luego lentamente se apartó para dejarme pasar.

—Esto más te vale que sea importante. Estaba soñando con una delicia muy agradable...

—Ahórrame los detalles —le corté, entrando en la habitación y sentándome en el borde de su cama, encogiéndome de piernas contra el pecho mientras él cerraba la puerta detrás de mí—. Esto es serio.

William suspiró dramáticamente, dejándose caer de espaldas en la cama con un gemido.

—Vale, vale. ¿Qué pasa? ¿Encontraste otra rana en el jardín a la que besar? —me lanzó una sonrisa burlona, claramente aún medio dormido pero encantado de tener la oportunidad de fastidiarme.

Puse los ojos en blanco, aunque mi corazón latía con fuerza.

—No, pero... es sobre el beso. El del baile de máscaras.

Las cejas de William se alzaron con sorpresa, y se incorporó ligeramente, claramente más interesado ahora.

—Oh, esto suena bien. No me digas que por fin encontraste a tu hombre misterioso.

Tragué saliva, sintiendo de repente los nervios apoderarse de mí. No había planeado decirle esto a nadie, pero William... bueno, él era el único en quien

confiaba para algo así.

—Lo hice —admití en un susurro apenas audible—. Es Thorne. El Duque Ashcroft.

Por un momento, William solo me miró, parpadeando como si no hubiera procesado bien lo que había dicho. Y luego, sin previo aviso, estalló en carcajadas—unas carcajadas profundas, que resonaron en toda la habitación y me hicieron querer darle un buen golpe en el brazo.

—¡Esto es increíble! —soltó entre risas, sujetándose el estómago—. ¡Tú... tú besaste a Thorne! ¡Al mismo hombre del que llevas semanas intentando escapar! ¿Y ahora resulta que es tu amante misterioso? Esto... Eliza, no podrías haberlo inventado ni aunque quisieras.

Le lancé una mirada furiosa, cruzándome de brazos.

—¡Hablo en serio, William! ¡Deja de reírte!

Pero no podía parar. Seguía riéndose, con lágrimas en los ojos mientras se las secaba.

—A ver si lo entiendo bien —dijo, todavía con la voz cargada de diversión—. Has estado huyendo de este matrimonio arreglado como una liebre de un perro de caza, y todo este tiempo ya habías besado a tu futuro marido. ¡Eliza, eres una contradicción andante!

Sentí cómo me ardían las mejillas y le lancé una mirada que podría haber matado.

—Obviamente, no sabía que era él. Y no lo habría besado si lo hubiera sabido.

—Oh, claro que no —me molestó William, limpiándose los ojos—. Solo besaste al duque por accidente. ¿Cuántas veces han sido ya? ¿Dos? Parece que el destino está jugando un juego muy gracioso contigo, hermana.

Quería estrangularlo.

—¡No tiene gracia, William! ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

William, todavía riéndose para sí mismo, pareció finalmente controlar sus carcajadas. Se incorporó del todo, pasándose una mano por el desordenado cabello mientras me observaba, con la expresión un poco más seria.

—Bueno, Eliza —dijo, esta vez con un tono más calmado—, podrías hacer lo que haría cualquier persona razonable en tu situación.

Alcé una ceja.

—¿Y qué sería eso?

—Casarte con él, por supuesto —respondió con una sonrisa maliciosa—. Ya lo has besado, así que ya puestos... No tiene sentido huir del destino, ¿verdad?

Solté un gemido, enterrando la cara en mis manos.

—Eres imposible.

William se echó a reír de nuevo, recostándose contra los almohadones.

—Venga ya, Eliza. Tienes que admitir que es un poco poético. El hombre del que tratabas de escapar es justamente al que estabas destinada todo este tiempo. Y ahora ya llevas dos besos en tu cuenta. Diría que es un buen comienzo.

Le lancé otra mirada fulminante.

—No es tan sencillo.

—Nunca lo es —dijo William con una sonrisa—. Pero cuando se trata de amor, rara vez se trata de simplicidad. Además, siempre te ha gustado un poco el caos.

No respondí. No podía, porque en el fondo, sabía que tenía razón.

Pero, caos o no, no tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación.

Labios de Problemas

De todos los lugares en los que preferiría estar hoy, el salón de Thorne Ashcroft no estaba en lo alto de la lista. Ni siquiera en la mitad. Y mucho menos en compañía de mi madre, su madre y él. El hombre cuyas malditas labios no podía sacar de mi cabeza. Maldita sea.

Sentada en el borde del sofá de terciopelo, fingía beber té, aunque en realidad solo intentaba no mirarlo. Mis ojos, esos traidores, parecían tener vida propia, atraídos irresistiblemente hacia su boca. Esa misma boca que me había besado con tanta intensidad en el baile de máscaras... y de nuevo, hace apenas unos días, junto al estanque. El recuerdo se quemaba en mi mente, haciéndome casi imposible concentrarme en otra cosa.

Desafortunadamente, parecía que yo era la única afectada por todo esto. Thorne, sentado frente a mí, lucía perfectamente tranquilo. Se recostaba en su silla, su expresión serena, su mirada fija mientras escuchaba a nuestras madres charlar sobre las tendencias de moda de la temporada y los rumores sobre quién estaba teniendo un romance secreto en la alta sociedad. Incluso intervenía de vez en cuando, como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo.

¿Cómo podía estar tan... indiferente?

Me removí en el asiento, tratando de cruzar las piernas sin que se notara demasiado, y una vez más, mis ojos volvieron a sus labios. Malditos labios. ¿Cómo se suponía que debía concentrarme cuando todo lo que podía pensar era en cómo se sentían contra los míos? En cómo se movían, seguros y exigentes, haciéndome olvidar, por un glorioso y breve instante, que estábamos en un jardín, completamente expuestos al mundo.

—Duquesa Eva, ¿no le pareció que el vestido de la duquesa de Clare era simplemente demasiado extravagante? Me refiero, parecía que estaba intentando eclipsarnos a todos —decía mi madre con ese tono chismoso que siempre adoptaba cuando hablaba de la moda de la nobleza—. ¿Quién necesita tantas joyas cosidas en el corpiño?

Duquesa Ashcroft rió, moviendo delicadamente la mano.

—Oh, claro. Creo que su intención era cegarnos a todas con su opulencia.

Pero, ¿qué se puede esperar de la familia Clare? La sutileza nunca ha sido su fuerte.

Sutileza. Bufé por lo bajo. Yo era cualquier cosa menos sutil en ese momento, lanzando miradas furtivas a Thorne como si mi vida dependiera de mantenerme alejada de él. Mi pulso se aceleró cuando lo vi ajustar su postura, inclinándose ligeramente hacia adelante, sus labios separándose mientras se preparaba para hablar.

Oh no. No esos labios otra vez.

—Siempre es fascinante ver cómo la gente intenta superarse mutuamente durante la temporada —dijo Thorne, con su voz baja y medida. Sentí que algo me recorría la columna vertebral.

Podría haber gritado. Aquí estaba yo, a punto de estallar cada vez que recordaba nuestro beso, y él discutía con calma los dramas de la alta sociedad como si no fuera más que un tema académico. ¿Cómo podía actuar tan tranquilo? ¿Realmente estaba tan indiferente ante lo que había sucedido entre nosotros? ¿O esto era algún tipo de juego cruel para él, fingiendo que nada había cambiado, sabiendo perfectamente que yo estaba aquí, desmoronándome con cada minuto que pasaba?

Crucé las piernas de nuevo, esta vez con más fuerza, intentando controlar el impulso irracional de exigir que reconociera lo que ambos sabíamos. *Nos besamos, quería gritar. Dos veces. Y no puedo dejar de pensar en ello. En ti.*

—He oído que el vizconde de Hensley ha estado cortejando a Señorita Arabella —comentó Duquesa Ashcroft, con un tono divertido—. Otro romance que seguramente será el tema de la temporada.

—Oh, claro —añadió mi madre—. Aunque dicen que el corazón de Señorita Arabella ya pertenece a otro. Escandaloso, ¿no crees?

¿Escandaloso? Lo escandaloso era que me habían reducido a lanzar miradas furtivas a la boca de Thorne como una tonta enamorada. Mi mente volvió a esa noche en el baile de máscaras: la intensidad de su beso, la manera en que sus manos me habían sujetado como si no quisiera dejarme ir nunca. Mi pulso se aceleró al recordarlo, y mi mirada, una vez más, se deslizó hacia sus labios, traicioneros como siempre.

Entonces, él me miró. Por un breve segundo, pensé ver un destello de algo—algo ardiente, algo... consciente—, pero luego desapareció, reemplazado por su habitual máscara de compostura fría. Sus labios se curvaron levemente, apenas, como si estuviera en medio de alguna broma privada.

Maldito sea.

No podía soportarlo más. Mi corazón estaba acelerado, y mi mente daba vueltas con demasiados pensamientos sobre nuestro último beso. Se estaba volviendo insoportable, estar aquí sentada, fingiendo que nada había sucedido. Como si el aire entre nosotros no estuviera cargado con una tensión irresoluta.

Estaba a punto de decir algo—no sabía qué, pero cualquier cosa para romper este imposible silencio entre nosotros—cuando Duquesa Ashcroft se levantó de su asiento.

—Bueno, creo que el sol de la tarde es demasiado bonito para desperdiciarlo dentro de casa —dijo con una sonrisa, mirando por la ventana hacia el jardín—. ¿Damos un paseo, Duquesa Eva?

—Oh, qué idea tan encantadora —respondió mi madre, poniéndose de pie para unirse a ella—. El aire fresco nos hará bien, ¿no te parece, Eliza?

Me congelé. No. No, no, no. No podéis dejarme aquí sola con él.

Pero antes de que pudiera protestar, mi madre me dio una de sus sonrisas excesivamente dulces y me dio una palmadita en el hombro.

—Estaremos en el jardín, querida, si nos necesitas.

Y con eso, se fueron, dejándome sola con el hombre que me había besado hasta dejarme sin aliento dos veces, mientras yo intentaba no mirarle la boca como una idiota.

La puerta se cerró suavemente detrás de ellas, y el silencio que siguió fue ensordecedor.

Podía sentir la mirada de Thorne sobre mí, la tensión entre nosotros ahora insoportable sin el colchón del chisme de nuestras madres. Tragué saliva con fuerza, mi pulso desbocado, sabiendo que no podía seguir callada por más tiempo.

Maldita sea.

No pude detenerme. Las palabras salieron, estuviera preparada o no. Me giré hacia él, el corazón martilleando en mi pecho, y abrí la boca.

Pero no salió nada.

Aún no.

La Confrontación

No estaba segura de cómo había acabado aquí, de pie frente a Thorne en su despacho, con el aire entre nosotros cargado de palabras no dichas. El beso accidental junto al estanque lo había cambiado todo, pero nos había dejado en este limbo insoportable. Había pasado días dándole vueltas, repasando cada momento de aquella noche, cada segundo en el que nuestros labios se habían unido. Y aún así, no tenía respuestas.

Había algo en ese beso—algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado, y sin embargo, aquí estábamos, fingiendo que no existía. O al menos, él estaba fingiendo.

Yo había terminado de fingir.

Thorne se encontraba al otro lado de la habitación, de espaldas a mí mientras miraba por la ventana, con su habitual máscara de control firmemente en su sitio. Pero podía ver la tensión en su postura, la rigidez en sus hombros, sus manos fuertemente entrelazadas detrás de la espalda. Sabía por qué estaba aquí, y ya se estaba preparando para la confrontación.

—Dices que no puedes fingir sobre lo nuestro, pero eres bastante bueno en ello —dije, rompiendo el silencio con mi voz. No se dio la vuelta. Por supuesto que no lo haría. Eso significaría enfrentar lo que ambos sabíamos que venía. Pero no iba a dejar que se escondiera de mí esta vez. No después de todo lo que había pasado—. Yo soy diferente a ti, Thorne. No puedo seguir así.

Él me miró, pero no dijo nada. Actuaba como si mis palabras no hubieran sido pronunciadas.

—No puedo seguir fingiendo que no pasó nada entre nosotros —continué, con la frustración burbujeando dentro de mí—. No después del baile de máscaras, no después del beso junto al estanque. Sabemos que algo ha cambiado, y tú solo... ¿qué? ¿Lo ignoras?

No respondió de inmediato, y por un momento me pregunté si iba a permanecer en silencio, refugiándose detrás de ese maldito muro suyo. Pero finalmente, tras lo que pareció una eternidad, habló, su voz baja y medida.

—El beso... fue un error, Eliza. Los dos lo fueron. —Sus palabras eran frías, calculadas, como si intentara convencerse tanto a sí mismo como a mí.

—¿Un error? —repetí, sintiendo cómo se me encogía el corazón ante la frialdad de su tono—. ¿Eso es lo que te dices?

Por fin se dio la vuelta, su mirada dura pero llena de conflicto, como si luchara desesperadamente por mantener la compostura.

—Sí —dijo con firmeza—. Un error. Ninguno de los dos quería que sucediera.

Lo miré, dejando que sus palabras calaran en mí como una piedra en el pecho. Esperaba que resistiera, que se escondiera tras su fría fachada, pero escuchar cómo desechaba todo lo que habíamos compartido de forma tan casual... dolía más de lo que había anticipado.

—Estás mintiendo —dije, con la voz temblorosa por la mezcla de ira e incredulidad—. Sabes que no fue solo un error. Ambos sentimos algo, algo real. No puedes quedarte ahí y fingir que no significó nada.

La mandíbula de Thorne se tensó, y por un momento vi un destello de algo detrás de sus ojos—culpa, quizá, o miedo. Pero tan rápido como apareció, se desvaneció, reemplazado por la misma expresión impenetrable de siempre.

—Estoy fingiendo —dijo, su voz fría y distante—. Porque no puede significar nada, Eliza. Tú y yo... no somos...

Lo interrumpí, mi frustración alcanzando el punto de ebullición.

—¿Tú y yo no somos qué, Thorne? ¿Adecuados el uno para el otro? ¿Eso es lo que vas a decir? ¿Que no encajamos por unas estúpidas reglas anticuadas sobre el deber y el estatus?

Vi cómo se estremecía ante mis palabras, su mirada oscureciéndose mientras daba un paso hacia él, negándole cualquier posibilidad de retirarse más.

—Esto no es sobre deber o estatus —dijo con voz tensa—. Se trata de no permitirme cometer los mismos errores de nuevo.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo la frustración daba paso a la confusión.

—¿Qué errores?

Thorne apretó los puños a los costados, su cuerpo entero tenso como un arco.

—No lo entiendes, Eliza. No puedo... no voy a dejarme caer en algo que no puede funcionar.

Lo miré, comenzando a comprender lentamente. Esto no era solo sobre nosotros. Era sobre él, sobre su pasado, su dolor, las razones por las que había construido esos muros a su alrededor. No era frío y distante porque no le importara. Era frío y distante porque tenía miedo. Miedo de volver a salir herido.

—Te estás escondiendo —dije en voz baja, mientras la ira se desvanecía de mi tono—. Te escondes tras esos muros porque tienes miedo.

Los ojos de Thorne destellaron con algo peligroso, algo crudo.

—No tengo miedo.

—Sí, lo tienes —insistí, dando otro paso hacia él—. Tienes miedo de que te hagan daño. Tienes miedo de sentir algo porque si lo haces, significa que

tendrás que enfrentar lo que sea de lo que estás huyendo.

Él se tensó, sus puños apretándose aún más, pero no me interrumpió.

—No te estás protegiendo alejándome —dijo, con una voz suave pero firme—. Solo te aseguras de no sentir nunca más. Y eso no es vivir, Thorne. Es esconderse.

Su expresión se endureció, pero pude ver cómo se comenzaban a formar grietas en su fachada cuidadosamente construida. La forma en que su respiración se aceleró ligeramente, la manera en que sus ojos se desviaron de los míos, como si no pudiera soportar enfrentarse a la verdad de lo que estaba diciendo.

—No sabes de lo que estás hablando —dijo, con una voz ronca, pero pude escuchar la duda bajo ella.

—He sido traicionado antes —dijo en voz baja, con una emoción cruda en su tono—. Por alguien a quien apreciaba. Alguien a quien pensé... pensé que amaba.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, pesadas y llenas de dolor. Y en ese instante, entendí. Thorne no estaba huyendo de mí. Estaba huyendo de lo que el amor le había hecho en el pasado. De la herida que aún no había sanado.

Sentí que el aire se me atascaba en la garganta, pero guardé silencio, consciente de que este era el momento que había estado esperando. El momento en que Thorne finalmente se abriría a mí, revelando el dolor que había estado cargando durante todo este tiempo.

—Adelante —lo alenté suavemente, mi voz apenas un susurro, pero lo suficientemente firme como para llegar hasta él. Vi la vacilación en sus ojos, cómo ya empezaba a cerrarse, a alejarse de ese abismo emocional al que se asomaba.

Negó con la cabeza, apartando la mirada, con la mandíbula tensa.

—No debería... No necesitas escuchar esto, Eliza.

—Sí lo necesito. —Mi voz fue firme, y di un paso hacia él—. Necesito entender.

Thorne cerró los ojos, dejando escapar un suspiro pesado. Por un momento, pensé que lo dejaría ahí, que se retiraría a la seguridad de sus muros emocionales. Pero luego, con una aspereza en su voz, continuó.

—Ella no era de nuestro mundo —dijo, tan en bajo que tuve que esforzarme para escucharlo—. Pero pensé que podríamos hacerlo funcionar. Pensé... Pensé que ella se preocupaba por mí. Pero me traicionó.

Se detuvo de nuevo, sacudiendo la cabeza como si quisiera librarse de la memoria. Pude sentir su lucha interna, cómo se esforzaba por reprimir la vulnerabilidad que rara vez mostraba.

—¿Y después qué? —le pregunté con suavidad, sintiendo cómo mi corazón se quebraba con cada segundo que pasaba—. ¿Qué fue lo que hizo?

Thorne vaciló, visiblemente dividido. Pasó la mano por su cabello otra vez, un gesto que parecía contener toda la frustración y la confusión que llevaba

dentro.

—No importa —murmuró, dándome la espalda.

—Sí importa para mí —insistí, acercándome más, sin estar dispuesta a dejarlo escapar ahora—. Quiero entender por qué sigues alejándome. Por qué no me dejas entrar.

Su espalda se tensó, y durante un largo momento pensé que eso era todo, que no diría más, que se cerraría por completo. Pero entonces, casi de mala gana, volvió a hablar. Su voz era áspera, como si las palabras mismas fueran dolorosas.

—Me traicionó.

La confesión me golpeó como un puñetazo en el estómago. Solté un jadeo, incapaz de detener la brusca inhalación de aire.

—Thorne... —susurré, sintiendo cómo mi corazón se rompía por él.

Él se quedó ahí, dándome la espalda, con los hombros rígidos.

—Por eso esto no puede funcionar, Eliza —dijo, su voz ahora dura y fría, como si se distanciara del dolor que acababa de revelar—. Por eso nosotros no podemos ser... lo que sea que pienses que somos.

Sus palabras me hirieron profundamente, pero me negué a rendirme.

—Eso no era amor, Thorne —dije, dando otro paso hacia él, extendiendo mi mano hacia su figura—. Eso fue manipulación, traición. Lo que tenemos... es real. Y tienes miedo, lo entiendo. Pero esto, lo nuestro, no es lo que pasó con ella.

Dejó escapar una risa amarga, finalmente girándose para enfrentarme, con una expresión endurecida.

—No puedes saber eso.

—Sí, lo sé —insistí, manteniendo su mirada, incluso cuando el peso de su confesión caía pesadamente entre nosotros—. Solo tienes que confiar en mí.

Su mandíbula se tensó, y sus ojos se desviaron de los míos, como si no pudiera soportar el peso de mis palabras. Pero pude ver el conflicto, la tormenta que rugía bajo su exterior estoico. Quería crearme. Quería confiar en mí. Pero las cicatrices eran demasiado profundas, las heridas demasiado recientes, y no estaba segura de si yo tenía el poder de sanarlas.

Lo miré fijamente, con el pecho apretado por la emoción.

—No puedes seguir huyendo de esto, Thorne. No puedes seguir escondiéndote.

No respondió, pero vi la lucha en sus ojos, cómo sus muros comenzaban a desmoronarse, poco a poco.

Y supe, en ese momento, que esto solo era el comienzo de algo más profundo. Algo más grande de lo que cualquiera de los dos había esperado.

—Creo que de verdad necesitas saber esto, Eliza...

Derribando los Muros

Thorne no continuó su historia de inmediato. El silencio después de su confesión colgaba en el aire como una espesa y opresiva niebla. Podía ver la tensión en su rostro—la rigidez en su mandíbula, la forma en que mantenía los hombros tensos, como si estuviera preparándose para mi reacción. No era solo el beso lo que lo hacía retirarse, ni tampoco nuestras constantes discusiones. Esto era algo mucho más profundo. Algo mucho más doloroso.

Pero no iba a dejar que volviera a cerrarse. No ahora.

—Thorne, dime —le pedí suavemente, dando un paso cauteloso hacia adelante, intentando atravesar el muro que intentaba reconstruir desesperadamente—. ¿Qué ocurrió en realidad? ¿Quién era ella?

Por un momento, no respondió. Sus ojos se fijaron en la ventana, sus manos seguían apretadas a los costados, y pensé que quizás se marcharía, que terminaría la conversación ahí mismo. Pero entonces, algo cambió en él. Su postura se relajó, la tensión se desvaneció de su cuerpo como si el peso de su pasado finalmente se hubiera vuelto demasiado pesado para llevarlo solo.

—Era una criada —dijo en voz baja, casi para sí mismo—. En la casa de mi padre.

Lo observé con atención, sintiendo un nudo formarse en mi pecho. Era difícil imaginar una versión más joven de Thorne, alguien abierto al amor, alguien que creía en él. El hombre frente a mí parecía tan lejano a esa persona.

Pausó de nuevo, negando con la cabeza como si intentara alejarse de la conversación que había iniciado.

—No te detengas ahora —le urgí con suavidad, dando otro paso más cerca—. Dijiste que esto era importante. Y si es importante para ti, lo es para mí.

Sus labios se tensaron, su mirada se desvió hacia la puerta como si quisiera escapar. Por un breve momento, pensé que lo haría, pero entonces, con un suspiro pesado, continuó.

—Era joven —continuó, su voz baja y con un borde amargo—. Ingenuo, supongo. Pensé... pensé que la amaba. Y de alguna manera, lo hice. Era amable. Dulce. No como los demás a mi alrededor. No le importaba mi título, ni mi

estatus. Me veía a mí, y creí que eso era suficiente.

Tragué con fuerza, sintiendo que el nudo en mi pecho se apretaba aún más. Era difícil imaginar a Thorne, alguien tan controlado y distante, haber sido alguna vez tan vulnerable.

Se quedó en silencio de nuevo, su rostro contorsionándose en una mezcla de frustración y dolor. Pasó una mano por su cabello como si intentara borrar el recuerdo.

—Por favor, Thorne —susurré, mi voz suave pero insistente—. Cuéntame el resto. No tienes que cargar con esto solo.

Su mandíbula se tensó, su ceño se frunció profundamente. —Mi padre se enteró —dijo, su voz volviéndose más fría—. Esperaba que se enfadara. Esperaba una lección sobre el deber, sobre cómo era indigno para mí enamorarme de alguien de su clase. Pero lo que hizo...

Su voz se quebró, y volvió a detenerse, su respiración volviéndose más pesada. Podía ver cómo los muros volvían a levantarse, bloqueando todo una vez más.

—No tienes que contármelo —ofrecí en voz baja, aunque mi corazón deseaba saberlo—. Pero necesitas dejarlo salir, o seguirá consumiéndote.

La mandíbula de Thorne se apretó aún más, y por un momento, pensé que se detendría, que se replegaría como siempre lo hacía. Pero entonces soltó una amarga carcajada, un sonido tan hueco que me hizo estremecerme.

—No solo me dio una lección —dijo, su voz endurecida—. Quería demostrarme lo tonto que había sido. Lo... inútil que era ella.

Mi estómago se revolvió ante la amargura en su voz, y me enfermaba pensar en la crueldad que había soportado. La traición, la crueldad, todo estaba escrito en su rostro.

Thorne dejó de hablar, su mano agarrando el brazo de la silla junto a él. Sus nudillos estaban blancos, y pude ver el temblor en su mano, la profundidad de su enojo apenas contenido.

Sabía que estaba al borde de cerrar todo de nuevo, de encerrarse en sí mismo. Pero no podía dejar que lo hiciera. No ahora.

—Thorne...

—Mi padre la sedujo —continuó Thorne, su voz endurecida—. Sedujo a la mujer que pensé que amaba. Y ella... no dudó. Fue con él de buena gana.

Sentí que mi respiración se detenía en mi garganta, el peso de sus palabras hundiéndose en mí. Su propio padre. El hombre que debería haber estado ahí para protegerlo, para guiarlo, había usado su poder para lastimarlo de la manera más personal posible.

—Estaba devastado —dijo Thorne, sus ojos distantes, como si reviviera el recuerdo—. Pensé que ella me quería. Pensé que podíamos ser diferentes. Pero al final, eligió el poder. Lo eligió a él. Me traicionó de la peor manera posible, y mi padre... se aseguró de que entendiera lo estúpido que había sido.

No sabía qué decir. El dolor en su voz, la forma en que todo su cuerpo parecía llevar el peso de esa traición, era abrumador. ¿Cómo podía alguien

recuperarse de eso? ¿Cómo podía volver a confiar después de haber sido herido tan profundamente, no solo por una persona, sino por dos?

—Juré que nunca dejaría que alguien se acercara de nuevo —continuó Thorne, su voz tensa con emoción contenida—. Construí estos muros para protegerme. Para asegurarme de que nadie pudiera volver a hacerme daño de esa manera. El amor es una debilidad, Eliza. Es algo que puede ser usado en tu contra.

Lo miré, con el corazón roto por el hombre que tenía delante. Su frialdad, su distancia, todo tenía sentido ahora. No se había distanciado del mundo porque no le importara. Lo había hecho porque el cuidado lo había llevado al peor tipo de dolor.

—Pensé que si podía controlar todo —dijo Thorne, su voz más baja ahora—, si podía mantener a todos a distancia, podría evitar el dolor. Podría evitar la traición.

Me miró entonces, sus ojos llenos de algo crudo, algo que nunca había visto en él antes: vulnerabilidad.

—Pero contigo —continuó, su voz casi quebrándose—, no puedo mantenerte fuera. No importa cuánto lo intente.

Mi respiración se aceleró, el peso de sus palabras asentándose sobre mí como una pesada manta. Se estaba abriendo, dejándome ver al hombre detrás de la máscara. Y lo que vi no era el frío, distante Duque que había llegado a conocer. Era alguien que había sido herido tan profundamente que se había convencido de que nunca podría volver a amar. Alguien que había construido muros tan altos que pensaba que nadie jamás podría alcanzarlo.

Pero yo lo había hecho.

—Has estado herido —dije en voz baja, mi voz temblando por la emoción—. No puedo imaginar lo que debió ser para ti. Pero, Thorne, no tienes que seguir escondiéndote detrás de esos muros.

Él negó con la cabeza, con una expresión cargada de duda.

—No sé cómo hacer otra cosa —admitió, con la voz tensa.

Di un paso adelante, sintiendo mi corazón latir con fuerza en mi pecho.

—Puedes empezar confiando en mí —dije suavemente—. Yo no soy ella. No soy tu padre. No voy a traicionarte.

Su mirada se desvió de la mía, y por un momento pensé que iba a retroceder de nuevo, que se retiraría a la seguridad de su fortaleza emocional. Pero, poco a poco, volvió a mirarme, y en sus ojos vi una mezcla de miedo y esperanza.

—No sé si puedo —confesó, apenas en un susurro—. No sé si puedo dejarme confiar de nuevo.

Alargué la mano entonces y la apoyé suavemente en su brazo. Su cuerpo se tensó bajo mi toque, pero no se apartó.

—Puedes hacerlo —le dije con suavidad, mi voz firme a pesar del torbellino de emociones que sentía dentro de mí—. Y estaré aquí cuando estés listo para intentarlo.

Nos quedamos allí durante lo que pareció una eternidad, en el silencio de la

sala, con el peso de su pasado colgando entre nosotros como una cortina espesa. Pero también había algo más, algo más ligero, algo que sugería la posibilidad de sanar. De algo más.

La tensión en el aire entre nosotros era palpable. Sus ojos se encontraron con los míos, buscando, inseguros. Sus defensas se estaban desmoronando, poco a poco, y pude ver la vulnerabilidad que tan desesperadamente intentaba ocultar.

Sin pensarlo, respiré hondo y di otro paso hacia él, lo suficiente como para sentir el calor que irradiaba de su cuerpo. Con cuidado, levanté la mano y la coloqué en su hombro, con un toque ligero—propiamente contenido, pero innegablemente íntimo en su simplicidad. Su cuerpo se tensó al principio, como si el simple acto de contacto humano le resultara extraño, pero luego, después de un momento, comenzó a relajarse.

Con delicadeza, coloqué mi otra mano ligeramente en su espalda. No era un abrazo completo, no era la muestra de afecto sin reservas que quería darle, pero era suficiente. Suficiente para hacerle saber que estaba ahí, que no pensaba irme.

—Está bien —susurré, apenas audible—. No tienes que decir nada. Solo... respira.

Sentí cómo su pecho subía y bajaba bajo mi mano, la tensión desvaneciéndose lentamente mientras se permitía este pequeño momento de vulnerabilidad. Su cabeza se inclinó ligeramente, y pude ver la lucha en sus ojos, la batalla entre la parte de él que quería alejarme y la parte que necesitaba esto, necesitaba a alguien que estuviera a su lado en la oscuridad.

Después de lo que pareció una eternidad, soltó un largo y tembloroso suspiro. Sus ojos se suavizaron, solo un poco, y pude sentir cómo su guardia se deslizaba, aunque fuera por un breve instante.

Por primera vez, Thorne se permitió apoyarse en mí, apenas, su cuerpo rozando el mío. No fue mucho, pero fue suficiente para decirme que empezaba a confiar. Lentamente, con cuidado, aparté mis manos, aunque la pérdida de contacto me dejó con una sensación de vacío.

—No tenemos que resolverlo todo hoy —dije en voz baja, dando un paso atrás para darle espacio—. Pero cuando estés listo, estaré aquí.

No dijo nada, pero la mirada en sus ojos, ese destello de algo no dicho, me dijo que, por ahora, eso era suficiente. Los muros de Thorne habían comenzado a desmoronarse, y aunque tomaría tiempo, sabía que el hombre detrás de ellos valía la pena. No era frío ni distante. Estaba herido. Y quizás, solo quizás, estaba listo para dejar de huir.

—No quiero hacerte daño —dijo Thorne suavemente, su voz llena de incertidumbre.

—No lo harás —susurré—. No si dejamos de fingir y empezamos a ser honestos el uno con el otro.

Sostuvo mi mirada por un momento más, sus ojos buscando en los míos como si intentara encontrar la fuerza para creer en lo que estaba diciendo.

Luego, lentamente, asintió.

No era una promesa, pero era un comienzo.

Y por primera vez desde que conocí a Thorne Ashcroft, sentí que lo estaba viendo de verdad.

Aparté la Mirada

Nuestra siguiente reunión no debía sentirse tan pesada. Después de todo lo que Thorne me había contado sobre su pasado, sobre la traición que lo había endurecido, pensé que quizá—solo quizá—habíamos dado un paso adelante. Que estaba listo para dejar entrar a alguien. Que estaba listo para dejarme entrar a mí.

Pero mientras me sentaba frente a él en el silencio del salón, estaba claro que no era así. Thorne estaba retraído, su rostro tan inescrutable como siempre, sus manos apretadas en su regazo como si se preparara para recibir un golpe invisible. El calor que habíamos compartido, la vulnerabilidad que me había mostrado, se habían desvanecido, reemplazados por la máscara de indiferencia que tan bien sabía llevar.

Quería acercarme a él, decirle que no tenía que cargar con todo eso solo. Que no tenía que seguir fingiendo que no necesitaba a nadie. Pero cada vez que abría la boca, las palabras se me quedaban atascadas en la garganta, y el silencio entre nosotros se hacía más y más pesado.

Me removí en mi asiento, desesperada por romper el silencio que se había vuelto insoportable. Intenté decir algo ligero, algo que aliviara la tensión que colgaba en el aire. —Tu madre me estuvo hablando de ese nuevo tapiz en el ala oeste —dije, esbozando una pequeña sonrisa—. Parece bastante orgullosa de él.

Thorne ni siquiera me miró. —Está bien, supongo —respondió secamente, su voz plana. Sus ojos estaban distantes, enfocados en algún lugar más allá de mí, como si la conversación—y yo—fuéramos lo último en lo que pensaba.

Mordí mi labio, resistiendo el impulso de moverme nerviosamente. —Y tu biblioteca... Aún no he visto esa colección de primeras ediciones raras que mencionaste.

—Quizá en otro momento —dijo, su tono despectivo, con un leve destello de irritación en su rostro.

Sentí una punzada de frustración. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué, después de todo lo que me había contado, se estaba cerrando de nuevo? Pensé que tal vez, solo tal vez, estaba logrando llegar a él. Pero ahora, sentía que

estaba justo donde había empezado, frente al frío y distante Duque de Ashmore, que se negaba a dejar entrar a alguien.

Lo intenté de nuevo, suavizando mi voz, esperando sacarlo de la coraza a la que había vuelto a refugiarse. —Thorne... no tiene por qué ser así. Podemos hablar. De cualquier cosa, de verdad. No tiene por qué ser...

—Eliza —me interrumpió, con un tono cortante—. No quiero hablar.

La contundencia de sus palabras me hirió, más de lo que esperaba. Lo miré, el silencio entre nosotros volviéndose más pesado por segundos, y por primera vez, no estaba segura de si alguna vez lograría atravesar las murallas que había construido a su alrededor.

Finalmente, no pude soportarlo más. —Thorne —dije, mi voz suave pero firme—, no tienes que seguir alejándome.

No respondió al principio, su mirada fija en la ventana, observando cómo la lluvia caía en lentas y constantes gotas sobre el vidrio. Pero pude ver la tensión en su mandíbula, la forma en que sus hombros se endurecían ante mis palabras.

—No te estoy alejando —dijo en voz baja, su tono rígido y controlado.

—Sí, lo estás —repliqué, inclinándome un poco hacia adelante, con el corazón encogido por la necesidad de llegar hasta él—. Puedo verlo. Estás retrocediendo de nuevo.

Los ojos de Thorne se encontraron con los míos, oscuros y resguardados, y por un breve momento, pensé que vi una grieta en su armadura. Pero tan rápido como apareció, desapareció.

—Thorne —intenté de nuevo, con una voz un poco más firme esta vez—, estoy aquí. No tienes que...

—Sé que estás aquí —me interrumpió, su voz baja y distante. Sus ojos se encontraron con los míos brevemente antes de alejarse de nuevo, como si incluso el esfuerzo de mirarme fuera demasiado.

Esperé, esperando que dijera algo más, pero no lo hizo. El silencio entre nosotros era ensordecedor, el peso de todo lo que no se decía llenando la habitación.

—No tienes que fingir que nada de esto importa —dije, inclinándome un poco más hacia adelante, mis manos aferrándose al borde de mi silla—. Sé lo que estás haciendo, y...

—No estoy haciendo nada —me interrumpió de nuevo, su tono más afilado ahora, aunque su mirada seguía distante—. Te conté lo que querías saber. ¿No es suficiente?

—No, no lo es —dije, con la frustración aflorando en mi voz—. Me lo contaste porque no te quedó de otra, porque te empujé. Pero ahora, actúas como si nada de eso importara. Como si yo no importara.

—No estoy fingiendo nada, Eliza —dijo, su voz fría y distante—. Estoy bien, y no necesito que nadie me consuele.

Sus palabras me hirieron, pero me negué a dejar que me alejaran. Sabía lo que era esto, su forma de protegerse, de mantenerme a distancia para no tener

que enfrentarse al riesgo de ser herido de nuevo. Pero no iba a dejar que se retirara. No sin pelear.

—No estoy aquí para consolarte, Thorne —dije, con un tono más firme ahora—. Estoy aquí porque me importas. Porque quiero ayudarte. Pero sigues actuando como si no necesitaras a nadie, como si pudieras manejarlo todo solo. Y eso no es verdad.

Su expresión se endureció, y pude ver la frustración burbujeando bajo la superficie. —He manejado las cosas solo durante años, Eliza. No necesito la ayuda de nadie.

—Ese es el problema —repliqué, con la frustración en mi voz elevándose para igualar la suya—. Sigues apartando a todo el mundo. No puedes esperar simplemente...

—¿Esperar qué? —me interrumpió de nuevo, esta vez con más vehemencia, sus ojos brillando de ira contenida—. ¿Que todo el mundo se quede y me cuide? ¿Que simplemente me abran los brazos y lo solucionen todo?

Me quedé en silencio, sorprendida por la intensidad de su respuesta. Pero no iba a retroceder. —No, no es eso. Pero alejar a todos no es la solución. Yo quiero estar aquí para ti, Thorne. Pero tienes que dejarme.

Thorne se levantó de repente, apartándose de mí, su rostro marcado por una mezcla de furia y desesperación que rara vez mostraba. —No lo entiendes, Eliza. Nadie lo hace.

Me levanté también, incapaz de soportar el peso de su alejamiento. —Entonces explícamelo —dije, mi voz más firme ahora, aunque temblaba por dentro—. Dime por qué sigues alejándome, por qué insistes en cargar todo solo.

Él me miró por un momento, sus ojos oscuros como el mar en una tormenta. Y por un segundo, pensé que iba a hablar, que finalmente me diría lo que tanto lo atormentaba. Pero en lugar de eso, se dio la vuelta, alejándose de mí hacia la puerta.

—No puedo —murmuró, su voz apenas un susurro antes de salir de la habitación.

Me quedé allí, sintiendo cómo todo lo que había intentado construir con él se desmoronaba poco a poco. Thorne había levantado muros a su alrededor, muros tan altos que ni siquiera yo, con todo lo que sentía por él, podía derribar. Y mientras lo veía alejarse, supe que, por mucho que lo intentara, no podría salvarlo de sí mismo.

—¿Esperar qué? —dijo, su voz fría, con un filo cortante en sus palabras—. ¿Que todo siga como si algo hubiera cambiado? Porque nada ha cambiado, Eliza.

Tragué con fuerza, dolida por sus palabras, pero no estaba lista para rendirme.

—Crees que tienes que hacerlo todo solo. Que tienes que ser esta... esta isla, completamente aislado de todos. No tienes por qué seguir alejando a la gente.

Thorne soltó un resoplido agudo, y sus manos se tensaron en su regazo

como si estuviera luchando por contener la tormenta que se agitaba en su interior.

—¿Y qué quieres que haga, Eliza? ¿Que me abra? ¿Que me vuelva vulnerable? ¿Arriesgarlo todo de nuevo?

—Sí —dije, con el corazón latiéndome con fuerza—. Porque esa es la única manera de que realmente vivas. Has pasado tanto tiempo escondiéndote detrás de esos muros, convenciéndote de que no necesitas a nadie. Pero no es verdad. Sí necesitas a la gente. Me necesitas...

—No te necesito —me interrumpió Thorne, su voz de repente áspera, cortando el aire como una cuchilla.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, y por un momento apenas podía respirar. Lo miré, sintiendo el peso de su rechazo caer sobre mí como una manta pesada. Sabía que no lo decía en serio. Era su miedo hablando, su manera de protegerse. Pero escucharlo decirlo, escucharlo alejarme de una forma tan contundente, dolió más de lo que quería admitir.

Tragué de nuevo, luchando contra el ardor de las lágrimas.

—No lo dices en serio.

La mandíbula de Thorne se tensó, y desvió la mirada, negándose a encontrarse con la mía.

—No entiendes, Eliza. Crees que lo haces, pero no es así.

—Entonces ayúdame a entender —rogué, con la voz más suave ahora—. Ayúdame a ver lo que pasa por tu cabeza. Quiero entenderlo, pero no me dejas entrar.

Él soltó una risa amarga, el sonido hueco y lleno de dolor.

—No hay nada que entender. No necesito a nadie. Nunca lo he necesitado. Y desde luego no necesito que vengas aquí a intentar arreglarme como si fuera algo roto.

—No intento arreglarte —dije, mi voz temblando con la emoción—. Estoy intentando ayudarte. Pero sigues actuando como si necesitar a alguien fuera una debilidad. No lo es. Thorne, no lo es.

Se levantó bruscamente, dándome la espalda, sus manos cerradas en puños a los lados.

—No necesito tu ayuda, Eliza. No necesito a nadie.

Las palabras resonaron en la habitación silenciosa, y sentí un nudo formarse en mi garganta mientras lo observaba, su cuerpo rígido de tensión. Se estaba retirando de nuevo, escondiéndose detrás de los muros que había pasado años construyendo. Y por mucho que quisiera alcanzarlo, no podía atravesarlos.

No así.

Me levanté lentamente, respirando hondo para calmarme.

—No estoy aquí porque piense que estás roto —dije en voz baja—. Estoy aquí porque me importas. Porque te veo. Y sé que, en algún lugar, debajo de todo esto, tú también te importo.

Los hombros de Thorne se tensaron, pero no se dio la vuelta. Esperé,

deseando—rogando—que dijera algo, que diera un solo paso hacia adelante. Pero el silencio se alargó, espeso y sofocante, hasta que quedó claro que no estaba listo.

No todavía.

Reprimí las lágrimas que amenazaban con desbordarse y me dirigí hacia la puerta, con el corazón pesado por el peso de su rechazo. Pero antes de irme, me giré hacia él una última vez, con la voz suave pero firme.

—No tienes que hacer esto solo, Thorne —dije—. No tienes que seguir alejándome. Pero no puedo obligarte a dejarme entrar. Eso tiene que ser tu decisión.

No respondió, su espalda seguía vuelta hacia mí, su cuerpo una silueta tensa contra la luz menguante. Esperé, esperando—esperando—que se diera la vuelta, que finalmente tomara la oportunidad que le estaba ofreciendo.

Pero no lo hizo.

Con el corazón encogido, me di la vuelta y salí de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de mí.

Mientras caminaba por el pasillo, la sensación de vacío en mi pecho se hacía más pesada con cada paso. Había intentado llegar hasta él. Había intentado derribar los muros que había construido a su alrededor. Pero Thorne seguía demasiado asustado, demasiado consumido por la idea de que no necesitaba a nadie más. De que no me necesitaba a mí.

Y por mucho que doliera, sabía que no podía obligarlo a cambiar. Tenía que ser él quien decidiera si estaba listo para dejar de huir. Listo para dejar de esconderse detrás de su dolor.

Pero por ahora, no lo estaba.

Y me quedaba con la dolorosa sensación de que quizá nunca lo estaría.

Un Corazón Dividido

El fuego chisporroteaba suavemente en la chimenea, proyectando largas sombras titilantes por las paredes de mi estudio. Me sentaba solo en la tenue luz de la habitación, mirando las llamas, aunque apenas las veía. Mi mente estaba muy lejos, atrapada en un bucle de recuerdos y palabras de las que no podía escapar.

No tienes que hacer esto solo, Thorne.

La voz de Eliza resonaba en mi cabeza, la sinceridad de sus palabras permanecía como un susurro lejano, a pesar de cuánto intentaba apartarlo todo. Había pasado años perfeccionando el arte del desapego—construyendo una vida cuidadosamente medida y controlada, donde las emociones se mantenían a raya, y nadie podía acercarse lo suficiente como para herirme.

Pero entonces ella irrumpió en mi vida, con su lengua afilada, su espíritu indomable y su desesperante habilidad para verme—realmente verme. Y ahora, estaba atrapado aquí, solo con mis pensamientos, incapaz de sacudirme el peso de lo que había dicho.

No puedo estar con alguien que tiene demasiado miedo de amar.

Solté un lento y tembloroso suspiro, pasándome una mano por la cara. Tenía razón. Claro que la tenía. Había estado huyendo. Huyendo de lo que más temía: la vulnerabilidad. El amor había sido una debilidad, una trampa en la que había caído antes, solo para que me rompieran el corazón y destrozaran mi confianza. Era más seguro mantenerme a distancia, conservar el control, no dejar que nadie entrara.

Pero, ¿y si me equivocaba?

Apreté los puños, mi corazón latiendo con fuerza mientras luchaba con la pregunta que me había estado carcomiendo desde que Eliza salió de la habitación. ¿Y si cerrar mi corazón al amor no me estaba protegiendo? ¿Y si solo me estaba dejando más aislado, más solo?

Eliza me había desafiado de maneras que no esperaba—me había empujado a confrontar partes de mí que había enterrado durante tanto tiempo que casi había olvidado que existían. Con ella, había sentido cosas que no me había permitido sentir en años. Deseo, conexión, la posibilidad de algo más. Algo más

profundo.

Me levanté bruscamente, la silla raspando el suelo mientras comenzaba a caminar de un lado a otro en la habitación, tratando de sacudirme el peso de mis pensamientos. Pero por mucho que me moviera, por mucho que intentara distraerme, cada recuerdo de ella volvía a mí. Cada discusión, cada debate, cada momento en silencio cuando parecía que los muros entre nosotros finalmente empezaban a derrumbarse.

No tienes que seguir alejándome.

Sus palabras volvieron a golpearme, y dejé de caminar, mis manos tensas a los lados mientras la realidad se deslizaba lentamente.

Ella había tenido razón desde el principio.

Había pasado tanto tiempo convenciéndome de que no necesitaba a nadie—que el amor era una carga, un peligro a evitar a toda costa. Pero la verdad era que había estado huyendo de algo de lo que no podía escapar. Había estado alejando a la única persona que realmente me entendía.

Eliza era diferente. Ella veía a través de mis defensas, me desafiaba, me obligaba a enfrentar partes de mí que no quería enfrentar. Y aun así, en lugar de irse cuando las cosas se complicaron, se quedó. Luchó por mí, incluso cuando yo no podía luchar por mí mismo.

¿Y qué hice yo? La alejé. La rechacé, aun cuando cada parte de mí quería acercarla. Me dije a mí mismo que era lo mejor, que era más seguro así. Pero la verdad era que alejarla no me había hecho sentir más seguro.

Me había dejado vacío.

Solté un resoplido amargo, apoyándome en el borde de mi escritorio mientras todo el peso caía sobre mí de golpe. Si seguía corriendo—si seguía escondiéndome detrás de estos muros que había construido—la perdería. Y esa idea, la de perder a Eliza, era insoportable.

Ella había sido la única constante en mi vida desde el momento en que nos conocimos, incluso cuando discutíamos, incluso cuando traté de negar cuánto había logrado meterse bajo mi piel. Y ahora, ante la posibilidad de una vida sin ella, me di cuenta de lo mucho que significaba para mí.

Más que eso, me di cuenta de lo mucho que la quería en mi vida.

Pero quererla significaba arriesgarme. Significaba abrirme a la posibilidad de ser herido de nuevo. De ser vulnerable de maneras en las que no lo había sido desde... desde la traición que me dejó roto.

Me quedé allí, mirando las llamas mientras chisporroteaban y bailaban, la luz del fuego proyectando un suave resplandor sobre la habitación. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, dividido entre la seguridad de los muros que había levantado y el tirón de algo mucho más aterrador: el amor.

¿Podría hacerlo? ¿Podría permitirme sentir de nuevo, después de todo lo que había pasado? ¿Podría arriesgar mi corazón por alguien que podría herirme?

Pero mientras estaba allí, los recuerdos de Eliza inundaban mi mente—su agudo ingenio, su risa, la forma en que sus ojos brillaban con fuego cuando me desafiaba. La forma en que me había besado, tanto en el baile de máscaras

como junto al estanque, con una pasión que me dejó sin aliento. Y la forma en que me había mirado, incluso después de todo, con una ternura que me hizo querer creer que quizá—solo quizá—todavía había esperanza para nosotros.

Si la dejaba ir ahora, sabía que lo lamentaría el resto de mi vida.

Respiré hondo, la tensión en mi pecho aliviándose un poco mientras tomaba mi decisión. No podía seguir viviendo así. No podía seguir corriendo. Eliza tenía razón—alejarse no me estaba protegiendo. Solo me estaba dejando más solo, más aislado. Y si no tomaba el riesgo ahora, si no me permitía sentir, la perdería.

Y ese era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

Me enderecé, la resolución creciendo dentro de mí mientras miraba las llamas, con el corazón latiendo con una mezcla de miedo y anticipación. No iba a ser fácil. Dejar ir el control, permitirme ser vulnerable, me aterrorizaba. Pero la idea de perder a Eliza me aterrorizaba aún más.

Había pasado mi vida viviendo en aislamiento, convencido de que era más seguro mantenerme emocionalmente distante. Pero ahora, me daba cuenta de que el mayor riesgo no era abrirme al amor.

Era vivir sin él.

Y no estaba listo para renunciar a la única persona que me había hecho sentir que el amor valía la pena.

La Realización

Llevaba horas paseando por la habitación, o al menos eso me parecía, pero no estaba sirviendo de nada. Mis pensamientos eran un enredo caótico, cada uno tirando en una dirección diferente, todos girando en torno al mismo hombre desesperante.

Thorne.

¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo me había permitido enamorarme tan profundamente de alguien tan empeñado en mantenerme a distancia? Cada vez que creía que estábamos avanzando, que él estaba listo para dejarme entrar, retrocedía. Se alejaba. Me dejaba ahí, sintiendo que era yo quien pedía demasiado.

Pero, ¿lo hacía? ¿Realmente estaba pidiendo tanto al querer a alguien que no temiera al amor? Alguien que no viera las emociones como una debilidad que debía evitarse a toda costa.

Y sin embargo, aquí estaba, atrapada en este bucle interminable de querer y esperar, sin saber nunca dónde me encontraba con él. Un momento, compartíamos algo real—algo que sentía que podía ser el comienzo de algo más. Al siguiente, se cerraba, se aislaba, y actuaba como si estuviéramos de nuevo en el punto de partida. Era frustrante.

Dejé de pasear, apoyándome en el alféizar de la ventana mientras miraba la oscura noche. La luna estaba alta, proyectando una luz pálida sobre el jardín de abajo, pero mi mente estaba muy lejos de la tranquila escena exterior. Seguía repitiendo nuestra última conversación, la forma en que Thorne me había apartado, la frialdad en su voz mientras intentaba convencerme de que no necesitaba a nadie. Que no me necesitaba a mí.

Solté un suspiro de frustración, mi corazón dolido por el peso de todo. Quizás tenía razón. Quizá no entendía. Quizá nunca lo haría. Había sido herido de maneras que no podía imaginar—traicionado por las personas en las que más confiaba. Y sabía que ese tipo de dolor no desaparecía simplemente. Se quedaba, arraigado en lo más profundo, haciéndote desconfiar de volver a abrirte.

Pero yo no le estaba pidiendo que olvidara. No le pedía que fingiera que su

pasado no existía. Le pedía que se arriesgara, que confiara en mí, que confiara en nosotros.

Y no podía.

O quizás no quería. Quizás simplemente no quería.

Ese pensamiento me golpeó como un puñetazo en el estómago, y cerré los ojos, intentando apartarlo. Pero era inútil. La verdad comenzaba a hundirse, y por más que no quisiera admitirlo, no podía negarlo por más tiempo.

Thorne tal vez nunca sería capaz de abrir su corazón.

No importaba cuánto me preocupara por él, no importaba cuánto deseara que esto funcionara, no podía obligarlo a sentir algo que no estaba listo para sentir. No podía derribar esos muros por él. Esa decisión tenía que ser suya.

Pero entonces... ¿lo había presionado demasiado? ¿Lo había empujado más allá de lo que podía soportar?

Había momentos en los que me preguntaba si había hecho justamente eso. Momentos en los que me cuestionaba si había empeorado las cosas al insistir, al pedir más de lo que él era capaz de dar. Quería que se abriera, que fuera vulnerable, pero ¿lo estaba asfixiando con mis expectativas?

Quizás, en el fondo, había estado intentándolo demasiado. Tal vez por eso seguía alejándose. Quizá, sin darme cuenta, me había convertido en aquello que más temía—en la persona que esperaría demasiado, que exigiría demasiado. La persona de la que tenía que protegerse.

Había intentado entender su dolor, darle espacio, pero cada vez que me acercaba, no podía evitar pedir más. ¿Eso era egoísta por mi parte? ¿Estaba equivocada por querer un amor que se sintiera completo, no fracturado por el miedo?

Sentí un nudo formarse en mi garganta, la realidad de la situación cayendo sobre mí como un pesado manto. Me había enamorado de él. A pesar de todo— a pesar de su frialdad, de su distancia emocional, de su desesperante incapacidad para expresar lo que sentía—me había enamorado de él. Profunda, irrevocablemente enamorada de un hombre que tal vez nunca podría devolverme ese amor.

Las lágrimas picaban en las comisuras de mis ojos, pero parpadéé rápidamente, negándome a dejar que cayeran. Había estado aferrada a la esperanza de que de alguna manera, él cambiaría—de que vería lo que teníamos, lo que podríamos tener, y finalmente me dejaría entrar. Pero la esperanza no era suficiente. Ya no.

Merecía algo más que una conexión a medias. Merecía a alguien que no tuviera miedo de amarme. A alguien que no viera la vulnerabilidad como algo que debía temerse, sino como algo que debía abrazarse.

Y si Thorne no podía darme eso, entonces tendría que dejarlo ir.

La realización me golpeó con fuerza, dejándome sin aliento mientras me quedaba allí, con las manos aferradas al alféizar de la ventana. No quería dejarlo ir. No quería caminar lejos. Pero, ¿qué opción tenía? No podía pasar mi vida esperando a que cambiara, esperando a que decidiera que yo valía la pena.

No podía seguir aferrándome a la esperanza de que un día se despertaría y se daría cuenta de que me amaba, de que quería estar conmigo.

Merecía más que eso.

Pero mientras ese pensamiento echaba raíces en mi mente, un nuevo sentimiento comenzó a agitarse. Miedo, sí, pero también algo más profundo—algo que no había reconocido por completo hasta ahora.

Amor.

Estaba enamorada de él. Verdaderamente, profundamente enamorada de Thorne Ashcroft, incluso con todos sus defectos, sus miedos, su desesperante negativa a dejarme entrar. Lo amaba, y ese amor no era algo que pudiera simplemente apagar, por mucho que quisiera hacerlo.

Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente cayeron, deslizándose por mis mejillas mientras la verdad de todo me envolvía. Lo amaba, pero no podía seguir luchando por alguien que no quería luchar por mí.

Pero, ¿era eso todo? ¿Estaba realmente lista para marcharme?

Me limpié las lágrimas, mirando hacia la noche mientras consideraba esa posibilidad. ¿Podría avanzar sin él? ¿Podría encontrar una manera de dejar ir el amor que sentía por él, aunque él no pudiera devolverlo?

La respuesta era no.

Por más que doliera admitirlo, sabía que no estaba lista para dejarlo ir. No aún. No estaba lista para rendirme, no cuando aún había una parte de mí que creía que él podía cambiar. Que podía dejarme entrar, si tan solo estaba dispuesto a tomar el riesgo.

Pero no podía esperar para siempre. No lo haría.

Tenía que decidir. Y pronto.

Porque aunque lo amaba—Dios, lo amaba—no podía seguir persiguiendo a alguien que no quería ser alcanzado.

La realización se asentó en mí, agridulce y dolorosa, pero también trajo consigo una extraña sensación de claridad. Este era un punto de inflexión, un momento en el que tenía que decidir lo que quería—lo que merecía. Y por mucho que lo amara, tenía que elegirme a mí misma primero.

Me alejé de la ventana, con el corazón pesado pero resuelto. No podía controlar lo que Thorne hacía, no podía obligarlo a cambiar. Pero sí podía controlar lo que yo haría a continuación. Podía elegir amarlo, con todos sus defectos, pero no dejaría que ese amor me consumiera.

Si él no estaba listo para dar el salto, entonces tendría que seguir adelante sin él.

Pero aún esperaba—más que nada—que cuando llegara el momento, él fuera lo suficientemente valiente para encontrarme a mitad de camino.

Un Rayo de Esperanza

Siempre había creído que el control era la clave para sobrevivir. Que si lograba mantener mis emociones encerradas, si me protegía del mundo, estaría a salvo. A salvo del dolor, de la traición, del riesgo de perderlo todo otra vez. Durante años, esa creencia me había servido bien. Me había mantenido firme, me había mantenido a la defensiva.

Pero ahora, sentado solo en el silencio de mi estudio, mirando el fuego que parpadeaba débilmente en la chimenea, me di cuenta de cuán equivocado estaba.

Eliza.

Su nombre resonaba en mi mente, nítido y claro, cortando la niebla de dudas que había nublado mis pensamientos durante tanto tiempo. Ella había irrumpido en mi vida, desbaratando el equilibrio que había mantenido durante años, desafiando todo lo que pensaba saber sobre mí mismo. Me había hecho sentir de nuevo, algo que había pasado una vida evitando. Y ahora, en la tranquilidad de la noche, con solo el sonido de mi propia respiración llenando la habitación, supe la verdad de la que había estado huyendo.

No podía vivir sin ella.

La realización me golpeó como un rayo, súbita y electrificante, pero también aterradora. Había pasado tanto tiempo construyendo muros, convenciéndome de que estaba mejor solo, que dejar entrar a alguien solo me llevaría a más dolor. Pero Eliza había cambiado todo eso. Me había hecho ver que el amor no era una debilidad. Era fuerza. Era esperanza.

Y casi la había dejado escapar entre mis dedos.

Me levanté bruscamente, la silla raspando contra el suelo mientras empezaba a caminar por la habitación, con el corazón laténdome con una urgencia que no había sentido en años. Había sido un idiota, un completo idiota, por apartarla. Por convencerme de que no la necesitaba, que estaba mejor viviendo en aislamiento. Pero la verdad era que, sin Eliza, no había estado viviendo, solo existiendo. Y ahora, la idea de vivir sin ella, de no volver a escuchar su agudo ingenio o sentir el calor de su presencia a mi lado, era insoportable.

Dejé de caminar, con las manos apretadas a los costados mientras miraba las llamas, las sombras titilantes bailando en las paredes. El peso de mi propio miedo me había mantenido inmóvil, me había impedido reconocer la verdad que había crecido dentro de mí desde el momento en que la conocí.

Pero ya no podía dejar que ese miedo me controlara.

No podía dejar que se marchara.

Respiré hondo, sintiendo cómo mi pecho se tensaba mientras, por primera vez en años, me permitía sentir de verdad. Las emociones que había mantenido enterradas, las que había pasado tanto tiempo reprimiendo, surgieron a la superficie en una oleada que casi me hizo perder el equilibrio.

La amaba.

Era así de simple y a la vez tan complicado. Amaba a Eliza Marston. Y la idea de perderla, de no volver a ver ese fuego en sus ojos, de no sentir el calor de sus labios contra los míos, era más aterradora que cualquier desamor que hubiera sufrido antes.

Tenía que actuar. Ahora.

Me giré sobre mis talones, con la mente acelerada ante la idea de que tenía que encontrarla antes de que fuera demasiado tarde. No podía dejar que pasara otro momento sin decirle lo que sentía, sin mostrarle que estaba listo, listo para romper las barreras que había construido, listo para abrazar la incertidumbre del amor, el riesgo de la vulnerabilidad.

Pero al llegar a la puerta, con la mano suspendida sobre el pomo, me asaltó un pensamiento.

¿Qué tal si ya no me quería?

¿Qué tal si había esperado demasiado, la había empujado demasiado lejos, y ahora ella había renunciado a mí?

La duda comenzó a roerme, tambaleando los bordes de mi determinación. Había visto el dolor en sus ojos la última vez que hablamos, la frustración en su voz cuando me dijo que no podía estar con alguien que se negaba a sentir. ¿Y si la había apartado para siempre?

Apreté la mandíbula, con la mano tensándose alrededor del pomo. No podía pensar así. No podía dejar que el miedo al rechazo me detuviera ahora. No cuando por fin estaba listo para luchar por ella, por nosotros.

Abrí la puerta y salí al pasillo, con el corazón acelerado mientras atravesaba la casa silenciosa. El aire estaba fresco, y la luz de la luna se filtraba a través de las altas ventanas, proyectando un resplandor etéreo sobre el suelo. Cada paso que daba me parecía un paso hacia algo más grande, algo más aterrador y emocionante que cualquier cosa que hubiera conocido.

Para cuando llegué a la puerta principal, mi determinación se había solidificado en algo inquebrantable. No podía perderla. No ahora. No cuando finalmente había comprendido que era lo único que me había hecho sentir vivo.

Al salir, el aire frío de la noche golpeó mi rostro, afilado y refrescante, pero hizo poco por calmar la tormenta de emociones que rugían dentro de mí. Tenía que encontrarla. Tenía que decirle todo: cuánto me había cambiado, cuánto

significaba para mí. Tenía que demostrarle que estaba listo para ser el hombre que necesitaba, el hombre que no temía amarla como se merecía.

El camino se extendía oscuro y silencioso ante mí, pero no dudé. Mis pies me llevaron adelante, impulsado por la urgencia de mi realización, por el conocimiento de que, si no actuaba ahora, la perdería para siempre. Y ese era un destino que simplemente no podía aceptar.

Con cada paso, los recuerdos de Eliza inundaban mi mente: su risa, su terquedad, la forma en que sus ojos brillaban cuando me desafiaba, cuando me empujaba a ser mejor, a sentir más. Había sido ella quien había roto los muros que había construido tan cuidadosamente, la que me hizo ver que el amor no era algo que se debía temer.

Y ahora, tenía que demostrarle que estaba listo. Listo para correr el riesgo, para abrir mi corazón, para ser vulnerable de maneras que nunca lo había sido antes.

A medida que me acercaba a la finca de los Marston, mi corazón latía con más fuerza, mi respiración se aceleraba con una mezcla de anticipación y miedo. No sabía qué iba a decir, no sabía si siquiera querría escucharme. Pero no podía dejar que eso me detuviera.

Tenía que intentarlo.

Porque la idea de vivir sin Eliza, de dejarla escapar, era insoportable.

Y por primera vez en mi vida, estaba listo para arriesgarlo todo por amor.

Para cuando llegué a la finca de los Marston, con el corazón latiéndome con fuerza por partes iguales de anticipación y temor, ya había repasado una docena de formas diferentes de decirle a Eliza lo tonto que había sido. Cada escenario era más emotivo y dramático que el anterior, imaginando una gran declaración que la dejaría sin aliento, haciéndole ver que ella tampoco podría vivir sin mí.

Lo que no había previsto era que el mayordomo me informara que... había desaparecido.

—Señorita Eliza no está aquí, mi señor —dijo, con un tono cortés pero demasiado despreocupado para la gravedad de la situación.

Parpadeé, apenas conteniendo mi frustración. —¿Cómo que “no está”? ¿Dónde diablos se ha ido?

—A Glasgow, mi señor —el mayordomo carraspeó, claramente incómodo—. Señorita Eliza y Señor William partieron a principios de semana.

—¿A Glasgow? —repetí, incrédulo—. ¿Por qué iría a Glasgow?

—Los detalles no están muy claros, mi señor —interrumpió el mayordomo, con el rostro cuidadosamente impasible—. Pero por lo que entiendo, fue allí para... estudiar plantas raras. Una expedición botánica, si se quiere.

—Expedición botánica —repetí, con la voz plana. Estamos hablando de Eliza, la misma que una vez me dijo que los helechos eran “sospechosamente sigilosos” porque crecían en la sombra.

—Sí, mi señor —confirmó el mayordomo, luciendo como si preferiría estar en cualquier otro lugar—. Parece que está bastante interesada en la flora

autóctona de Yorkshire.

Apreté la mandíbula. ¿Flora autóctona? Los intereses de Eliza eran tan impredecibles como el clima, pero ¿plantas? Esto no era una simple tarde de té con un poco de chismes; se había marchado a las tierras salvajes de Yorkshire por “botánica”. Y, naturalmente, William había ido con ella. Otra vez.

El mayordomo debió notar mi incredulidad, porque vaciló antes de añadir: —También se mencionó algo sobre un erizo... raro.

Lo miré fijamente. ¿Un erizo raro? Esto ya era más que absurdo. —¿De verdad espera que me crea que está recorriendo Yorkshire en busca de plantas y erizos?

El mayordomo tosió suavemente, su incomodidad ahora palpable. —Solo transmito la información que me dieron, mi señor.

Apreté la mandíbula, una mezcla de molestia y... algo que se parecía peligrosamente a los celos retorciéndose en mi pecho. William. Por supuesto. Siempre estaba a su lado, metido en estas ridículas aventuras, mientras yo me quedaba dando vueltas, intentando descubrir cómo arreglar lo que había echado a perder.

—Gracias —dije entre dientes. El mayordomo asintió brevemente y, para mi alivio, se retiró.

Me quedé allí por un momento, el aire fresco de la noche haciendo poco para calmar la frustración que crecía dentro de mí. Yorkshire. Eliza estaba allá afuera, quién sabía dónde, correteando con su hermano en otra de sus absurdas escapadas.

Esto ya había llegado demasiado lejos.

Me dirigí hacia la casa de George, donde lo encontré tumbado con una copa en la mano, luciendo demasiado despreocupado para ser el hermano de alguien que había desaparecido en busca de erizos ficticios.

Cuando le pregunté por el paradero de Eliza, George simplemente se encogió de hombros, dando un sorbo perezoso a su bebida. —Está con William, por supuesto. La última vez que supe de ellos, estaban persiguiendo rumores sobre algún pozo mágico antiguo.

Parpadeé. —¿Un pozo mágico?

—Mm —asintió George, como si eso tuviera todo el sentido del mundo—. Algo sobre un pozo que concede deseos. Aparentemente, Eliza quiere ver si funciona con reptiles. Ya sabes cómo se pone cuando hay una aventura de por medio.

No sabía si reírme o estrangularlo. —¿Un pozo mágico para reptiles?

George sonrió. —¿Qué te puedo decir? Mi hermana tiene una mente creativa. Pero no te preocupes, William está con ella. La mantendrá a salvo.

Fruncí el ceño, los celos volviendo a arder. Ya había oído suficiente sobre cómo William la mantenía a salvo. —¿Dónde exactamente fueron?

George agitó una mano con indiferencia. —Oh, cerca de la costa, creo. Algo sobre acantilados, sirenas y... ya sabes cómo es.

Sirenas. Maravilloso.

Solté una maldición entre dientes, mientras una idea comenzaba a formarse en mi mente. Si no podía encontrarla en Yorkshire, arrastraría a William de vuelta aquí por el cuello si era necesario. No podía monopolizar la atención de Eliza para siempre.

Una Extraña Desaparición

Empezaba a pensar que el mundo conspiraba contra mí. Eliza había desaparecido de mi vida sin decir ni una palabra.

Al principio, parecía algo sin importancia. Mi madre me comentó de forma casual que Eliza no se encontraba bien, y que por eso nuestras reuniones habituales se habían pospuesto. No insistí, suponiendo que no era más que una enfermedad pasajera. Pero a medida que los días pasaban, su ausencia empezó a inquietarme. No solo me estaba evitando, era como si hubiera desaparecido por completo.

No me cuadraba. Eliza no era de las que rehuían una confrontación, y después de todo lo que había pasado entre nosotros, aquello se sentía... incompleto. Inacabado. No podía sacudirme la sensación de que algo estaba mal. Quería verla, hablar con ella, pero cada intento era bloqueado con una excusa u otra.

La siguiente vez que vi a su madre, esperaba obtener alguna claridad. Pero en lugar de eso, su respuesta solo aumentó mi confusión.

—¿Eliza? —Duquesa Marston agitó una mano con desdén, como si la desaparición de su hija no tuviera importancia—. Oh, se ha ido a Yorkshire con William.

—¿A Yorkshire? —repetí, frunciendo el ceño. ¿Por qué estaría en Yorkshire?

Duquesa Marston sonrió vagamente. —Sí, querido. William tenía algunos asuntos allá, y Eliza pensó que sería una buena oportunidad para... ¿qué era? Ah, caza de reptiles, creo.

La miré, completamente atónito. —¿Caza de reptiles?

—Oh, ya conoces a Eliza —rió su madre con ligereza, como si la idea de su hija persiguiendo criaturas escamosas fuera una explicación perfectamente razonable—. Siempre con alguna idea salvaje en la cabeza. Es mejor dejarla que lo resuelva.

Eliza había desaparecido por completo. Incluso cuando pregunté a las demás chicas de su círculo social, no la habían visto en semanas. Algunas decían que estaba recuperándose en la finca de su familia; otras susurraban que estaba en el extranjero. No sabía en qué creer, pero cada día que pasaba sin una

señal de ella me ponía más nervioso.

Cuanto más lo pensaba, más inquieto me sentía. Había intentado olvidarla, apartar los sentimientos que me carcomían desde ese beso junto al estanque, pero no había sido posible. Su ausencia dejó un vacío en mi vida que no había percibido hasta que ella ya no estaba allí para llenarlo.

Quería seguirla a Yorkshire.

La idea me había cruzado la mente más de una vez, y casi había actuado en consecuencia. Pero cuando intenté obtener más información, George, el hermano mayor de Eliza, me detuvo en seco.

—Ya no están en Yorkshire —dijo con un encogimiento de hombros, totalmente despreocupado por el hecho de que su hermana aparentemente había estado recorriendo el campo con su otro hermano, William—. Se fueron. Creo que visitaron a una adivina, ¿quién sabe dónde acabarán ahora?

—¿Una adivina? —repetí, incrédulo.

George asintió, completamente indiferente. —Sí. Alguna mujer excéntrica de la que oyeron hablar por allí. No recuerdo su nombre, pero al parecer, ahora nadie puede encontrarla. Bastante raro, ¿no?

Apreté la mandíbula. William. Siempre era William. Desde que eran niños, esos dos habían sido inseparables, y ahora ese lazo la mantenía alejada de mí. Maldita sea. Entendía que eran hermanos, pero, ¿por qué demonios estaban tan unidos? No era justo. Eliza era mi prometida, y no podía retenerla lo suficiente como para tener una conversación, mientras que William parecía monopolizar toda su atención como si no tuviera nada mejor que hacer.

Sabía que era irracional. Pero eso no impedía que los celos se apoderaran de mí, envolviendo mis pensamientos como una tenaza.

Durante semanas, no tuve noticias. Ni una palabra de Eliza, ni una pista sobre su paradero. Comencé a preguntarme si estaba evitándome deliberadamente. ¿Acaso nuestra última conversación la había afectado tanto? ¿O simplemente William la había arrastrado a otra de sus absurdas aventuras, dejándome a mí para revolverme en mi frustración?

No fue hasta una tarde, durante una conversación intrascendente con Julian, cuando se encendió una chispa de esperanza.

—Hay una fiesta este fin de semana —mencionó Julian con indiferencia, como si no tuviera importancia—. Será todo un evento, por lo que oí. Y, por lo que parece, William ha vuelto a la ciudad.

Mi atención se agudizó de inmediato. —¿William ha vuelto?

Julian asintió, sin parecer notar mi repentino cambio de actitud. —Sí. Lo que significa, por supuesto, que Eliza también asistirá. Son primos de los anfitriones, al fin y al cabo.

Eliza estaría allí.

Por fin.

No pude reprimir la oleada de alivio que recorrió mi cuerpo, seguida rápidamente por una determinación que no había sentido en semanas. La vería en la fiesta, hablaría con ella, obtendría respuestas, algo. Lo que fuera. Y si era

necesario, arrastraría a William a algún rincón oscuro y lo encerraría el resto de la noche para asegurarme de que Eliza no pudiera escabullirse con él una vez más.

No iba a permitir que desapareciera de nuevo. No sin obtener algunas respuestas.

El Corazón del Necio

Nunca me habían importado demasiado los eventos sociales. El interminable desfile de conversaciones ensayadas, el tintineo de las copas, las miradas afiladas de aquellos que vivían para el chisme. Me había acostumbrado a fundirme con el fondo, contento de dejar que el deslumbrante mundo de la alta sociedad pasara de largo. Pero esta noche, mientras permanecía al borde del salón de baile, el usual murmullo de la aristocracia apenas se registraba en mi mente.

Porque esta noche no se trataba de ellos.

Se trataba de ella.

Eliza.

Su nombre latía en mi mente, un ritmo constante que aceleraba mi corazón y enviaba una corriente de determinación por mis venas. Escaneé la abarrotada sala, buscando con la mirada entre los vestidos giratorios y los peinados perfectamente elaborados, pero no había ni rastro de ella.

La duda comenzó a carcomer los bordes de mi resolución. ¿Y si no estaba aquí? ¿Y si había perdido mi oportunidad de arreglar las cosas, de decirle finalmente lo que debía haber dicho hacía mucho tiempo? Pero no—este era uno de los eventos más esperados de la temporada. Tenía que estar aquí.

Tenía que estar.

Mi corazón latía con fuerza, cada nervio de mi cuerpo vibrando con la magnitud de lo que estaba a punto de hacer. Había pasado años perfeccionando el control, dominando el arte del desapego emocional, pero nada de eso importaba ahora. Porque, por primera vez en mi vida, estaba listo para dejar todo eso atrás. Estaba listo para asumir el riesgo.

Estaba listo para amar.

Y necesitaba que ella lo supiera.

Mientras avanzaba entre la multitud de invitados, finalmente la vi. Eliza estaba al otro lado del salón, su cabello oscuro recogido elegantemente, su vestido de un azul profundo que la hacía parecer salida de una de las sombras de la noche. Reía suavemente ante algo que una de las mujeres a su lado había dicho, pero incluso desde lejos, pude ver la tensión en su postura, la rigidez en

su sonrisa.

Estaba fingiendo. Pero yo sabía—sabía—que estaba sufriendo.

Y era mi culpa.

Sin pensarlo dos veces, empecé a caminar hacia ella, la multitud abriéndose a mi paso mientras me movía con un solo objetivo. Mi pulso se aceleraba, mis manos sudaban. Había ensayado este momento cien veces en mi cabeza, pero ahora que había llegado, cada palabra que había planeado parecía disolverse en el aire.

Pero eso no importaba. Los grandes discursos, las declaraciones cuidadosamente preparadas, ya no eran necesarios. No necesitaba ser perfecto. Solo necesitaba ser sincero.

Cuando me acerqué más, ella levantó la mirada y se congeló, sus ojos se encontraron con los míos desde el otro lado de la sala. Su risa se desvaneció de sus labios, reemplazada por una mezcla de sorpresa, incertidumbre y algo más.

Algo que esperaba fuera esperanza.

—Eliza —dije, mi voz baja pero firme cuando me detuve frente a ella. El ruido de la sala se desvaneció, las conversaciones y la música se volvieron un eco lejano. Solo existía ella, solo este momento.

Las personas a nuestro alrededor se movieron, atraídas por la escena que se desplegaba, pero no me importó. Por una vez, no me importaban las miradas ni los susurros ni el juicio de la sociedad.

Lo único que importaba era ella.

—Thorne —susurró, sus ojos abiertos de par en par por la sorpresa—. ¿Qué estás...?

No la dejé terminar. No podía esperar más. —No puedo dejarte ir —dije, mi voz más alta de lo que pretendía, pero no me importó. Quería que el mundo entero lo oyera—. No puedo perderte, Eliza. No ahora. No nunca.

Un silencio cayó sobre la sala, las charlas se apagaron mientras todas las miradas se volvían hacia nosotros. Pero mantuve mis ojos en ella, el resto del mundo desapareció, dejando solo a la mujer que tenía frente a mí. Su rostro era una mezcla de shock y confusión, pero seguí hablando, impulsado por la realización que me había consumido.

—Sé que he sido un idiota —continué, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho—. He pasado demasiado tiempo escondiéndome de mis propios sentimientos, convenciéndome de que el amor era algo que debía temer. Pero me equivoqué. Tú... tú me has mostrado que el amor no es debilidad. Es fuerza. Me has hecho sentir vivo de maneras que nunca creí posibles, y ya no quiero huir de eso.

Sus labios se entreabrieron, pero no pronunció palabra. Estaba sin habla, y por un breve momento, temí haberlo malinterpretado todo, que ella ya hubiera seguido adelante, que mi gran gesto llegara demasiado tarde.

Pero aún no había terminado.

—Lo siento, Eliza —añadí, mi voz bajando de tono—. Por cómo me comporté. Por alejarte cuando debí haberte retenido. No me di cuenta de cuánto

te estaba lastimando, de cuánto nos estaba lastimando a ambos.

Su mirada se suavizó, el conflicto en sus ojos se disolvía en algo que solo podía esperar que fuera perdón.

—Estoy listo, Eliza —dije, mi voz firme a pesar del torbellino de emociones que amenazaban con desbordarme—. Estoy listo para asumir el riesgo. Para amarte como mereces ser amada. Si me aceptas.

Sus ojos estaban abiertos de par en par, su respiración agitada, y por un momento, el tiempo pareció detenerse. La sala, la multitud, la música, todo se desvaneció mientras esperaba su respuesta, con el corazón en la garganta.

Y entonces habló.

—Thorne... —Su voz era apenas un susurro, pero la suavidad en su tono, la ternura en su mirada, enviaron una oleada de esperanza a través de mi pecho—. No puedes simplemente...

Se interrumpió, mirando alrededor a la multitud de rostros sorprendidos, y de repente me di cuenta del peso de lo que había hecho. Estábamos en medio de uno de los eventos más importantes de la temporada, con todos los miembros de la alta sociedad observándonos. Juzgándonos. Pero, por una vez, no me importó su juicio.

—No me importa lo que piensen —dije, leyendo su vacilación, dando un paso más cerca y bajando la voz para que solo ella pudiera oírme—. Esto es entre nosotros, Eliza. Solo tú y yo.

Su mirada volvió a la mía, y pude ver el conflicto en sus ojos, la mezcla de miedo y esperanza que reflejaba lo que yo mismo sentía. Pero luego, lentamente, su expresión se suavizó y la tensión en sus hombros se desvaneció.

—Lo dices en serio —susurró, con asombro en su voz.

Asentí, sintiendo cómo mi pecho se apretaba con la profundidad de lo que estaba a punto de decir. —Te amo, Eliza. He sido un cobarde durante demasiado tiempo, pero ya no lo seré. Te amo, y pasaré el resto de mi vida demostrándotelo si me das la oportunidad.

Sus labios temblaron, y por un momento temí que fuera a llorar, pero en lugar de eso, dejó escapar una suave risa entrecortada. —Eres un tonto, Thorne Ashcroft.

Parpadeé, sorprendido por el repentino tono de diversión en su voz, pero antes de que pudiera responder, dio un paso adelante y levantó la mano, rozando suavemente mi mejilla con los dedos.

—Pero eres mi tonto —dijo suavemente, con la mirada fija en la mía, llena de calidez y afecto—. Y sí, querido tonto, te aceptaré.

La sala pareció estallar en susurros, los jadeos sorprendidos de la multitud apenas se registraron cuando Eliza dio un paso más cerca, su mano deslizándose en la mía, su toque enviando una oleada de alivio y alegría por todo mi cuerpo.

Lo había conseguido. Había asumido el riesgo. Y, por primera vez en mi vida, me sentí verdaderamente libre.

Pero había algo más que necesitaba decir.

—Y otra cosa —murmuré, inclinándome más cerca de ella, con la voz baja y cargada de un tono juguetón mientras sentía el calor de su respiración contra mi piel—. Nada de cazar reptiles sin mí. No es justo, y no es seguro.

Eliza parpadeó, claramente sorprendida por el repentino cambio en nuestra conversación. Frunció el ceño, con la confusión evidente en su rostro, y pude ver la pregunta formándose en sus labios. —Espera, ¿qué?

Pero no le di la oportunidad de preguntar nada más.

En un movimiento fluido, acorté la distancia entre nosotros, deslizándome suavemente mi mano detrás de su cuello mientras inclinaba su rostro hacia el mío. En el momento en que nuestros labios se tocaron, fue como si el mundo desapareciera. Todo el ruido, las risas, el tintineo de las copas del evento a nuestro alrededor—se desvaneció en la nada. Solo existía ella, la suavidad de sus labios contra los míos, el calor de su cuerpo mientras se inclinaba hacia mí.

El beso comenzó despacio, con cautela al principio, como si estuviéramos probando los límites de esta nueva comprensión no verbal que había surgido entre nosotros. Pero luego, como si una presa se rompiera, el beso se profundizó. La atraje más cerca, con mi otra mano posándose en la curva de su espalda, tirando de ella hasta que ya no quedaba espacio entre nosotros. Sus dedos se aferraron a mi abrigo, y pude sentir el ligero temblor que recorrió su cuerpo mientras respondía al beso, abriendo suavemente los labios, invitándome a más.

El sabor de ella—aún con un ligero toque de champán en los labios—era embriagador. Mi pulso se aceleró, y el calor entre nosotros creció, burbujeando justo debajo de la superficie. No era solo un beso; era una promesa, una confrontación. Toda la tensión, las discusiones, las miradas furtivas, los casi-encuentros—todo culminaba en este momento, en este beso que habíamos contenido durante tanto tiempo.

Incliné la cabeza, profundizando el beso aún más, mi lengua trazando el contorno de su labio inferior antes de que ella respondiera con un suave suspiro, enviando una oleada de deseo a través de mí. Quería más, más de ella, más de esto. El mundo a nuestro alrededor podía derrumbarse, y no me habría dado cuenta.

Cuando finalmente nos separamos, nuestras respiraciones se mezclaron en el pequeño espacio entre nosotros. Apoyé mi frente contra la suya, aún sosteniéndola cerca, sin querer dejarla ir. Sus ojos se abrieron lentamente, grandes y aturdidos, y no pude evitar la pequeña sonrisa de satisfacción que se dibujó en mis labios.

—Nada de más escapadas sin mí. Es desesperante —dije en voz baja, mi tono áspero tras la intensidad del beso.

Eliza me miraba, aún procesando todo lo que acababa de pasar. —Yo... ¿qué?

—No más desaparecer, Eliza —reí suavemente, apartando un mechón rebelde de su rostro, dejando que mi pulgar se demorara en su mejilla—. Me has oído.

Antes de que pudiera preguntar algo más, la volví a besar.

El Amor Desenmascarado

La sala contuvo la respiración. El mundo pareció detenerse, atrapado en la estela de la confesión de Thorne—su declaración de amor, cruda y sin filtro, flotando en el aire como una nube de tormenta a punto de estallar, seguida por su repentino beso. Me quedé allí, atónita, mientras todas las miradas en el salón de baile seguían fijas en nosotros—en él. El Duque de Ashmore, un hombre que siempre había parecido intocable, tan perfectamente compuesto, acababa de desnudar su corazón ante el mundo entero.

Y lo único en lo que podía pensar era en lo terriblemente equivocada que había estado con respecto a él.

Durante tanto tiempo me había convencido de que Thorne era incapaz de amar. Que era demasiado frío, demasiado distante, demasiado cerrado para dejar que alguien realmente entrara en su vida. Pero, de pie aquí ahora, observándolo—sus ojos oscuros llenos de vulnerabilidad, su postura habitualmente rígida suavizada por el peso de lo que acababa de admitir—me di cuenta de lo profundo que había sentido todo este tiempo. De lo duro que había luchado contra esos sentimientos, contra el riesgo de abrir su corazón.

Y lo había hecho. Por mí.

La realización me golpeó como una ola, dejándome sin aliento. Este era el hombre del que me había enamorado—imperfecto, complicado, pero real. El hombre que me había desafiado, que me había enfurecido, y que al final, me había hecho ver el tipo de amor que ni siquiera había imaginado.

Eché un vistazo alrededor de la sala, la multitud de rostros atónitos todos girados en nuestra dirección, los susurros ya comenzaban a extenderse entre la multitud como las primeras gotas de lluvia antes de una tormenta. La sociedad observaba. Juzgaba. Esperaba ver qué haría yo a continuación.

Pero en ese momento, nada de eso importaba.

Ni las expectativas. Ni los chismes. Ni las rígidas normas del mundo en el que habíamos nacido.

Lo que importaba era él.

Y lo que importaba era la elección que tenía frente a mí: la elección de vivir

la vida que siempre había imaginado para mí, predecible y segura, o abrazar el desorden del amor que había encontrado con Thorne. Un amor que era real. Impredecible. Hermoso en sus imperfecciones.

La respuesta era clara.

—Eliza... —comenzó, su voz baja y áspera, como si no estuviera seguro de lo que iba a suceder. Como si aún temiera que pudiera rechazarlo.

Pero no lo dejé continuar. No esta vez.

Levanté las manos, tomando su rostro suavemente, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos, la tensión en su mandíbula suavizándose mientras me inclinaba hacia él.

—Eres un tonto —susurré, dejando escapar una pequeña risa entrecortada—. Pero yo también lo soy.

Su ceño se frunció, la confusión cruzando su rostro, pero sonreí, acercándome aún más, con el corazón hinchado por todo lo que había tenido miedo de decir.

—Me has hecho sentir cosas que nunca pensé que podría sentir —dije, con la voz temblando por la emoción—. Me has desafiado, me has empujado, me has hecho sentir viva de maneras que jamás imaginé. Y ya no quiero la vida perfecta y planificada que creía desear.

La sala pareció desvanecerse en el fondo, la multitud no era más que un murmullo distante mientras me encontraba con su mirada, con la profundidad de mis sentimientos finalmente clara en mi propio corazón.

—Quiero esto —continué, con la voz firme—. Te quiero a ti, Thorne. Con todos tus defectos, todos tus miedos. Te amo, y ya no tengo miedo.

Por primera vez desde que nos conocimos, vi cómo la cuidadosamente protegida compostura de Thorne se desmoronaba por completo. Sus ojos se abrieron, su respiración se detuvo por un momento, y parecía que no podía creer lo que estaba diciendo.

Pero era verdad. Cada palabra.

Me había enamorado de este hombre—este imposible, frustrante y maravilloso hombre—y no iba a huir de eso nunca más.

Un suave murmullo de jadeos y susurros recorrió la sala, el peso de la escena desplegándose ante los ojos de la alta sociedad, pero no me importó. El Duque de Ashmore acababa de declarar su amor por mí frente a todos, y ahora era mi turno.

—Te amo —dije de nuevo, más fuerte esta vez, con la voz resonando en toda la sala—. Te amo, Thorne, y siempre te elegiré a ti.

Las palabras flotaron en el aire entre nosotros, y por un momento, pensé que vi un brillo de lágrimas en sus ojos, la emoción cruda que siempre había ocultado bajo su fría fachada finalmente rompiendo la superficie.

—Eliza —susurró, con la voz llena de emoción—. No tienes idea de lo que significas para mí.

Y entonces, antes de que cualquiera de los dos pudiera decir algo más, me besó de nuevo. Nuestro tercer beso en muy poco tiempo. Y probablemente los

más besos que una pareja ha compartido en medio de una fiesta. Pero, no me importaba. No era como nuestros otros besos. No fue el momento robado en el baile de máscaras, ni el beso accidental junto al estanque.

Este beso era algo más profundo, algo crudo y sin reservas. Era el beso de dos personas que finalmente se habían encontrado después de todo—después de todo el miedo, la duda y la vacilación.

Era el beso de un amor plenamente realizado.

La multitud a nuestro alrededor estalló en jadeos, el escándalo de todo aquello sin duda enviaría ondas de choque a través de la sociedad, pero en ese momento, no me importó. No me importaban los susurros, ni el juicio, ni las expectativas que habían pesado sobre mí durante tanto tiempo.

Lo único que importaba era el hombre que me sostenía, el hombre al que amaba.

Cuando finalmente nos separamos, sin aliento y sonriendo, la sala pareció volver a enfocarse, el mundo regresando a su alrededor. Pero no importaba. El futuro que una vez temí—la incertidumbre, el riesgo—ya no me asustaba.

Porque había encontrado lo que realmente quería.

Lo había encontrado a él.

Los Sarcófagos y Los Secretos

Salir con el Duque de Ashmore nunca había sido—y probablemente nunca lo sería—algo ordinario. No eran las cenas formales ni los eventos sociales lo que hacía que nuestra relación fuera única, aunque esos venían con su buena dosis de intriga. No, era la absurda sombra de lo inesperado que nos seguía a todas partes, en su mayoría gracias a William, mi siempre creativo hermano.

Hoy habíamos logrado robar algunas horas para nosotros mismos, caminando por los jardines de la finca de Ashmore. El aire estaba cálido, las flores en plena floración, y por un breve momento, parecía que el mundo se había detenido solo para nosotros. Thorne caminaba a mi lado, con su brazo alrededor de mis hombros, y sentí esa familiar sensación de comodidad asentarse en mí. Era pacífico.

Pero entonces recordé el último rumor que William había lanzado.

—Sabes —dije, mirando a Thorne con una sonrisa traviesa—, hay algo que he querido preguntarte.

Thorne arqueó una ceja, instantáneamente sospechoso. —¿Esa sonrisa esconde algo?

—Oh, nada —respondí, con mi sonrisa ensanchándose—. Solo que hay un rumor corriendo por la alta sociedad sobre ti. Bastante escandaloso, de hecho.

Él dejó escapar un gruñido, ya cansado. —¿Y cuál es este rumor? ¿Que estoy dirigiendo un casino secreto desde la finca?

—Oh, no —dije, esforzándome por mantener la cara seria—. Según William, tienes una obsesión secreta con los sarcófagos egipcios antiguos.

Thorne se detuvo en seco, parpadeando como si acabara de escuchar una completa locura. —¿Qué?

Asentí solemnemente. —Aparentemente, pasas tus noches en un sarcófago, como un auténtico gobernante egipcio. Es la comidilla de la alta sociedad.

Por un momento, solo me miró, completamente impasible. Luego, sus labios temblaron, y antes de darme cuenta, estalló en carcajadas. No era una risita educada ni una sonrisa suave—no, era una risa profunda, de esas que te sacuden los hombros y reverberan en el jardín. Nunca lo había visto reír así, y

era tan contagioso que no pude evitar reír con él.

—Voy a matar a William —logró decir entre risas, aún sonriendo ampliamente mientras se secaba los ojos—. ¿De dónde saca estas cosas?

—Oh, aún no te he contado lo mejor —dije, todavía riendo—. William está convencido de que no solo eres un entusiasta de los sarcófagos. No, también eres un espía y, posiblemente, la reencarnación de un antiguo gobernante egipcio.

Thorne dejó de reír lo suficiente como para mirarme con total incredulidad. —¿Estás bromeando?

—No lo estoy —dije, con voz cargada de falsa seriedad—. De hecho, afirma que estás planeando alguna clase de misión de espionaje grandiosa, recolectando reliquias antiguas bajo la luz de la luna llena. Y tienes un escondite secreto de sarcófagos en algún lugar de la finca.

Los ojos de Thorne se abrieron de par en par, asombrado, antes de que otra ronda de risas lo invadiera. Se apoyó contra un árbol cercano, aún riendo. —Sabía que tu hermano tenía imaginación, pero esto...

—Esto podría ser su mejor obra hasta ahora —asentí—. Según él, debería prepararme para nuestra noche de bodas, porque vas a arrastrarme contigo al sarcófago.

Las carcajadas de Thorne se duplicaron, negando con la cabeza en incredulidad. —¿De verdad dijo eso?

Asentí, intentando no reír demasiado fuerte. —Oh sí. Está bastante convencido de que pasas tus noches envuelto en lino, planeando tu próximo movimiento.

Thorne se enderezó, aún sonriendo. —¿Y qué más cree William que hago además de jugar a ser una momia en mi tiempo libre?

—Bueno —dije, llevándome una mano al mentón, fingiendo pensar—, está bastante seguro de que eres un antiguo gobernante egipcio, condenado a vagar por la Tierra para siempre como un Duque. Eso, y está seguro de que trabajas como agente secreto.

La risa de Thorne volvió a brotar, y no pude evitar unirme a él. —Entonces, ¿soy un antiguo gobernante, un espía y un entusiasta de los sarcófagos? ¿Cómo tengo tiempo para gestionar una finca?

Me reí, dándole un empujón juguetón. —Debes ser muy eficiente con tu tiempo.

Él soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza incrédulo. —No puedo creer que tu hermano haya dicho todo eso. Definitivamente voy a matarlo.

—Te doy ventaja —lo provoqué, mirándolo—. Pero tienes que admitir que es bastante creativo.

La sonrisa de Thorne se suavizó, y alargó la mano para tomar la mía, entrelazando nuestros dedos. —Creativo, sí. Ridículo, absolutamente.

—Pero no está del todo equivocado —dije, mirándolo con una sonrisa traviesa.

Él levantó una ceja. —¿Ah, sí? ¿Y qué parte de la absurda teoría de William

vas a validar?

—Bueno, eres un misterio —dije, acercándome a él—. Quizás no un gobernante egipcio, pero ciertamente alguien con más profundidad de la que la mayoría de la gente ve.

La expresión de Thorne cambió, su mirada se suavizó mientras me miraba. —¿Un misterio, dices?

Asentí, con una pequeña sonrisa asomando en mis labios. —Has pasado tanto tiempo escondido detrás de esos muros, Thorne. Manteniendo a todos a distancia. Pero yo te veo.

Su agarre en mi mano se apretó ligeramente, y por un momento, el humor entre nosotros se desvaneció en algo más íntimo, más profundo.

—¿Y qué es lo que ves, Eliza? —preguntó, su voz baja, la diversión aún presente pero templada por una sinceridad tranquila.

Lo miré, sintiendo mi corazón hincharse con la verdad de lo que iba a decir. —Veo a un hombre que finalmente está aprendiendo a dejarse llevar. Un hombre que no tiene miedo de reírse de sí mismo—o de amar.

Él parpadeó, como si se sorprendiera por el peso de mis palabras, pero luego sonrió, una sonrisa lenta y genuina que hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Supongo que tengo que agradecerle a William por eso —dijo suavemente.

Sonreí, acercándome aún más. —Y a mí, por supuesto.

Él rió de nuevo, esta vez más suave, un sonido cálido y lleno de afecto. —Sí, creo que tú tienes el mayor mérito.

Nos quedamos allí por un tiempo, las risas entre nosotros desvaneciéndose en un silencio cómodo y fácil. La ridiculez de las teorías de William y los absurdos rumores sobre Thorne siendo un espía obsesionado con los sarcófagos ya no parecían tan importantes. Lo que importaba era que nos teníamos el uno al otro, que podíamos reírnos juntos, compartir la locura y aun así encontrar estos momentos de conexión real.

—Supongo que deberíamos prepararnos para más tonterías de tu hermano —dijo Thorne, rompiendo el silencio con un brillo de diversión en sus ojos.

—Oh, definitivamente —asentí con una risa—. William no se detendrá hasta que estemos casados y vivamos felices para siempre en su sarcófago imaginario.

Thorne se rió, negando con la cabeza. —Bueno, si ese es el precio que tengo que pagar por estar contigo, lo acepto.

Sonreí, sintiendo esa cálida sensación familiar extenderse por mi pecho. —Sobrevivirás. Después de todo, eres un antiguo gobernante.

Él sonrió con picardía, tirando de mí hacia él. —En ese caso, supongo que debería volver a mis deberes de espía.

Reí, apoyando mi cabeza contra su pecho, contenta en el momento. Fuera lo que fuera lo que el mundo nos arrojara, fueran rumores o teorías ridículas, lo enfrentaríamos juntos.

Y no lo habría querido de otra manera.

Sin Máscaras, Sin Secretos

La noche estaba en calma, la suave brisa arrastraba el murmullo de los grillos en el aire mientras Thorne y yo nos sentábamos bajo las estrellas, lejos de las miradas inquisitivas de la sociedad. Los grandes eventos, los constantes murmullos, las expectativas que alguna vez habían parecido tan asfixiantes, ya no importaban. No aquí. No estando con él.

Habíamos encontrado un rincón de paz, un momento que era enteramente nuestro. El mundo exterior podía esperar.

Thorne estaba sentado a mi lado, con su brazo alrededor de mis hombros, atrayéndome hacia él mientras mirábamos los jardines. El cielo sobre nosotros era un manto de estrellas, y por primera vez, no había necesidad de palabras. Habíamos dicho todo lo que se debía decir, y ahora simplemente estábamos allí, contentos en el silencio de la noche, en la tranquilidad de estar en compañía del otro.

Pero incluso en esa quietud, había una energía sutil entre nosotros, una chispa que nunca había desaparecido del todo. Había estado allí desde el principio, encendiendo nuestras acaloradas discusiones y momentos robados. Y ahora, era una llama lenta y constante que ardía más brillante con cada día que pasaba.

Los dedos de Thorne trazaban ligeros patrones a lo largo de mi brazo, y me estremecí, no por el frío, sino por la sensación de su toque. Él me miró hacia abajo, con los ojos suavizados pero llenos de esa traviesa picardía que había llegado a conocer tan bien.

—¿Tienes frío? —preguntó en un murmullo bajo.

Negué con la cabeza, sonriéndole. —En absoluto. Solo... disfrutando del momento.

Él sonrió de lado, su mirada detenida en mis labios. —Podría hacer que sea más cálido.

Reí, dándole un suave empujón en el pecho. —Te estás volviendo travieso, duque.

La sonrisa de Thorne se profundizó, un brillo burlón en sus ojos. —Quizás. Pero recuerdo que alguien me besó primero.

Levanté una ceja, fingiendo estar escandalizada. —Te besé en un baile de máscaras. Era diferente. Ambos llevábamos máscaras.

—Cierto —dijo pensativo, y luego se inclinó más cerca, su voz un susurro suave contra mi oído—. Pero ahora no llevamos ninguna máscara.

La tensión entre nosotros crepitaba, eléctrica e innegable. Podía sentir el calor de su cuerpo, la forma en que su aliento rozaba mi piel, enviando un escalofrío por mi columna. Mi corazón se aceleró, y por un breve momento, olvidé cómo respirar.

Era verdad. Ya no había máscaras entre nosotros. No más secretos. Solo la verdad desnuda y sin protección de nuestros sentimientos mutuos.

Y eso era más poderoso de lo que jamás había imaginado.

La mano de Thorne levantó mi barbilla con suavidad, sus ojos buscando los míos por un momento antes de inclinarse y rozar sus labios contra los míos en un beso que fue suave, tierno. Pero había una urgencia subyacente, un hambre que ninguno de los dos podía negar.

Le devolví el beso, fundiéndome en su toque, mientras el mundo a nuestro alrededor se desvanecía en un segundo plano. Éramos solo nosotros—dos personas que habían luchado con uñas y dientes por encontrarse, que se habían elegido a pesar de todas las dificultades que habían enfrentado.

Pero a medida que el beso se profundizaba, la mano de Thorne se deslizó hasta la parte baja de mi espalda, atrayéndome más cerca. La suavidad se transformó en algo más—en un beso apasionado, desbordado, que hizo que mi corazón latiera con fuerza y el calor se extendiera por todo mi cuerpo.

Cuando finalmente nos separamos, estaba sin aliento, con la cabeza dando vueltas mientras lo miraba. Su mirada era oscura e intensa, llena de todo lo que habíamos estado reprimiendo durante tanto tiempo.

—Pronto —murmuró, su voz áspera, con la frente apoyada contra la mía—. Muy pronto, serás mía. Sin máscaras. Sin más esconderse.

Reí suavemente, aunque mi voz temblaba. —Eres impaciente, Su Gracia. La boda será pronto.

—No lo suficientemente pronto —respondió con una sonrisa traviesa, sus labios rozando los míos de nuevo—. He esperado demasiado.

Puse los ojos en blanco, aunque mi corazón revoloteaba al escuchar sus palabras. —Eres imposible.

—Y me amas por eso —me provocó, su mano trazando suavemente la curva de mi cuello, haciendo que mi piel hormigueara.

—Sí, te amo —susurré, con la voz suave pero llena de verdad—. Te amo, Thorne.

Su sonrisa se suavizó, y por un momento, toda la picardía y el juego desaparecieron, dejando solo algo más profundo, algo crudo y real. —Y yo te amo, Eliza. Más de lo que jamás pensé que podría amar a alguien.

Antes de que pudiera responder, me besó de nuevo—esta vez sin reservas, sin titubeos. Fue un beso que dijo todo lo que habíamos guardado durante tanto tiempo, un beso que prometía el futuro que construiríamos juntos.

Un futuro lleno de pasión, de comprensión, de un amor que desafiaba todo lo que la sociedad había esperado de nosotros.

Cuando finalmente nos separamos, apoyé mi cabeza contra su pecho, sintiendo el ritmo constante de su respiración bajo mi mejilla. El mundo a nuestro alrededor estaba en calma, las estrellas sobre nosotros brillando como testigos silenciosos del comienzo de algo nuevo.

—¿Crees que alguna vez dejarán de hablar de nosotros? —pregunté, con la voz ahogada contra su pecho.

Thorne soltó una suave carcajada, su mano acariciando mi cabello. — Probablemente no. Pero que hablen. Nunca me ha importado lo que piense la sociedad.

—Bien —respondí con un suspiro, acurrucándome más cerca de él—. A mí tampoco.

Nos quedamos así por un rato, envueltos el uno en el otro, satisfechos en la certeza de que habíamos elegido esto—que nos habíamos elegido el uno al otro —a pesar de todas las dificultades, a pesar de todo lo que había intentado separarnos.

El futuro se extendía ante nosotros, incierto pero lleno de posibilidades. Y por primera vez, no tenía miedo. Porque sabía, sin ninguna duda, que cualquier cosa que viniera, la enfrentaríamos juntos.

Sin máscaras. Sin secretos.

Solo nosotros.

* * *

Puedes leer sobre Blanche Seymour y William Marston en *Cayendo ante el Encanto del Canalla*.



CAYENDO ante el ENCANTO del CANALLA

CRESSIDA BLYTHEWOOD



About the Author

Cressida Blythewood es autora de novelas románticas históricas y de la Regencia, famosa por sus cálidas y conmovedoras historias de amor que transportan a los lectores a una época de elegancia, ingenio y pasión duradera. Con un profundo afecto por la época de la Regencia, Cressida teje historias que celebran el poder del amor para superar los límites sociales, los malentendidos y las pruebas personales, al tiempo que se asegura de que sus personajes encuentren el camino hacia un final feliz.

Also by Cressida Blythewood

Confesar el amor a alguien que crees que te rechazará.

¿Qué ocurre cuando un juego de amor se convierte en una apuesta que cambia la vida?

Si un juego destinado a provocar rechazo enciende un amor inesperado... si pueden sobrevivir a sus propias reglas.

